

28.7/II

7  
2-6-7

# COMPENDIO

DE LA

# HISTORIA DE ESPAÑA,

DESDE ATAUFO

hasta nuestros días.

Escrito por

Don Baltasar Ansuategui y Espinosa.

ILUSTRADO

con los retratos de los reyes y hombres célebres, dibujados  
y litografiados por los mejores artistas españoles.



**TOMO III.**

MADRID 1845:

Imprenta de D. Narciso Sancho, calle de Jardines núm. 36.



CLASSIFICATION

SECRET

MAINTENANCE

SECRET

SECRET

SECRET

SECRET

SECRET



SECRET

SECRET



cribió en cada una de las banderas de los dos partidos, que en primera línea y con mas fundada esperanza competian.

El que se escudaba con el respetable nombre de Doña María de Molina, abuela del rey, que tan ostensibles muestras de prudencia, talento y disposicion para gobernar habia dado en su anterior regencia, estaba capitaneado por el infante D. Pedro, á quien protegia su suegro el rey D. Jaime II de Aragon, y auxiliado por el Señor de los Cameros con un ejército de doce mil hombres. Por su parte el de la reina viuda Doña Constanza contaba á su cabeza al infante D. Juan, y en sus filas á los Cerdañ, el infante D. Felipe, D. Juan Nuñez de Lara y otros magnates, aunque desprovisto de fuerza armada bastante á resistir al ejército de D. Pedro. Mas lo que en número le faltaba sobrábale en intriga y amaños; así es que intentó apoderarse antes que nada de la persona del rey.

Hallábase este á la sazón en Avila, y dirigiéndose allí D. Juan, halló impensada resistencia en el obispo D. Sancho, que estando encargado de la guarda del rey se encerró con él en la Catedral, donde se hizo fuerte contra el infante.

No fué mas afortunado el partido de D. Pedro, porque tambien los de Avila con D. Sancho se resistieron á entregar al monarca, y hubo de convenirse al fin en esperar la resolucion de las córtes, compro-

metiéndose ambos pretendientes en estar y pasar por lo que se determinara en ellas.

Convocadas para este fin en Palencia, se reunieron al principiar la primavera; pero lejos de adelantar algo con este paso se complicó mas y mas la cuestion, pues los procuradores votaron respectivamente por el partido á que pertenecia la ciudad que representaban, y no resultó decidido el punto de tutela y gobernacion.

Habia acudido en tanto el infante D. Pedro en auxilio del rey de Granada, destronado á la sazón, y habiendo tenido la suerte de tomar á su vuelta el castillo de Rute, plaza importante y que en vano se habia intentado sacar de poder de los moros anteriormente, se acreció en tal manera la popularidad de que gozaba, que los de Avila, hasta entonces imparciales, se decidieron al fin en su favor y el de la reina Doña María.

Los grandes del reino y procuradores de las ciudades se reunieron otra vez en el monasterio de Sahagun, para tratar de adoptar una medida resolutiva; pero como durante estas conferencias ocurrió el fallecimiento de la reina viuda Doña Constanza, faltando así todo su apoyo al partido de D. Juan, se avino este á lo que Doña María propusiese, no encontrando medio de librar mejor.

Falta de ambicion esta señora se reservó solo la educacion y cuidado del rey niño, proponiendo que

tuyesen la tutela y el gobierno del Estado los dos infantes, cada uno en las ciudades que en las cortes de Palencia habian votado á su favor. Convínose así por los interesados y las cortes de Búrgos, celebradas en mil trescientos quince, prestaron á todo ello su sancion, consolidándose la situacion con este acuerdo y con la muerte del ambicioso D. Juan Nuñez de Lara, que de otro modo no habria asentido á tal determinacion.

Tomó á la sazón incremento la osadía de los moros granadinos hasta un punto tal, que hubo necesidad de recurrir á las armas para contenerlos. Marchó á la cabeza del ejército el infante D. Pedro, que consiguió señalados triunfos, dando con ellos nuevo prestigio á su nombre y mayor brillo á la nota que tenia ganada de entendido jefe y valeroso campeon.

Ganadas á fuerza de armas varias ciudades y fortalezas, su marcha por el reino de Granada fué una no interrumpida série de victorias, hasta que la falta de dinero, pertrechos y vituallas hubo de detener su ejército conquistador. Recurrió para obtener auxilios de toda clase al infante D. Juan, que habia quedado de único gobernador de Castilla; pero celoso este de la gloria conseguida por su co-regente, y del aura popular que se adquiria con ella, lejos de enviarle socorros y tropas de refuerzo, suscitó obstáculos para que no se le facilitaran, creyendo que así sufriría reverses que le harian perder el terreno ganado; mas la polí-

tica reina Doña María acudió como siempre á mediar entre ambos rivales, y logró empeñar al mismo don Juan á tomar parte activa en la campaña, tan felizmente inaugurada; prometiéndole la mitad de las tercias eclesiásticas concedidas á D. Pedro por el Papa Juan XXII.

Corria por entonces el año mil trescientos diez y nueve y hallábanse reunidas las cortes en Valladolid. Concertóse, pues, en ellas que los dos gobernadores acudiesen á la guerra de Granada, embistiendo este reino por dos puntos y dividiéndose al efecto las tropas y dinero por igual. Con esto marcharon ambos, ganó D. Pedro de aumentar la copia de laureles, y D. Juan de eclipsar con sus hechos las hazañas del que miraba como su rival.

Pero la desgracia hizo que su demasiado arrojo cediese en contra de la causa que defendian, pues tomado el castillo de Tiscar por D. Pedro y habiéndose unido con D. Juan en Alcaudete, entraron á saco el territorio granadino, rindieron la villa de Alora y se pusieron frente á Granada, guiados mas bien por sus buenos deseos que por los consejos de la prudencia. Lanzaba á la sazón sus ardientes rayos sobre la tierra el sol de estío, y el ejército castellano se hallaba escaso de vituallas y casi desprovisto de agua; así fué que los infantes comprendieron, aunque tarde, la temeridad de su empresa y la necesidad de retirarse con el rico botín que habian cogido. Mas deseosos los mo-



ros de recuperar lo perdido y vengar los ultrajes recibidos, atacaron con la mayor intrepidez la retaguardia del ejército capitaneada por D. Juan, y habiendo acudido en su auxilio D. Pedro con la vanguardia, asaz malparada y fatigosa con la forzada marcha, la penuria del alimento y la sed ardiente que hostigaba á los soldados, sirvió de confusion y desórden mas que de ayuda, trabándose la lucha tan encarnizada y cruda, que perecieron ambos jefes y hubo una horrible mortandad.

La muerte de los dos infantes lejos de amortiguar los partidos, dió márgen á que apareciesen en la escena política otros nuevos. La reina Doña María habia quedado sola al frente del gobierno; pero en el momento se declararon pretendientes á la tutela y regencia, protestando que la edad avanzada de esta señora no la permitiría atender al cuidado de los negocios, por un lado D. Juan Manuel, poderoso magnate, y por otros el infante D. Felipe, tío del rey, y D. Juan, llamado el *Tuerto*, hijo del infante del mismo nombre que murió frente á Granada. Dificil era contentar á tantos, á pesar de que la reina con su habitual prudencia no cesaba de procurar un acomodamiento que ahorrara una colision; pero aunque consiguió que don Felipe y D. Juan Manuel se aviniesen á repartir el gobierno como lo habian hecho los infantes D. Pedro y D. Juan, el nombramiento de tutor que obtuvieron en Burgos D. Juan el *Tuerto* primero y despues don

Fernando de la Cerda, les dió alas para rebelarse y sostener sus pretendidos derechos á la regencia.

Cuatro eran ya con estos los que aspiraban á tan elevado puesto, disputándosele encarnizadamente á la reina Doña María, y apenas bastaba la política de esta señora para contener un rompimiento. Apoyábase D. Felipe en el voto de las ciudades todas de Andalucía; en el de las de Toledo y Estremadura D. Juan Manuel; elejia á D. Juan el *Tuerto* la mayor parte de Castilla la Vieja y Vizcaya, y Burgos se habia decidido últimamente por D. Fernando de la Cerda, que unió al fin sus fuerzas con las de este D. Juan. El desórden y la anarquía habian llegado á su colmo en mil trescientos veinte, y era tal la situacion de Castilla, que hubo la Reina de impetrar del Papa interviniese con su autoridad para atajar tantos desmanes, é impedir si era dable la guerra civil.

Pero era muy grave el mal para que de pronto se corrijiere; así que la llegada del cardenal Guillermo á Castilla, como legado de la curia romana, no varió el aspecto de los negocios, consiguiéndose únicamente que se decidiese la convocacion de córtes para Palencia, á tiempo que vencida á fuerza de disgustos y pesares, que su avanzada edad hacia mas graves, sucumbió Doña María en Valladolid el dia primero de junio de mil trescientos veinte y uno.

Sus últimos momentos fueron dedicados á procurar la paz, porque habia siempre trabajado, el bien

estar de Castilla y la guarda del rey su niéto, que encomendó con encarecidas súplicas á los caballeros, ricos hombres y concejo de Valladolid.

Honra de Castilla, modelo de madres y esposas, gobernadora prudente, tan sobrada de celo como falta de ambicion, y ángel de paz en medio á los disturbios y continuadas discordias que agitaron los reinados de su esposo, hijo y niéto, de todos fué llorada y sentida cuando muriera, de todos ensalzada y acatada, aun entre los que se llamaban sus enemigos, mientras vivió. La historia imparcial la ha consagrado una página de loor toda y con ningun hecho injusto mancillada; y de generacion en generacion su nombre será encomiado y respetado, habiéndola colocado á una altura donde no alcanzan los tiros de la envidia ni el mal querer.

Los trascendentales efectos de su falta se hicieron sentir inmediatamente en Castilla, cuando aun no se habian enjugado las lágrimas que su pérdida hizo verter. El rencor enconoso de los partidos, apenas contenido en vida de la reina por el respeto que con su prudencia y delicado tacto habia sabido inspirar, no encontró ya dique que le sujetara, y se desbordó con una violencia, tanto mas expansiva quanto mayor habia sido la sujecion.

Acaudillando cada uno de los que se llamaban tutores los parciales que tenía á sus órdenes, y gobernando despóticamente en las ciudades de su devo-

cion, que á su vez variaban según las circunstancias de eleccion y voluntad, no habia género de desórden y depredacion á que no se entregaran, á trueque de despojarse mutuamente y ensanchar mas el círculo de su precaria autoridad.

Los pueblos, en cuyo daño cedian por último estos desmanes, hallábanse cansados de revueltas y agitaciones, y ansiaban por momentos de calma, en que pudiesen ser ya una verdad el respeto á la propiedad, las garantías legales y la seguridad individual; y en médio á tan encontradas ambiciones, al través de tantas parcialidades, que todas obraban solo en su interés conculcando el poder real, que en sus manos desgarraban, y sirviéndose del nombre del rey como de égida y pretesto á sus arbitrariedades y esacciones, volvian sus ojos al jóven monarca como única áncora de salvacion en el proceloso mar por donde la nave del estado corría al naufragio.

Cuatro años se pasaron desde la muerte de la reina en tales trastornos, y ya á la sazón daba el rey pruebas de lo aprovechadas que para él habian sido las lecciones y ejemplo de su abuela Doña María. Su prudencia y preclaro ingenio, la fortaleza de su carácter y las prendas personales que le adornaban, escédian con mucho á lo que razonablemente podia esperarse de un jóven que no habia llegado aun á los quince años. Así fué, que tomando con harta cordura en consideracion los lamentos de sus maltratados pueblos,

y los acertados consejos que le daban Garcilaso de la Vega y Alvar Nuñez Osorio, caballeros de acreditada experiencia, resolvió poner de una vez fin á tales desórdenes declarándose mayor de edad y tomando por sí las riendas del gobierno.

Con semejante medida, que nadie podia tachar atendidas las circunstancias, hubieron de abandonar los mal llamados tutores el poder que ejercian, y que en sus manos servia solo de instrumento á una insaciable ambicion; tomando entonces fuerza la accion del gobierno, dirigida ya por una sola voluntad fuerte y decidida, el órden se restableció como por encanto, y abierta una nueva senda de legalidad y justicia, los despoisidos regentes fueron los primeros á temer el castigo que tenian tan merecido.

Erán entre estos los mas inquietos como los mas culpables, D. Juan Manuel y D. Juan el Tuerto, que viendo la presteza y buena voluntad con que acudian á Valladolid todos los gobernadores y próceres de las provincias para secundar los planes del rey, captándose asi su gracia, se salieron subrepticamente de la córte, y acudieron con sus fuerzas y parciales á hacerse fuertes en Cigales, pueblo de D. Juan el Tuerto, donde otorgaron solemne juramento y pleitesia de ayudarse y defenderse mutuamente contra el rey y cualquiera que intentase atropellarlos.

Temible era esta liga en el estado de debilidad en que se hallaba el poder real, consiguiente á tan tur-

bulenta minoría; pero acudiendo D. Alonso á la política con el mismo acierto que antes habia hecho uso de la energía, hizo que se pidiese á D. Juan Manuel la mano de su hija Doña Constanza, que habia sido prometida á D. Juan el Tuerto para estrechar aun mas la alianza contraida, y desvanecido el ambicioso principe con la perspectiva de ver á su hija reina de Castilla, olvidó el juramento prestado y se separó en el momento de la liga formada en Cigales, volviendo á la córte á prestar sus servicios al monarca.

Semejante defeccion, lejos de desanimar á D. Juan el Tuerto, sirvió por el contrario para aumentar su encono y vivos deseos de vengarse. Acojióse á la protección del rey D. Jaime de Aragon, y para hacerle entrar en sus intereses, pidió la mano de Doña Blanca, hija del infante D. Pedro, que falleció en la expedicion de Granada, la cual era señora de Almazan, Alcocer y demas villas de la raya de Aragon, que podian servir grandemente á los planes sediciosos de D. Juan; envió mensageros á D. Alonso de la Cerda escitándole á que hiciese revivir sus pretensiones á la corona, y solicitó así mismo la alianza y auxilio del rey de Portugal.

Habiase por entonces decidido el rey á concluir con las numerosas cuadrillas de malhechores que, resto de las antiguas facciones, infestaban el pais. Marchó al efecto contra ellas, castigando con la última pena y sin formacion de causa á cuantos caian en su

poder; y este saludable rigor hizo que, ahuyentados los bandidos, corriesen á engrosar las filas de los descontentos que acudillaba D. Juan el Tuerto, único lugar en que podian hallar acogida y proteccion contra la cólera de D. Alonso.

Mas por secretos que fueran estos manejos y aprestos que se hacian para la rebelion, llegaron sin embargo á oídos del rey, que comprendiendo cuán difícil seria resistir el embate de una sedicion armada en el estado en que se hallaba el reino, volvió á echar mano de la intriga que tan buen resultado habia ofrecido cerca del padre de Doña Constanza, y ofreció á D. Juan la mano de su hermana Doña Leonor, invitándole para que viniese á Toro. Pero apenas habia pisado los umbrales de palacio, fiado en el salvo conducto que se le diera, cosiéronle á puñaladas varios guardias, al efecto apostados, con cuantos intentaron defenderle. El rey declaró al dia siguiente que de su órden se le habia dado muerte por rebelde, desleal y traidor.

Un hecho de tal naturaleza, por merecido que fuese el castigo de este turbulento vasallo no dejó de ser un grave atentado, que sembró el espanto entre todos los que tenian que temer algo de la justicia del rey, á quien se apellidó desde entonces el *vengador*. D. Juan Manuel se retiró á la fortaleza de Chinchilla, donde resolvió defenderse á todo trance, y para los demás magnates sirvió de escarmiento, que tuvo á raya su

desmesurada ambicion. Los bienes de D. Juan el Tuerto fueron confiscados y unidos al patrimonio real, y hasta se obligó á su madre, que estaba en el monasterio de Perales, á que vendiese al rey el señorío de Vizcaya, que desde entonces se incorporó á la corona.

Solo podia ya hacer sombra al rey la resistencia que oponia á sus planes D. Juan Manuel, y para amenazar su poderio, so pretesto de haberse negado este feudatario á acudir con sus mesnadas á unirse al ejército real, le privó de todos sus honores y bienes y del cargo de adelantado de Murcia, en cuyo reino trataba de fomentar la sedicion, repudiando además á su hija Doña Constanza, con la que estaba desposado, y casándose á seguida con Doña María, hija del rey de Portugal.

Tantos y tan repetidos agravios sobrelevantaron el ánimo, de suyo harto inquieto, de D. Juan; alióse al rey moro de Granada, se desnaturalizó de Castilla, confederóse tambien con el de Aragon y entró á fuego y sangre en los pueblos del rey, haciendo se declarasen á su favor el prior de la orden de S. Juan y las ciudades de Toro y Zamora con otras poblaciones.

Era pretesto de rebelion tan generalizada la desmedida privanza que se decia ortorgaba D. Alonso á D. Alvaro Nuñez Osorio, hecho conde de Trastámara, y llegó el furor de los sublevados hasta el ostremo de asesinar en Soria en la misma iglesia, estándose celebrando el santo sacrificio de la misa, al gran Can-

ciller Garcilaso de la Vega con otros veinte y cuatro caballeros, que habian acudido á dicha ciudad para alistar tropas y acudir á contener á los moros y agentes de D. Juan.

La cólera del rey no tuvo límites al saber tan sacrilego atentado; la guerra tomó un carácter asolador; no se daba ni pedia cuartel; y cuantos sublevados eran habidos á las manos eran castigados con el mayor rigor. Pero la rebelion cundia de un modo espantoso, y hasta la misma ciudad de Valladolid, donde se personó el rey para llevarse á su hermana Leonor, se sublevó creyendo las voces que cundieron de que la iban á casar con el conde de Trastamara. Húbose de desterrar á este de la córte para acallar tan embravecida tormenta, y se ofreció un generoso perdon á D. Juan Manuel; pero acrecida la osadía de este con el auxilio de Granada y el del poderoso D. Juan Nuñez de Lara, no admitió la oferta, y acudió con el moro á poner cerco á Gibraltar, cuya guarnicion se hallaba desprovista de todo por traicion de su gobernador Vasco Perez de Meyra.

Era la situacion de Castilla de las mas apuradas, y tal el fundado recelo que tonia el rey de dejarla abandonada á merced de los revoltosos, que vacilaba en acudir á socorrer la guarnicion de Gibraltar. Decidióse por fin á hacerlo, cuando ya habia sido tomada por los moros; pero deseoso de reconquistarla á todo trance estableció su asedio con el firme propósito de obtener su rendicion.

Grandes fueron los esfuerzos que para conséguita tal intento se hicieron, y ya estaba desmantelada y en el último apuro la ciudad, cuando la venida del invierno y las noticias alarmantes que recibió el rey de los estragos que hacian los sediciosos en Castilla, le obligaron á aceptar las proposiciones que le hizo el de Granada de acordar una tregua de cuatro años, pagándole de tributo en cada uno de ellos doce mil piezas de oro.

Acudió pues D. Alonso á su Castilla resuelto á acabar de una vez con los fautores de tantas y tan continuadas revueltas; empezó por castigar ejemplarmente á los que hizo prisioneros, y tomando al paso cuantos pueblos y plazas estaban por los rebeldes, fué tal el terror que cundió entre estos, que resolvieron depouer las armas invitando al rey á que entrase en Becerril, donde se hallaban reunidos, para tratar de las condiciones de un acomodamiento que procurase la paz. Bien conocía D. Alonso que esto era hacer de la necesidad virtud; pero generoso en medio de la victoria y desentendiéndose de la situacion precaria de los rebeldes, que tan facil hacia su venganza, se presentó indefenso entre ellos, los humilló á fuerza de magnanimidad y nobleza, y aparentando creer sincero su arrepentimiento, acojió sus proposiciones y les otorgó un completo indulto, prometiendo olvido y perdon.

Con la sumision de los rebeldes y la ocupacion

de Vizcaya que hizo D. Alonso á viva fuerza prendiendo en su mismo castillo á D. Juan Alonso de Haro, que acaudillaba los sediciosos, y mandándole decapitar, se consiguió por fin tornase la tranquilidad á los desgraciados pueblos de Castilla, tranquilidad que se afirmó mas con el casamiento, que procuró el rey, de la hija de D. Juan Manuel con el infante D. Pedro de Portugal.

Empero espiraba á la sazón la tregua ajustada con el Granadino, y auxiliado por el de Marruecos, empezó á hacer grandes aprestos para invadir la Castilla, como se verificó al fin por un poderoso ejército al mando de Abul-Malik hijo y heredero de Albohacen monarca marroquí. Empezáronse las hostilidades, que dieron señaladas ventajas al ejército cristiano, hasta que reunida toda su numerosa hueste por Abul-Malik se dirigió á los campos de Jerez amagando apoderarse de Alcalá de los Gazules. Tenian los cristianos almacenados los pertrechos y vituallas necesarias para la campaña en una plaza fuerte llamada Lebrija, situada en la embocadura del Guadalquivir, y noticioso Abul-Malik de ello resolvió dar un golpe de mano apoderándose de tan considerable repuesto, con lo que privaría de todo recurso á los castellanos: mandó con este objeto mil quinientos caballos escogidos, mientras él, seguro de la victoria, continuaba talando la campaña jerezana; pero el valiente alcaide de Tarifa don Fernando Fernandez Portocarrero, que lo supo, reu-

nió cuantas fuerzas tenía disponibles, convocando además los tercios y mesnadas de toda aquella comarca, y no solo defendió heroica y valientemente la villa de Lebrija, haciendo retroceder á los moros, sino que reunido con las tropas de refuerzo que le llegaron de Sevilla y Utrera, siguió en pos de ellos sin descanso hasta que consiguió alcanzarlos, batiéndolos tan completamente que casi todos quedaron en el campo.

El entusiasmo que esta victoria causó en la hueste castellana fué tan ferviente, que hizo concebir á su jefe la idea de atacar en su campo al mismo Abul-Malik: al efecto se puso en marcha, y dando vista al ejército enemigo en la Vega de Pagana mientras se hallaba entregado al descanso, sorprendió las avanzadas, y cayó con tanto ímpetu sobre la descuidada morisma, que ni aun tiempo dió el espanto para que se defendieran, pereciendo al filo de la espada, ó por el fuego que se prendió á los reales, mas de diez mil sarracenos y entre ellos su caudillo Abul-Malik.

La nueva de tan completa rota y de la muerte de su hijo aumentó de un modo terrible el furor y deseos de venganza en Albohacen, que reuniendo todos los medios disponibles y proclamando la guerra santa completó un ejército de mas de doscientos mil infantes y setenta mil caballos. Ufanoso con él, despues de haber reforzado las guarniciones de Gibraltar y Algeciras, se hizo á la vela para España con doscientas cincuenta naves perfectamente equipadas, y burlando la vigilan-

cia del almirante castellano D. Alonso Jofré Tenorio, que con veinte y siete velas estaba en aquellas aguas, fondeó en Algeciras.

Este primer paso, que debia haber servido para que olvidando todo particular encono se acorriese únicamente á la comun defensa adunando todos los esfuerzos, fué ocasion de una nueva desgracia que puso al castellano en la mas precaria situacion.

Palaciosgos y cortesanos maldecidores, que envidiaban las glorias adquiridas recientemente por Tenorio contra la flota portuguesa, persuadieron al rey que solo por seduccion ó cobardía podia haberse permitido el paso del estrecho á las naves enemigas. El almirante, á cuyos oidos llegaron tan viles y groseras calumnias, vivamente ofendido en su honor, olvidó su habitual prudencia, y no dando oidos mas que á su valor se arrojó con desesperacion en medio á la flota enemiga, despreciando su inmensa superioridad; pero la suerte, que debia haber premiado tan heroica hazaña, se declaró en su contra. Las naves castellanas, en cuya defensa se hicieron prodijios de valor, sucumbieron, como no podia menos, á la superioridad del número, pues eran diez contra una, siendo la última la capitana, que tres veces abordada, no fué rendida hasta que todos sus defensores quedaron con el valiente Tenorio inmolados sobre cubierta.

Con la pérdida de la escuadra se complicó de un modo espantoso la ya angustiada situacion de los cas-

tellanos, al paso que cobró aliento el marroquí. Vióse D. Alonso, que á pesar de todo no desmayaba, en la triste necesidad de impetrar auxilios materiales de los reyes de Aragon y Portugal y espirituales del Sumo Pontífice, reuniendo ademas en Sevilla á los prelados y grandes del reino para tratar de las cosas de la guerra.

El resultado de todo fué que la armada se rehizo en el puerto de San Lucar al cargo del prior de San Juan, uniéndose á ella la que mandó el rey de Aragon, mas quince galeras genovesas que tomó á sueldo don Alonso. El Papa otorgó jubileo plenísimo á todos los que á su costa sirviesen en esta guerra y cruzada; y el de Portugal, accediendo á los ruegos de su hija la reina de Castilla, mandó tambien doce galeras, y acudió personalmente á Sevilla con mil caballos.

A fuerza, pues, de diligencia y costosos dispendios pudo reunir el rey todas las gentes y mesnadas que habia convocado para esta guerra, completando con ellas y los auxilios de sus aliados hasta catorce mil hombres de á caballo y unos veinte y cinco mil infantes con los que partió de Sevilla.

Harto escaso era este puñado de combatientes comparado con el sestuplicado número de los infieles, que estaban ademas engreidos con el reciente triunfo que acababan de conseguir; pero supliendo el esfuerzo de la gente y la confianza en el valor del rey y en la proteccion del Dios de las batallas á la escasez del número, ni un momento vacilaron en ir á atacar á los mo-

ros en su campo, establecido frente á los muros de Tarifa, cuya plaza tenían sitiada el rey de Granada y Albo-hacen.

El veinte y nueve de octubre de mil trescientos cuarenta llegaron los castellanos á una aldea denominada la Peña del Ciervo, donde avistaron los enemigos. Era ya caido el día, por lo que se hizo alto, reuniéndose consejo de capitanes: en él se determinó atacar á los moros al amanecer del día siguiente, y mandar á media noche mil caballos y cuatro mil infantes dentro de la plaza, para que así que se trabase la pelea hicieran una salida con la guarnición, á fin de cojer al enemigo entre dos haces. El rey de Portugal se encargó de acometer con su gente y los maestros de Alcántara y Calatrava el campo del de Granada, y don Alonso con el resto de las fuerzas al principal cuerpo de ejército mandado por el monarca marroquí.

Así las cosas, apenas apuntó el alba el día siguiente, despues de haber recibido los reyes la comunión de manos del arzobispo de Toledo, y con ellos los principales gefes del ejército, formóse este en batalla y se aprestó denodadamente á la lid. La vanguardia fué encomendada á D. Juan de Lara, D. Juan Manuel y el maestro de Santiago, y el pendon de la Cruzada se enarbólo cabe el rey, en cuyo rededor se hallaban los prelados y grandes del reino. Todos los combatientes llevaban una cruz encarnada en el pecho, y formadas las haces hincada una rodilla en tierra invocan

ron la ayuda del Dios de los cielos y recibieron la bendición del arzobispo, que á seguida tomó su puesto, que no abandonó un punto durante la refriega, al lado de D. Alonso, cuyos ímpetus hubo de refrenar más de una vez.

Corria entre ambos campos un pequeño rio llamado el Salado, el cual era preciso vadeasen los que hubiesen de atacar, y costeaban el lugar del combate por un lado la plaza de Tarifa y por otro unas elevadas cordilleras, que los moros habian ocupado el día anterior.

Todo parecia ceder en contra de los castellanos: un ejército de trescientos mil combatientes aprestado á la defensa, y al que no podia contarse sorprender como en el camino de Arcos: la posición que el enemigo ocupaba y á la que se le habia de ir á buscar, teniendo que vadear el rio y tomar un puente que defendian dos mil quinientos ginetes; el corto número de que constaban las haces cristianas; la fatiga natural á la agitada marcha que se habia traído; y la certidumbre en fin de que los infieles, provistos de máquinas de guerra, habian de pelear desesperadamente, como que tenian que vengar la pasada afrenta, alentándoles á más la confianza de su excesivo número y de la poderosa escuadra que por la parte de mar les acudia; todo debía contribuir á que se desmayase, y todo sin embargo contribuyó á que el arrojo y esfuerzo fuese mayor.

Dada la señal del ataque avanzaron los escuadro-

nes de vanguardia guiados por Lara y D. Juan Manuel: detuviéronse sin embargo cerca del puente al ver la nube de bárbaros que le defendía y hasta notóse en ellos cierta vacilacion que daba lugar á desconfianza; pero los hermanos Gonzalo y Garcia Laso de la Vega, que lo notaron, é iban de los primeros, decidieron la suerte de aquel día dando el primer paso. Al grito de *Santiago, Santiago*, que con robusta voz lanzaron entusiastas, cerraron valerosamente contra los moros pasando el puente, y los no menos valientes ginetes que les seguian, *Santiago y Castilla* contestaron y arrojáronse en pos de ellos con sus caudillos peleando con sin igual valor.

A este tiempo habiase dirigido el de Portugal por el lado de los cerros y atacado igualmente á Yusef, que se defendia bravamente con sus granadinos; pero un pequeño destacamento que por desusadas veredas mandó D. Alonso con antelacion para trasponer los cerros, desembocó á este punto á espaldas de los desapercebidos agarenos y esparcieron el terror y espanto entre sus filas, al ver el impensado golpe que les vino encima por donde menos lo podian esperar.

No iba menos ventajosa la batalla donde el ataque era dirigido por el rey de Castilla: habiendo este arregado á su hueste, se dirigió por el lado de la marina y al caer con ímpetu irresistible sobre los marroquíes, *«no olvidéis, dijo á los suyos, que con vosotros está nuestro rey; que él ha de ser testigo de vuestro valor y vosotros*

*del suyo»* con lo que el héroe cristiano infundió aliento, dando ejemplo él mismo, hasta en el último campeon. Sin embargo, hubo un momento en que el rey demasiado avanzado, se halló cercado por todas partes y con muy escasa fuerza que le defendiera; cediendo ya á su pujanza y olvidado de la prudencia iba á romper por medio de la turba para recibir al menos una muerte gloriosa, cuando el arzobispo de Toledo D. Gil de Albornoz, agarrando las riendas del caballo *«no procureis con la vuestra, le dijo, la ruina del ejército, defendeos señor y esperad;»* el aviso fué oportuno, pues á poco un escuadron de caballeros que acudió á todo escape les sacó del peligro y acuchilló á cuantos cercaban al rey.

Cayó este entonces furioso sobre el ala derecha de Albohacen: la muerte y el esterminio iban con él, y nula la resistencia que se le oponia, se generalizó la derrota de los mahometanos con la salida que la guarnicion de Tarifa hizo á la sazón. De allí en adelante se redujo la accion á una horrible carnicería, pues era tal el terror y espanto de los infieles, que arrojando las armas huian desalentados sin acertar siquiera á defenderse.

Solo así puede comprenderse como fué tan espantosa la pérdida del enemigo, que fuera de las ponderaciones de algunos historiadores demasiado parciales se halla computada en mas de la mitad de sus fuerzas: los mismos escritores árabes, entre ellos el célebre

Abu-Abdalla, dicen: que nunca se ha conocido mayor infortunio y destrozo entre los mahometanos, y que no hubo familia en Granada que no tuviese alguna pérdida que llorar.

Escasísima fué la del ejército cristiano, que atribuyéndolo algunos á milagro dicen no pasó de veinte muertos; pero es lo cierto que en los escritos de aquella época se halla consignada la horrible carnicería que hubo de infieles y el poco daño que los cristianos habieron de recibir, pues fuera del principio de la pelea, nadie les ofendió porque solo pensaban los espantados moros en huir.

Las consecuencias de esta célebre batalla, conocida por la *del Salado*, y cuyo aniversario celebra aun la iglesia de España elevando en igual dia todos los años sus acciones de gracias al Señor, fueron que el rey de Marruecos se embarcase precipitadamente en Algeciras huyendo al Africa, y que el de Granada se retirase asaz acongojado á su capital. La conquista de Alcalá la Real, Priego, Benamejí, Molina y Algeciras siguió á poco, siendo memorable el sitio de esta última, así porque á él precedió la derrota de la escuadra mahometana producida por la de los aliados, como por haberse oído por primera vez el estruendo de la pólvora que emplearon los moros en su defensa.

Otras ventajas materiales proporcionó además este sitio á D. Alonso, pues despues de tomada la plaza ajustó una tregua de diez años, mediante el pago por el

granadino de un tributo de doce mil doblas de oro; y durante el cerco consiguió el rey de las ciudades el establecimiento de la alcabala, ó sea el pago de la veintena parte de cuanto se vendiese. La ciudad de Burgos la otorgó primero é imitaron su ejemplo la de Leon y todas las demás del reino, al ver que el rey mismo envió su bajilla y la de otros señores á Sevilla para que la acuñasen y atender con ella á los gastos de la guerra; pero habiendo acordado pagarla solo mientras durase el sitio de Algeciras, se continuó sin embargo cobrando, y todavia subsiste hoy esta contribucion.

Con tan señaladas victorias quedó de todo punto humillado el poder y arrogancia de la media luna, y sobrevinieron tiempos de tranquilidad y bonanza para Castilla; pero ganoso el rey de adquirir nuevos laureles, que le afirmasen el sobrenombre que ya habia ido adquiriendo de *Vencedor*, se decidió á intentar la reconquista de Gibraltar, que siendo la llave del estrecho era una puerta abierta siempre para los moros de Africa y espédita comunicacion con los de Granada. La ocasion no podia ser mas oportuna, porque ocupado Albohacen en reprimir la sedicion que habia estallado en su reino acaudillada por su propio hijo, no podia distraer sus fuerzas para acudir al socorro de la plaza.

Empezó el rey á hacer sus aprestos con grande eficacia, y convocó cortes para Alcalá de Henares á fin de levantar fondos. En ellas surgió la disputa

entre los diputados de Toledo y Burgos acerca del asiento y voto, que se decidió del modo que se ha venido observando hasta la época actual, y se sancionó ó mas bien se otorgó la esacion de la alcabala.

Vencidos por último todos los inconvenientes se proclamó de un modo solemne la guerra contra los moros, se adunaron todos los medios de ataque, acudieron los contingentes de los respectivos concejos y señorios, y juntado el ejército, se emprendió la marcha sobre Gibraltar estableciendo el cerco.

Grande y obstinada la resistencia de los sitiados, que se acrecia con la defensa natural que por su posición ofrece la plaza, no cedia á los bruscos ataques de los sitiadores, que durante un año emplearon cuantos medios eran á la sazón conocidos para los sitios; mas iba al fin decayendo el ánimo de los moros y la penuria y estrechez en que se hallaban hacia esperar la próxima rendición de la plaza, cuando una desoladora peste se estendió con la prontitud del rayo en el campo castellano. Caian á centenares las víctimas y todo era luto y desolación en los reales, por lo que trataba el rey de hacer el último esfuerzo, sin ceder á las razones de los á él allegados que le aconsejaban se alejase del campamento, cuando hubo de sucumbir tambien al mortífero azote, que le privó de la existencia el día veinte y seis de marzo de mil trescientos cincuenta, á los treinta y ocho años de edad.

Tal fué el fin prematuro de D. Alonso de Castilla,

arreatado á los suyos en la flor de su vida, cuando mas podia esperarse de su indomable valor y nobles prendas. Llorado por todos sus súbditos y honrada su memoria hasta por sus enemigos, esto hace su mayor elogio, aun cuando era acreedor á muchos el que buen rey y valeroso capitán, así supo contener la sedición y perdonar á los que mas le ofendieran, como castigar y vencer á los enemigos de su país. Allagado siempre por la victoria murió entre los laureles que sus brillantes hechos de armas habían agrupado sobre su frente, y su muerte trajo consigo la dislocación del ejército y el levantamiento del sitio de Gibraltar.

Justo y magnánimo á la vez D. Alonso, solo hay dos hechos en toda su vida que oscurezcan el brillo de su carrera; el asesinato de D. Juan el Tuerto, que en vano se quiso justificar con el bien del estado; y la desgraciada pasión que tuvo á Doña Leonor de Guzman, con la que estuvo sosteniendo relaciones, hasta que vencedor en la batalla del Salado y agradecido al auxilio generoso del rey de Portugal procurado por su esposa Doña María, tornó al amor de esta apartándose de los brazos de su querida. Mas ya habia tenido á la sazón de ella nueve hijos y una hija, que hicieron harto papel en el reinado del único legítimo que le quedó de los dos que hubo en su matrimonio con Doña María de Portugal.

## DON PEDRO I.

---

Llamado al trono D. Pedro por la muerte de su padre dió principio á su reinado con un acto de debilidad hacia las instigaciones de su madre y de crueldad para con Doña Leonor de Guzman, á la que, sin otro delito que el de haber sido amada por D. Alonso, se llevó de prision en prision hasta que fué decapitada en el alcázar de Talavera.

Con este primer atentado, pues no de otro modo puede caracterizarse, se captó D. Pedro la enemistad de los hijos todos de la infeliz señora, de los que el mayor, que era D. Enrique conde de Trastamara hubo de refugiarse á Asturias huyendo la cólera del rey, sin que por eso dejase de tratar con sus hermanos don Fadrique, que era maestre de Santiago, D. Fernando y D. Tello, señores de Ledesma y Aguilar, de vengar el asesinato de su madre.

Tenia mucha sino la mayor parte en este y los sucesivos actos de inusitado rigor, á que se entregó en adelante el monarca, su privado D. Juan Alonso de Al-



PEDRO 1º

burquerque. Temiendo este su caída, al ver concitada en su contra toda la nobleza y la intentada sedición de D. Juan Nuñez de Lara atajada por su muerte, resolvió amenguar en lo posible los medios con que pudiera contar aquella para levantarse. Con este fin aconsejó al rey que aboliese de una vez las behetrias, obteniendo mañosamente el beneplácito de las córtes que al intento se convocaron para Valladolid en 1351; pero debatido largamente este punto, no se accedió á la abolición, y solo se acordó en ellas el casamiento de D. Pedro con Doña Blanca de Borbon. Pero estas bodas que debieran haber sido señal de ventura atrayéndose la alianza de la Francia, fueron causa de mayores males, que los que intentaban atajarse en la liviandad del rey.

Había marchado D. Pedro á contener los sublevados de Asturias, donde hizo las paces con su hermano D. Enrique, cuando el valido para lisonjear sus gustos le presentó en Sahagun, entre el acompañamiento de su esposa, una dama de hermosura singular. Llamábase Doña María de Padilla y era hija de los señores de Villagera, y fué tal la pasión que su vista solo inspiró al monarca, que loco y desatentado no paró hasta conseguir una correspondencia que le hizo olvidar los compromisos ya contraidos con Doña Blanca, entregándose todo en brazos de su amor. Fruto de estas relaciones fue una hija, que nació en Torrijos á tiempo que los embajadores mandados á Francia llegaban con Doña Blanca á Valladolid.

En nada menos pensaba el enamorado D. Pedro que en dejar el lado de la Padilla; pero Alburquerque, que lejos de hallar en ella un instrumento dócil para sus planes veía descollar una temible rival, consiguió convencerle para que fuese á casarse con la de Borbon. Las bodas se celebraron solemnemente en Valladolid, y ya creía el privado tener por suyo al rey, cuando al tercer día corrió á unirse con la Padilla en la Puebla de Montalvan; verdad es que cediendo á sus mismos consejos volvió al lado de la reina, pero á poco la abandonó de nuevo por su querida, mandando se la arrestase en Arévalo para no volverla á ver.

La caída del privado y la elevación de todos los Padillas fueron consecuencia inmediata de este paso, si bien hijos ambos acontecimientos de la voluntad del rey, deseoso de probar su afecto á Doña María, y no de las intrigas y solicitud de esta, que era querida cada día con mas intensa pasión. Parecía por lo tanto que el corazón de D. Pedro se había fijado y acabándose su veleidad; pero no era esto cosa fácil, y los sucesos demostraron bien pronto lo contrario.

Retirada del mundo y entregada al recojimiento y la virtud vivía Doña Juana de Castro, viuda de don Diego de Haro, á la que por desgracia vió el rey. Era su hermosura tanta, que verla y amarla fué obra de un momento en aquel inconstante corazón; pero hallando una resistencia que no esperaba y recreció su ardorosa pasión, y persuadido de que nada lograría

por medios ilícitos, hizo que los obispos de Avila y Salamanca, reunidos en Cuellar, le declarasen libre del vínculo contraído con Doña Blanca, y procedió á casarse con Doña Juana; pero satisfecho el anhelo de poseerla la abandonó.

A este tiempo, y cansados de sufrir desafueros, se habían coligado Alburquerque, D. Enrique, D. Fadrique, D. Tello y otros poderosos caballeros, á los que se unieron luego D. Fernando de Castro, los infantes de Aragon D. Juan y D. Fernando, y D. Juan de la Cerda. El pretesto de esta liga era el reponer á la reina Doña Blanca en el lugar que la correspondía junto á su esposo, y alejar del lado de este á todos los Padillas, estando unidos en tanto para resistir las demasías y violencias del rey.

Apenas tuvo noticia este de tal movimiento, fué su primer cuidado sacar á Doña Blanca de Arévalo mandándola al alcázar de Toledo; pero los hábitantes de esta ciudad, vivamente conmovidos por la desgracia de la jóven reina, se declararon en su favor, siguiendo á poco su ejemplo los de Cuenca, Talavera, Ubeda, Baeza, Córdoba y Jaen.

Con tan poderosa cooperación reunieron los coligados hasta seis mil caballos y correspondiente número de peones, que obligaron al rey á encerrarse en Tordesillas; abrióles despues la misma reina madre las puertas de Toro uniéndose á ellos, y fué tal la preponderancia que adquirieron que D. Pedro hubo de acce-

der á una transacion, presentándose en esta ciudad para tratar de ella.

Tal vez habria variado entonces el aspecto de las cosas públicas y morigerádose en algo el carácter del rey, procurándose la tranquilidad, si los coligados hubiesen obrado con cordura y desoido la voz del encono y la venganza; pero pudiendo en ellos mas la passion que la prudencia, empezaron por aislar completamente al rey, desposeyendo de sus empleos á todos los Padillas y dándoselos á caballeros de los mas pronunciados en la faccion opuesta; los criados de su mayor confianza fueron presos á su misma presencia; y siempre rodeado de guardas de vista y de sus mas acérrimos enemigos no era dueño D. Pedro de su voluntad, ni podia hablar á nadie. La única libertad que se le permitia era la de salir á cazar, y aun esta con tan minuciosas y depresivas condiciones, que en vez de placer y solaz le proporcionaba únicamente disgustos y humillaciones.

Mal podia avenirse su altanero carácter á opresion tan vergonzosa, que mal su grado sufría; pero llegando á colmo la insolencia de los coligados y la irritacion del monarca, se aprovechó de la espesa niebla que cubria la admósfera en una de las cacerías, y escapó á uña de caballo con unos pocos que pudieron seguirle dirijiéndose á Segovia.

La libertad del rey fué señal de nuevas y prolongadas desgracias. Temerosos de su venganza uniéronse

á él inmediatamente los infantes de Aragon y D. Juan de la Cerda con varios coligados; D. Fadrique se retiró á Talavera; D. Tello á Vizcaya; D. Fernando de Castro á Galicia; y solo quedaron en Toro D. Enrique y la reina madre.

Pasaba esto á fines de año y al empezar el siguiente de mil trescientos cincuenta y cinco se reunieron las córtes en Burgos, ante las que hizo presente el rey el desacato cometido por los grandes contra su persona y la necesidad de castigarle á todo trance; con este fin pidió ausilios para levantar un ejército, y el reino le concedió un servicio extraordinario de dinero para pagar la gente de guerra.

Con tan poderosa ayuda, y despues de despedir las córtes marchó el rey sobre Toro, de donde fué rechazado con mucha pérdida, á tiempo que sabedor de la honda division que trabajaba á los defensores de Toledo, y creyendo mas importante apoderarse de esta ciudad y de Doña Blanca, volyó sus fuerzas contra ella. Sin embargo, por pronta que fué la resolucion del rey, logró atajarla el de Trastamara acudiendo apresuradamente á socorrer á su hermano D. Fadrique, que se hallaba en Talavera, y mientras D. Pedro se detenía en Torrijos á tratar con los que querian entregarle á Toledo, se presentaron ante los muros de ella ambos hermanos con sus fuerzas reunidas, para poner la ciudad en estado de completa defensa. Pero sus planes hubieron de desconcertarse por la inesperada resistencia que

opusieron á su entrada los habitantes, pretestando estar pendientes de negociaciones con el rey, y fué tal el enojo que causó esta conducta en el ánimo del conde, que dando rápidamente vuelta á la ciudad tras los cerros que la circundan, entró violentamente por el puente de Alcántara y dió con los suyos sobre los que se habian opuesto á su entrada haciendo una horrible matanza en sus filas.

Poco les duró sin embargo su efímero triunfo, porque presentándose al día siguiente el rey sobre Toledo, y apoderándose de la ciudad á pesar de la tenaz resistencia de sus hermanos, tuvieron que huir estos á Talavera para evitar los terribles efectos de su venganza, que no tardaron en hacerse sentir.

Cuantos habian favorecido los intereses de la liga tuvieron que sufrir en mayor ó menor grado el rigor del rey, que impuso á muchos caballeros y á veinte y dos ciudadanos la última pena. Cuéntanse con este motivo varios hechos, que á ser ciertos, justificarian el dictado de cruel, con que ha pasado el nombre de D. Pedro á la posteridad. El mas notable de ellos es el inhumano trueque que dicen consintió hacer entre un jóven de diez y ocho años que se ofreció á morir por salvar á su octogenario padre, que estaba entre los condenados, y cuyo sacrificio se consumió; pero el hecho mismo de no hacer siquiera mencion de los nombres de ambos infelices los historiadores que hacen mérito de este acontecimiento da bastante á en-

tender que cuando menos es oesajerado, sino falso.

Apenas se tranquilizó Toledo, y se condujo á la infeliz Doña Blanca al castillo de Sigüenza, volvió el rey á cercar á Toro, en cuya ciudad consiguió entrar, teniendo que retirarse al alcázar la reina madre con el conde y su hermano D. Fadrique; pero esaustos ya de recursos y mantenimientos, apurado el cerco de la fortaleza cada vez con mas rigor, y sabedores de que sus mismos soldados les vendian, hubo de evadirse D. Enrique huyendo á Galicia, y D. Fadrique se vió reducido á hacer causa comun con los que secretamente trataban de franquear las puertas del alcázar á las tropas del rey.

Los excesos que con este motivo se cometieron, asesinando en presencia de la misma reina madre á Per Esteban Carpintero, Rui Gonzalez de Castañeda y otros sujetos principales, obligaron á esta Señora á huir horrorizada al lado de su hermano el rey de Portugal; y la consternacion y terror que hicieron cundir tales ejecuciones sirvieron para que todas las coligados depusiesen las armas acogiéndose á la clemencia del rey.

Un acontecimiento imprevisto ocurrido en el Puerto de Santa María, donde se hallaba D. Pedro, fué causa de que la tranquilidad volviera á alterarse y tomase incremento una asoladora guerra, que vino por último á costar la vida y la corona al malhadado rey.

Habia este acudido á las almadrabas de San Lucar de Barrameda para procurarse alguna distraccion,

cuando diez galeras de Aragon, que al mando de Francisco Perellós iban en auxilio de la Francia contra la Inglaterra, fondearon en el Puerto, donde habia surtas dos naves genovesas cargadas de mercancía. Tentado el almirante aragonés por la esperanza de un rico botin, y pretestando la enemistad en que á la sazón se hallaban Aragon y Génova, se apoderó inesperadamente de ellas á vista del rey, conculcando los respetos debidos al monarca y al amparo que las daba una nacion amiga. Vano fué que D. Pedro hiciese reclamar la devolucion de la presa, amenazando tomar represalias, pues despreciando el almirante cuantas razones le hizo presente Gutierre de Toledo, enviado al efecto por el rey, se hizo á la vela, dando así motivo para que se llevase á efecto la amenaza de reducir á prision y embargar los bienes á cuantos catalanes habia á la sazón en Sevilla.

Demasía tan atrevida no podia menos de creerse hecha á propósito, y persuadido D. Pedro de ello envió á Gil Velazquez de Segovia, uno de sus alcaldes, para que reclamase del rey de Aragon una satisfaccion cumplida, y la devolucion de las naves, entregándole además á Perelló para castigarle; pero habiéndose negado á darla y reclamado á su vez por el atropello efectuado contra sus súbditos, sin que pudiesen venir á términos de avenencia, agriéronse las contestaciones, y se declaró al fin la guerra por el castellano.

Empeñado el aragonés en reprimir á la sazón la

rebelion de Cerdeña, se hallaba en mucho mas desventajosa posicion que su contrario; pero supliendo la intriga á la fuerza, llamó á su lado al conde D. Enrique, á sus hermanos y los demas descontentos de Castilla, con lo que hizo germinar la division y convirtió una contienda estraña en desapiadada guerra civil.

La suerte, sin embargo, le fué adversa en los primeros hechos de armas, y tuvo muy á placer la intervencion del legado del Papa que procuró un armisticio, á que accedió D. Pedro bajo condicion de que el de Aragon espulsase de sus estados al conde de Trastamara y sus parciales. Escitados por el de Aragon y llamados por él en su auxilio, parecia natural que se hubiera opuesto á tan violenta escijencia; pero egoista antes que leal caballero la admitió desde luego, y dejó abandonados á su suerte á los proscriptos castellanos.

Ventajosa era á la sazón la posicion de D. Pedro, que pudo muy bien haber sacado harto partido de ella; pero rodeado por todas partes de enemigos ocultos, temiendo á cada paso una asechanza, y en cada hombre una traicion, irritado con las confidencias adquiridas de los planes de varios grandes que trataban de abandonarle, no se ocupó mas que en atajar la sedicion que amagaba á su trono, inmolando á los principales gefes de ella para escarmiento de los demas.

Tan triste suerte cupo entre otros al mismo hermano del rey, el desgraciado D. Fadrique, que fué

muerto por varios ballesteros de maza en el patio del palacio de Sevilla, y al infante de Aragon D. Juan, que llamado á Bilbao, fué asi mismo asesinado por los maceros del rey.

Uno y otro fueron víctimas de la defeccion de sus respectivos hermanos D. Enrique y D. Fernando, que habian hecho causa comun con el de Aragon, y de los planes de revuelta y traicion que se decia iban á llevar á efecto; pero tan escésivo rigor, en que respecto á D. Fadrique no tuvieron escasa parte los celos, aplicado de un modo tan ilegal y violento, sirvió solo para escacerbar los ánimos mucho mas de lo que á la sazón lo estaban, dando hasta un aspecto de legitimidad á la rebelion armada del de Trastamara y el otro infante de Aragon.

Sedientos ambos de venganza, y aprovechándose del pretesto que tan sangrientas ejecuciones les deparrara, acudieron con doble ahinco á las armas, y excitando al aragonés para que rompiese la tregua, invadieron con su auxilio la Castilla, entrando á sangre y fuego D. Enrique las tierras de Campos, Almazan y Soria, al paso que D. Fernando assolaba el reino de Murcia.

Destruida por entonces la flota castellana apresada contra la de Aragon á impulsos de una recia tempestad, mientras se armaba otra, llegó un nuevo legado del Papa que á toda costa trataba en nombre de este de avenir á los dos monarcas cristianos. Hubo

proposiciones y esposicion de agravios por una y otra parte, pero inútiles todas por las demasiadas escisencias, continuó la guerra, á que dió nuevo pábulo la declaracion de rebeldes y condenacion como tales que hizo publicar D. Pedro contra sus hermanos D. Enrique, D. Tello y D. Sancho, el infante de Aragon y demas castellanos que con ellos estaban.

Furioso el de Trastamara venia en busca de su hermano con setecientos caballos, cuando en los campos de Araviana, de infausta memoria por la muerte de los siete infantes de Lara, halló las fuerzas que acaudillaban los capitanes de la frontera de Sevilla. Terrible fué el choque y empeñada la lucha que se trabó; pero rechazadas al fin las tropas reales quedaron en el campo sobre trescientos cadáveres, entre ellos el de Juan Fernandez de Hinesrosa favorito del rey.

Sin duda hubiera costado este triunfo bien caro á los aliados, si las revueltas ocurridas á la sazón en el reino de Granada, donde fué destronado Mahomad-Yago aliado y amigo de D. Pedro, no hubiesen distraido la atencion de este. Firmemente decidido á lanzar al usurpador Mahomet Aben Alamar, por la alianza que habia hecho con el de Aragon y la invasion de Castilla que como consecuencia de aquella llevó á cabo, tenia que reunir sus fuerzas y para ello hubo de aceptar la paz propuesta por el legado del Papa, replegando todas sus tropas sobre Sevilla para marchar contra Alamar.

Pero el fallecimiento de Doña María de Padilla vino á sumirle en desesperacion tan profunda, que solo se ocupó de su dolor. La córte vistió de luto de su órden, y celebráronse sus exequias en toda la monarquia con la mayor pompa y magestad; pero como si este rudo golpe hubiese contribuido á hacer mas tétrico é implacable su carácter, lejos de ceder al clamor general, que demandaba se uniese á su esposa Doña Blanca, la cobró tal odio y aborrecimiento, que para acallar las reclamaciones y quitar todo pretesto para ellas se dice que mandó darla muerte en Medinasidonia por medio de un tósigo, y á despecho del gobernador D. Iñigo Ortiz de Zúñiga, que la custodiaba, é hizo de jacion de su destino por no sancionar tal acto de crueldad.

Pasaban estos sucesos á mediados de mil trescientos setenta y uno, y acallado ya su dolor á principios del año siguiente resolvió tomar á Guadix, mandando contra ella al maestre de Calatrava; pero habiendo acudido fuerzas muy superiores de los moros se trabó el combate, que tuvo un éxito fatal para los castellanos, quedando casi todos muertos ó prisioneros. Hallábase entre estos últimos el maestre, y deseoso Alamar de grangearse el favor de D. Pedro, le dió libertad y mandó embajadores para pedirle permaneciese neutral. El mismo pasó despues á Sevilla con ricos presentes, y el rey mandó decapitarle, enviando su cuerpo á Mahomad-Yago con la órden de que volviese á tomar po-

sesion del reino, que le habia arrobataado el usurpador.

La muerte de Doña Blanca, atribuida segun se ha referido al rey, despertó el resentimiento de la Francia, que el de Trastamara trató de utilizar en su favor. Sabedor de ello D. Pedro, y antes de que se declarase la guerra con esta potencia, creyó debia aprovecharse del descuido en que se hallaba el de Aragon, dándole un golpe que le obligase á estar despues inactivo en la contienda que se preparaba. Con este objeto entró en sus estados; tomó los pueblos de Ariza, Ateca y Alhama, y cercó á Calatayud, que al fin cayó en su poder el veinte y nueve de agosto, despues de haber batido las fuerzas que al mando del conde de Osona venian á favorecerla.

Habíanse reunido este mismo año córtes en Sevilla y ante ellas declaró el rey la legitimidad de su matrimonio con Doña María de Padilla, haciendo se sancionase solemnemente por ellas, y que se reconociese á sus hijos D. Alonso, Doña Beatriz, Doña Constanza y Doña Isabel por herederos del trono. Pero estando en lo mejor de la guerra de Aragon recibió la noticia del fallecimiento de su hijo, con lo que se defraudaron sus mas lisongeras esperanzas y hubo de volver á Sevilla para poner órden en su sucesion.

Entonces surgió en la mente de D. Enrique una idea, que aun no habia llegado á concebir. Juzgó que la irritacion de los ánimos, y la precaria situacion del rey podian servirle para apoderarse de la corona, sa-

isfaciendo así á un tiempo su ambicion y su venganza.

Pero no era fácil llevar á efecto estos planes sin ageno auxilio; por lo que aprovechándose oportunamente de los apuros del de Aragon, que á toda priesa demandaba su ayuda, estipuló como precio de ella que habia de favorecer sus pretensiones al solio castellano, dándole seguridades de que así obraria, y cuando las obtuvo, marchó con mil quinientos caballos á unirse al ejército aragonés.

Las ventajas que en los primeros encuentros obtuvo, y la buena voluntad que le mostraba el de Francia, le inclinaron á volver á este reino, donde tomó á su sueldo las *compañías blancas*, que entregadas al pillage vagaban por el pais, despues de acabada la guerra, al mando de Beltran Du-Guesclin y Hugo de Caureley. Con ellas se vino á España, y llamando á su lado á todos los descontentos, que acudieron en tropel, excepto D. Fernando de Castro, entró en Castilla por la villa de Alfaro, y se apoderó de Calahorra, cuyas puertas le abrieron el obispo de ella y Fernan Sanchez de Tovar.

Ya habia precedido á este paso una conferencia que hubo en Zaragoza entre D. Enrique y el rey de Aragon, en la que se habia capitulado lo que de Castilla se habia de dar á este así que aquel se apoderase de ella, y que la infanta Doña Leonor, hija del monarca, se casaria con D. Juan hijo del conde. Con tales precedentes no dudaron los caudillos aragoneses

aconsejar á este se hiciese aclamar rey de Castilla, así que se apoderaron de Calahorra. Reunió D. Enrique el consejo, en el que animado por Du-Guesclin, á quien imitaron tambien los demas gefes, consintió al fin en consumir el despojo de su hermano, y los gritos de *Castilla, Castilla por el rey D. Enrique* se oyeron por primera vez.

Corria entonces el año de mil trescientos sesenta y seis y el rey encerrado en Burgos no se atrevia á intentar cosa alguna, porque desconfiando de cuantos le rodeaban temia á cada paso por su vida: una traicion nueva, multiplicadas defecciones, y los triunfos de don Enrique que de continuo llegaban á sus oidos, aumentaban todavía mas el peligro de su situacion; y llegó esta á ser tan precaria, que rechazando de propia voluntad las ofertas que se le hicieron en la poblacion para defender su persona y su causa á todo trance, salió de ella para Sevilla, absolviendo antes del juramento de fidelidad á los ciudadanos, que abrieron á seguida las puertas al victorioso usurpador.

Dueño ya de toda Castilla la Vieja, creyó D. Enrique era llegado el momento de apropiarse la dignidad real, y para ello se procedió á su coronacion, que tuvo lugar con el mayor entusiasmo y solemnidad en el monasterio de las Huelgas de Burgos.

Con la ocupacion de Toledo, que realizó sin resistencia alguna, quedó D. Enrique en posesion de lo principal del reino, y vióse obligado D. Pedro á abandonarle pasando á Portugal. Las continuas gracias y re-

compensas que el nuevo rey empezó á derramar á manos llenas atrajeron á su partido á los mas enemigos y afirmaron por entonces su posicion hasta tal punto, que asi que tomó á Córdoba y entró en Sevilla, despidió á las *compañías blancas*, que habia traído de Francia, quedándose solo con mil quinientas lanzas al mando de Beltran Du-Guesclin.

El infeliz D. Pedro, en tanto, espulsado de Portugal, cuyo rey se negó á darle ayuda y asilo, se dirigió con su desgraciada familia á Galicia, donde el tan generoso quanto ofendido D. Fernando de Castro le recibió favorablemente, reuniendo un ejército de dos mil infantes y novecientos caballos que puso á su disposicion. Pero el destronado rey no quiso fiar su suerte á tan escasas fuerzas, y partió á Bayona con el fin de implorar la proteccion del rey de Inglaterra.

Estaba en ella el caballeroso príncipe de Gales, para quien todo lo noble y generoso tenia un aliciente irresistible, y halló muy propio de sus hidalgos sentimientos el ayudar á un rey desvalido contra sus rebelados súbditos hasta colocarle otra vez en su trono, se lanzó en la demanda con todo el ardor de la juventud, previa la autorizacion del rey su padre. Armas, dinero, tropas y mantenimientos, todo fué facilitado por él con la mejor voluntad, y unidos sus esfuerzos á los de Castro y los pocos parciales de D. Pedro, presentaron casi instantáneamente un ejército, que hizo vacilar en su mal seguro trono al usurpador.

Pasada ya la frontera de Navarra, los pueblos de Castilla empezaron á pronunciar en favor de D. Pedro tomiendo los efectos de su rigor, y su presencia vino á decidir á los mas renitentes, que abandonaron á D. Enrique con la misma presteza que antes se habian declarado por él. Entonces conoció este cuán de ligero habia procedido al despedir las tropas estrangeras, únicas con que á todo trance podia contar; trató sin embargo de aparentar una confianza que no tenia, y reuniendo en Burgos cuatro mil quinientos caballos con su correspondiente infanteria y los ausilios que le habian acudido de Francia y Aragon, salió en busca de su competidor.

Despues de varias marchas combinadas y cuando menos se esperaba llegaron á avistarse ambos ejércitos en las inmediaciones de Nájera, á las márgenes del rio Nagerilla, donde trabada furiosamente la pelea, y abandonado D. Enrique de parte de los suyos, y entre ellos de su mismo hermano D. Tello, hubo de sucumbir al mayor número á pesar del heroico valor de que hizo alarde, huyendo derrotado y casi solo hasta acogerse en Francia, donde dió rienda suelta á su desesperacion.

Victorioso D. Pedro y recuperado el perdido poder era de esperar que, amaestrado por la desgracia, procurase captarse el amor de sus vasallos por medio de la clemencia y un generoso perdon; pero incesorable en su justicia, y arrastrado por su impetuoso carácter, el castigo de los principales rebeldes siguió in-

mediatamente al triunfo que acababa de obtener.

No holgaba D. Enrique entre tanto en el vecino reino. Popular en él por haberse declarado vengador de la infortunada reina Doña Blanca, y teniendo la propiedad de atraerse todas las voluntades por su afable carácter, sus liberalidades y la generosidad con que galardonaba á cuantos le servían, logró concitar en su favor al rey, al conde de Fox y al duque de Anjou. Muy pronto se halló á la cabeza de un corto pero lucido ejército, cuyo número se aumentaba de día en día con los descontentos que venían de Castilla y los que temían los rigores del justiciero ó vengativo rey.

Ocurrió por entonces que no habiendo cumplido D. Pedro la palabra empeñada al de Gales de darle el señorío de Vizcaya, y descontento este además con el proceder del monarca, se volvió con sus tropas á Inglaterra. Aprovechándose oportunamente don Enrique de este acontecimiento, que debilitaba en tanto grado el partido del rey, pasó los Pirineos y atravesando velozmente el Valle de Andorra y todo el Aragon llegó á las riberas del Ebro sin que nada se le opusiese. En este sitio, y sabedor de que allí empezaba la tierra de Castilla, se apeó del caballo y haciendo en tierra una cruz: *«juro, dijo besándola. que nunca en mi vida, por necesidad que me venga, saldré de Castilla, antes que esperaré ahí mi muerte ó estaré á la ventura que me viniere.»* con lo que entusiasmadas sus gentes partieron á Calahorra, donde entraron el día

ocho de mayo de mil trescientos sesenta y ocho.

Su marcha desde entonces fué una sucesión de triunfos; en Burgos le recibieron procesionalmente y en medio al mas ferviente júbilo; Leon se le entregó despues de una corta resistencia; las principales ciudades de Asturias, Castilla y Andalucía le aclamaron soberano, y por todas partes se le rindió homenaje, hasta que en Toledo halló una resistencia que, á pesar de las inteligencias que en la ciudad tenía, no le fué dado vencer.

D. Pedro, á quien la defensa de tan importante plaza volvió en algo la confianza, ya muy perdida por la defeccion de Córdoba y lo poco que le servía la ayuda del rey moro de Granada que le habia enviado tropas, se decidió á acudir en socorro de la leal ciudad aventurando su suerte en el éxito de una batalla.

Juntó para ello su hueste, compuesta en gran parte de moriscos, y partió de Andalucía para Montiel, donde se detuvo á organizar sus fuerzas y adquirir noticia de las enemigas; pero D. Enrique, á quien no se habia ocultado este movimiento, juzgó que solo un golpe atrevido podia hacerle dueño de la victoria, evitando que se engrosasen las filas del ejército de D. Pedro. Con tal intento dejó encargada el cerco de Toledo al arzobispo D. Gomez Manrique, y tomando solo dos mil cuatrocientos caballos, por no retardarse con la infantería, á cuya fuerza se unieron en Orgaz seiscientas lanzas francesas que al mando de Beltran Du-Guesclin

venian en su ayuda, cayeron impensadamente y con el mayor denuedo sobre el campo de D. Pedro, que abandonado cobardemente por los moros se vió reducido á acogerse con sus fieles castellanos al castillo de Montiel.

Esta victoria, obtenida en catorce de marzo de mil trescientos sesenta y nueve, puede decirse que decidió la suerte de D. Enrique, á quien los pueblos todos de la monarquía se apresuraban á rendir homenaje, aclamándole por su rey y señor.

Encerrado en tanto el desgraciado D. Pedro entre los muros de Montiel, en cuyo circuito habia establecido su hermano una vigilancia summa y constante, se veia en la mas triste situacion. Esausto de toda clase de recursos, desprovisto ya hasta de los primeros artículos de mantenimiento, con un enemigo implacable al frente, y asaltado del mismo temor y desconfianza hácia los suyos que habian sido el tormento de toda su vida, solo pensaba en sacar á salvo la vida, única ventaja á que podia aspirar.

En mal hora hubo de valerse para ello de un Men Rodriguez de Sanabria, caballero muy leal y de cuya fidelidad estaba seguro, el que por haber militado con el gefe de los franceses Beltran Claquin ó Du-Gueselin conservaba relaciones amistosas con él. Al amparo de ellas, y ganoso de servir á su lejítimo y desvalido rey, no dudó Sanabria pedir al francés una conferencia en su tienda, y otorgada, le ofreció de parte de don Pedro los señoríos de Soria, Almazan, Monteagudo,

Atienza, Deza y Moron con doscientas mil doblas de oro, si protejia su huida del castillo. Alhagado el extranjero creyó sin duda que todavia podia sacar mejor partido de D. Enrique, cuya liberalidad era notoria, dándole parte del suceso; y convenido con sus amigos en hacerlo asi, obtuvo de él la promesa de iguales mercedes, y otras aun mayores, si conseguia atraer al destronado monarca á su tienda.

Con semejante fin aparentó el Breton acceder á los deseos de Sanabria, previniéndole era necesario que acudiese el rey á su tienda al caer la noche del veinte y tres de marzo, y que desde ella seria conducido con segura escolta á un lugar donde nada tendria que temer.

Muy ageno el infortunado rey á la felonía del mal llamado caballero Breton, se apresuró á llenar en todo los deseos de éste, y saliendo á la hora prefijada solo con tres caballeros de toda su confianza, pasó á la tienda del villano extranjero que le vendia. Pero las reticencias del francés y su tardanza en conducirle infundian ya sospechas en D. Pedro, que iba por lo tanto á volverse al castillo, cuando avisado secretamente el de Trastamara, se presentó furioso en la tienda lanzando invectivas contra el hermano á quien ya ni siquiera conocia. No faltó sin embargo quien le dijese: *«ahí está vuestro enemigo.»* Yo soy, contestó arrogantemente el rey, y una lucha encarnizada se empuñó brazo á brazo y con las dagas entre ambos hermanos sedientos de sangre, lucha que hubiese terminado en contra de don

Enrique, que llevaba lo peor de ella, si Du-Guesclin no le hubiese prestado su ayuda, faltando á las leyes de la caballería, de modo que pudo clavar su daga en el corazon de D. Pedro

La suerte de Castilla quedó decidida en aquella horrible lucha; y de la arena enrojecida se alzó fratricida y triunfante el que habia de ser rey. La sangre y el polvo cubrian su semblante, y hubo un instante de tan angustiada vacilacion, como horrenda habia sido la que precedió al éesito del combate; pero la voz del de Trastamara resonó vibrante, y obrio de alegría pasó por la frente la homicida mano, como si quisiera afirmar la corona sobre su sien.

Tremenda en todo la justicia de Dios, que al hombre no es dado residenciar, puede dudarse si tan desastrosa muerte fué un castigo á los desmanes de un rey á cuyo nombre ha adunado el vulgo el dictado de *Cruel*, ó si mas bien debe conceptuarse como una desgracia mas entre las muchas que amargaron la vida del monarca infeliz.

Pero cualesquiera que fuesen sus faltas, es lo cierto que nunca ni con nada puede paliarse la villana traicion que le puso en manos del de Trastamara, ni la muerte que le dió este con su propia daga.

Por lo demas, es indudable que la posteridad no ha hecho justicia á D. Pedro. Violento de genio y acibarada su vida con las continuas defecciones de los grandes y las pretensiones de los nobles, la traicion

velaba en su rededor y la desconfianza minaba su existencia.

Debidas las noticias que tenemos de su reinado en su parte principal al cronista Pedro Lopez de Ayala, acérrimo partidario de D. Enrique, no es extraño que mirase con pasion y escribiese con parcialidad los hechos de un monarca, cuya muerte era preciso legitimarse en algun modo, pues que habia sido dada por la persona misma á quien tenia que encomiar. Esto no podia conseguirse sino concitando en su contra los corazones generosos á fuerza de hacerle odioso por su crueldad. El rigor extremo de que usaba el rey en su justicia, y su desenfronada pasion á las mugeres daban por otra parte harto pábulo á cuantas atrocidades quisieran achacarle; y Ayala supo aprovecharse oportunamente de estas circunstancias. Y si en el dia y á nuestros ojos, cuando la civilizacion y las luces han hallado cabida hasta en las mas ínfimas clases, desfigura de un modo tan notable los hechos el interés de partido ¿qué no sucederia entonces que ningun medio de publicacion habia para el vulgo, ni ecsistian los recursos y conocimientos que hoy abundan para el esclarecimiento de la verdad?

Acátase como héroe por unos al que otros apellidan malvado: ensálzase las acciones que los contrarios califican de crímenes: vélanse los abusos con el colorido del público bien; y no hay delito, no hay hecho alguno por culpable que sea, que cometido por un hom-



bre de partido no halle disculpa y paliativo entre los de su bandería y opinion.

Y siendo esto tan constante ¿qué razon ha de haber para prestar un ciego asentimiento al único contemporáneo de D. Pedro cuyos escritos han llegado á nuestras manos? Y si á la circunstancia de ser el único se añade la de su enemistad declarada y profunda con el monarca, al paso que la necesidad en que se hallaba de adular al hombre de quien era partidario y cuyo reinado empezó con la muerte de su hermano, se concebirá con cuanto mas apoyo y fundamento debe dudar el escritor imparcial de esos inhumanos y casi increíbles hechos que se atribuyen al llamado por ellos D. Pedro el *Cruel*.

Cuando llegue á descubrirse el paradero de la crónica que de su reinado se dice escribió Juan de Castro, obispo de Jaen, tambien contemporáneo suyo y que no figuró entre los partidos de la época, podrá formarse un juicio esacto y fundado del verdadero carácter del desventurado D. Pedro; hasta entonces, y mientras no haya otros datos que los suministrados por su enemigo personal Ayala, á que se han referido casi todos los que han escrito despues de las cosas de España, lícito debe ser, y aun así lo ecsije la justicia, que no se sancione ese dictado tan odioso ni se crean los inhumanos hechos que se le atribuyen.

Harta desgracia tuvo en verse cercado durante su vida de asechanzas, motines y traiciones, que al fin le

condujeron á la muerte sin que su memoria se infame en la historia , cuyas páginas hoy mas que nunca deben ser dictadas por la mas severa imparcialidad.

### **DON ENRIQUE II.**

---



**ENRIQUE 2.**

Con la muerte de D. Pedro no habia obstáculo que se opusiese en Castilla para reconocer á D. Enrique como rey; pero ya que no en el interior, suscitáronse bien pronto en el exterior.

El rey de Portugal por una parte y el duque de Lancaster por otra no tardaron en salir á la palestra pretendiendo la Corona, que decian estar en la frente de un bastardo usurpador. Apoyaba el primero su derecho en ser descendiente legitimo de D. Sancho IV por su hija Doña Beatriz casada con D. Alonso IV de Portugal: y el segundo en estar casado con Doña Constanza, hija del rey D. Pedro y de Doña María de Molina, cuya descendencia se habia declarado legitima, y legitimo el matrimonio de que procedia, por las córtes de Sevilla en 1362. El testamento del rey difunto otorgado en el mismo año declaraba por otra parte suce-

sores á D. Alonso, Doña Beatriz, Doña Constanza y Doña Isabel hijos de este matrimonio, por lo que muerto D. Alonso y retirada al claustro Doña Beatriz, recaían sus derechos en Doña Constanza; de modo que ambos pretendientes tenían razones legales en su favor.

Pero la política y valor de D. Enrique supo deslazarar los planes de ambos, privando mañosamente al de Portugal de la alianza de Aragon, Granada y Navarra, y destruyendo la armada en que venia el duque de Lancaster (llamado por los historiadores de la época de Alancastre) con el auxilio de su constante y buen aliado el rey de Francia.

Entonces llegaron para Castilla los apetecidos dias de calma y sosiego, de que tanto tiempo habia estado privada, y los pueblos empezaron á disfrutar los beneficios de la paz.

La generosidad, la prudencia y el dulce carácter de D. Enrique hicieron bien pronto olvidar el origen de su reinado, y los pueblos bendecían al que tanto se desvelaba por su bien. Efectivamente, el período durante el que Castilla estuvo bajo el cetro de don Enrique fué señalado por el desvelo con que este benéfico príncipe se ocupó en cicatrizar las llagas, que la guerra civil y los partidos habian abierto en los pueblos: los intereses de estos se fomentaron de un modo rápido al par que productivo y ostable; su magnimidad perdonaba donde habia lugar á un castigo; premiaba con larga mano los servicios recibidos; donde quiera

que habia un mal aprontaba el remedio; y mientras con política y sacrificios personales podia atajar las diferencias interior y esteriormente suscitadas no acudia á la guerra ni escigia sacrificios de sus súbditos: sin embargo, cuando le fué indispensable activarla, sus triunfos apresuraron la paz y con ella los beneficios materiales y el bienestar general.

Parecia que deseoso de borrar las huellas sangrientas de lo pasado, habia cifrado su espiacion en ser tan buen rey, que no hubo quien dejase de llorarle, cuando á los diez años de su reinado murió á impulsos de la gota en treinta de mayo de mil trescientos setenta y nueve.

La necesidad de adquirirse parciales, conservándolos en aquellos tiempos de venalidad á su devocion, y su desprendido carácter le impelieron á otorgar tantas gracias, que se le conoce en la historia con el sobrenombre de *el de las Mercedes*, y sus donaciones llamadas *Enriqueñas* hicieron época en Castilla y no pequeña mella en el Erario. Sin embargo, comprendiendo la estension del mal, trató de evitar en lo posible su trascendencia, disponiendo en su testamento se escluyese de la sucesion en tales donaciones á los parientes transversales, y admitiendo solo en ella á los descendientes legítimos por línea recta.

Entre los sabios y prudentes consejos que dió á su hijo D. Juan en la hora de su muerte, se hacen notar los de que no se inclinase á partido alguno en el cisma

que se habia suscitado en la Iglesia, y que de tres clases de gente que tenia en el reino, á saber, los que le habian servido á él fielmente, los que habian sido siempre leales á D. Pedro, y los que permanecieron neutrales, conservase á los primeros las mercedes otorgadas pero que no fiasse mucho en su lealtad; cometiese todos los cargos y oficios públicos á los segundos con la mayor confianza; y á los terceros ningun caso ni favor hiciese como personas apreciadoras de su interés mas que del pró comunal.

### **DON JUAN I.**

Teniendo D. Juan I. muy presentes los últimos consejos de su ilustre padre, todo su conato se cifró en procurar la felicidad de sus pueblòs y en estrechar las relaciones con el rey de Francia, para lo cual se le presentó muy oportuna ocasion. Ocupaban los ingleses la Aquitania, y hallábase el francés prósimo á sucumbir á los invasores, cuando D. Juan le envió numerosos socorros por mar y tierra, que lanzaron á aque-



JUAN I.

llos batiéndoles en todas direcciones y obligándoles á desistir de su empresa.

Pero este noble proceder del monarca castellano atrajo sobre su suelo la plaga de la guerra otra vez; porque, resentidos los ingleses, hicieron revivir las pretensiones del duque de Lancaster, vivamente apoyadas por el rey de Portugal.

Comprendiendo D. Juan toda la estension del peligro que le amagaba si las fuerzas inglesas entraban en Portugal, donde les aguardaban auxilios de toda clase, se decidió á dar un golpe atrevido que lo impidiera. Con este fin mandó á su escuadra saliese al encuentro de la portuguesa, mientras él pasó á sitiar á Almeida.

Veinte galeras apresadas y la destruccion de casi toda la flota enemiga fué el éesito brillante que en el mar se obtuvo á las inmediaciones del cabo de San Vicente, al paso que por tierra se tomaba á Almeida y seguia triunfador el ejército castellano hácia Lisboa. Ya se habian reunido á la sazón las tropas coligadas, á las que dió vista aquel cerca de Yelves, y se aprestaba la lucha, cuando cansado D. Fernando de Portugal de las depredaciones que causaban en sus tierras los aliados, procuró por todos medios la paz y obtuvo al fin un acomodamiento, en que se estipuló que su hija Doña Beatriz, heredera del trono, habia de casarse con el hijo segundo del rey de Castilla, y que este restituiria las navés apresadas y facilitaria la vuelta de los ingleses á su pais.

El fallecimiento de la reina de Castilla que ocurrió á poco, vino á variar entre ambos monarcas lo estipulado, pues conociendo los males de dilatar el concertado matrimonio, imposible entonces por la edad infantil del príncipe, propuso el de Portugal á D. Juan tomase por esposa á su hija, á calidad de resignar en el primer hijo que tuviesen los derechos á la sucesion de la corona que en tanto correspondian á Doña Beatriz. Bajo esta condicion aceptó la oferta el castellano; pero habiendo muerto á los pocos meses el rey de Portugal, y tratando D. Juan de afirmar la posesion de este reino á su hijo D. Enrique, salido apenas de la cuna, halló impensada y tenaz resistencia en los portugueses, que despreciando los justos derechos de Doña Beatriz, aclamaron por su rey al maestre de Avis.

No podia el de Castilla sufrir con paciencia tal desafuero, y con ánimo de atajarle á viva fuerza, si bien á bien no lo obtenia, entró en Portugal seguido de numerosa hueste. Desde los primeros pasos hubo de luchar con las dificultades que el encono de los naturales oponia á la dominacion Castellana, y precisado ya á recurrir á las armas, arrolló cuanto se presentó delante y llegó hasta los muros de Lisboa, donde el maestre de Avis, titulado rey, hubo de encerrarse y defenderse.

Ya se contaba como segura la victoria, y reducido á la última estremidad el de Avis iba á verse forzado á rendirse, cuando la desoladora peste que se decla-

ró en los reales castellanos obligó á levantar el sitio y retirarse no sin dejar el campo cubierto de cadáveres.

No desistió por eso D. Juan de su intento. En la primavera del siguiente año volvió á invadir el Portugal con nuevas fuerzas, llevando todo el pais á sangre y fuego. El ejército portugues se habia en tanto organizado completamente, y el maestre no quiso verse reducido á defenderse entre los muros de una plaza como el año anterior; por lo que supliendo con la estrategia á la fuerza aguardó al castellano fortificado en el estrecho paso que hay junto á la aldea de Aljubarrota. Bien organizadas sus hacés y con el arrojo natural á quien en una accion va á aventurar su porvenir y suerte presentaba el portugues un aspecto respetable. D. Juan reunió sus capitanes para decidir si se le debia ó no atacar en tan ventajosas posiciones; pero vencido por las escitaciones de los mas fogosos mandó cargar al enemigo, sin tener cuenta del mal estado en que venian las tropas por el cansancio y de lo prevenidas y bien dispuestas que se hallaban las contrarias.

El ócsito de la batalla fué desgraciado en alto grado. La flor de la caballería castellana quedó en el campo, derrotada la infantería, y el rey debió su salvacion á la adhesion de su mayordomo Pedro Gonzalez de Mendoza que le dió su caballo para que huyera, sacrificando su vida por defenderle.

El orgullo portugues no encontró ya límites con esta victoria, y en nada menos se pensó que en der-

rocar de su trono al castellano. Enviaron con este objeto embajadores al duque de Lancaster ofreciendo apoyar sus pretensiones á la corona, si él por su parte les ayudaba en su defensa. Desvanecido con la perspectiva que se le presentaba, no dudó el duque en aceptar la oferta y compromiso, y seguro del buen éxito reunió hasta tres mil lanzas con las que y con toda su familia desembarcó en el pequeño puerto de Galicia llamado el Padron, dirigiéndose despues sobre la Coruña.

Pero fiel esta ciudad á su lejítimo soberano opuso una tenaz resistencia al pretendiente, que hubo de trasladarse á Santiago, donde, habiéndosele abierto las puertas, fué aclamado y coronado rey. No se descuidaba D. Juan en tanto, y hechos los convenientes aprestos para destruir las facciones, marchó á Galicia arrastrando toda la campiña; con esto dió tiempo á que, aislado el inglés, empezase á sentir la falta de subsistencia, para obligarle á desistir de su empresa por medio de una capitulacion y sin nueva efusion de sangre, ó lanzarle de lo contrario á viva fuerza del pais.

Ajitáronse con este fin negociaciones, y fué su término al fin que el de Lancaster desistiese de todas sus pretensiones, acordándose el enlace de su hija Doña Catalina con el primogénito de D. Juan, á quienes, como á todos los herederos de la corona en adelante, se habia de dar el título de *Príncipes de Asturias*; que se señalase una pension de cuarenta mil florines á la duquesa Doña Constanza, por la renuncia que hacia de

sus derechos á la corona de Castilla; y que se diesen otros seiscientos mil á su esposo de una vez.

Con semejante tratado se halló reducido el portugués á sus propias fuerzas, con las que intentó sin embargo continuar la guerra; pero conociendo cuán poco podria adelantar, aun con buena ventura, se holgó de poder asentar treguas por seis años; con lo que don Juan pudo dedicarse á labrar la felicidad de sus pueblos, que habia sido y era siempre su objeto principal.

Todavía se suscitaron disgustos en las córtes de Briviesca, reunidas á principios de mil trescientos ochenta y ocho, y en las de Palencia poco despues, para reunir los fondos necesarios á pagar al de Lancaster, lo que no pudo hacerse sin votar nuevos impuestos.

No se sabe si por estos disgustos, ó si por el temor que siempre tenia el rey de no poder procurar el bienestar de sus vasallos, intentó en el año siguiente de mil trescientos noventa renunciar la corona en su hijo D. Enrique; pero habiéndose opuesto vivamente á ello los grandes y los procuradores, hubo de desistir de tal intento. En ellas tambien propuso y se acordó un perdón general para todos los desafectos, y el servicio de una suma bastante á pagar durante la paz la gente de guerra, para evitar que viviese á costa del pais y de los pobres labradores, reformando al efecto y dando una organizacion fija al ejército.

Entregado á estas y otras importantes mejoras rogaban los pueblos al cielo les conservase tan buen mo-

narca, cuando una muerte prematura y violenta vino á cortar con su ecsistencia las esperanzas mas lisonjeras.

Habia marchado el rey hácia Andalucía para reponer allí en toda su fuerza el menospreciado poder de las leyes, y se hallaba en Alcalá, cuando supo volvian de Marruecos varios de los caballeros á quienes habia indultado y que en albricias iban á celebrar una especie de torneo cabalgando en sus corceles á la usanza morisca. Deseoso de disfrutar de tal espectáculo salió Don Juan al campo en un brioso alazan, y hallábase presenciando las evoluciones, cuando no se sabe si por impulsos del ginete ó por vicio del caballo partió este hácia la justa con tal ímpetu, que desbocado y ciego entró por los campos y arrojó de la silla al infeliz monarca, que fué arrastrando largo trecho hasta que espiró.

Tenia á la sazón D. Juan treinta y tres años, habiendo acaecido esta desgracia el nueve de octubre de mil trescientos noventa, con lo que subió al trono su hijo mayor sin oposicion.

**DON ENRIQUE III.**

---



**ENRIQUE 3º**

Contaba Enrique III solo once años, cuando fué llamado á ocupar el solio castellano. Como de menor edad no podia regir por sí el estado, y hubo que acudir á las regencias, que tantos y tan prolongados males habian causado al pais. La que en su testamento habia dejado encomendada D. Juan á seis prelados y señores y otros seis diputados de las provincias de Burgos, Leon, Toledo, Sevilla, Córdoba y Murcia, no llegó á posesionarse del gobierno por la tenaz oposicion que á ello se hizo; y en su lugar se instituyó otra compuesta de tres príncipes de la sangre real, de los arzobispos de Toledo y Santiago, de los maestros de Santiago y Calatrava y de ocho procuradores de las ciudades. Pero ambicioso por demas el de Toledo, y pretestando que la ley de Partida establecia que fuesen uno, tres ó cinco los regentes, no paró hasta obtener que se reuniesen las córtes para decidir acerca del par-

titular. Convocáronse al efecto estas para Burgos en mil trescientos noventa y dos, y en vista de todo decretaron, que hubiese doce gobernadores, de los que seis ejerciesen su encargo durante medio año, y el otro medio los demas.

Aun así no se atajaron los disturbios, y era tal el desórden que reinaba y tan escandalosos los abusos que á la sombra de su autoridad cometian unos ú otros de los regentes, que el jóven rey justamente irritado, y contando para todo evento con el auxilio de la Francia ofrecido por su rey Carlos VI, se decidió á empuñar por sí las riendas del gobierno, atajando de un golpe los males sin cuento á que su minoría daba lugar.

Era D. Enrique de constitucion tan débil y enfermiza, quo desde sus primeros años se le empezó á llamar el *Doliente*; pero estaba dotado en cambio de un corazon tan animoso, y era tal el temple de su alma, que una vez hecha la declaracion de su mayoría por las córtes de Burgos en mil trescientos noventa y tres, manifestó valientemente que desde aquel instante cesaban en el ejercicio de su autoridad todos los tutores y regentes, á quienes habria de residenciarse, y que en lo sucesivo no compartiría con persona alguna las sagradas funciones que como monarca de Castilla estaba llamado á llenar.

Su conato principal desde este instante fué el de disminuir las gabelas que pesaban sobre el pueblo, para lo que empezó por cercenar de tal modo los gastos

de su palacio, que solo empleaba lo puramente necesario á su decoro y manutencion, y por rebajar las cuantiosas pensiones que de propia autoridad se habian señalado los príncipes y regentes. No hubo de gustarles esta medida, ni la de que rindiesen cuentas del tiempo de su administracion, y para evitarlas, acudieron al medio, ya tan corriente en Castilla, de sublevarse contra el rey.

Los condes de Gijon y Trastamara, el duque de Benavente y el marqués de Villena se pusieron al frente de la rebelion; pero D. Enrique, que estaba resuelto á no consentir escesos de esta clase, se apresuró á marchar á su encuentro, antes de que una culpable apatía diese fuerzas y vuelo á la causa de la deslealtad.

Su firmeza y decision, tan inesperadas en un jóven de naturaleza enferma y sin esperiencia en el mando, intimidó desde luego á los rebeldes, y Villena y Benavente con sus parciales acudieron á implorar la clemencia del rey. Muchos motivos tenia este para imponerles duro castigo, pero generoso al par que valiente otorgó á todos su perdon, inútil sin embargo para el de Benavente, cuya correspondencia denunció nuevos planes de revuelta, que fué á purgar al castillo de Almagro.

Quedaban solo por reducir á principios de mil trescientos noventa y cinco Trastamara y Gijon; pero sometido el primero y derrotadas las tropas del segundo junto á Oviedo impetró asimismo su perdon que se le concedió.

Tranquilo con esto ya el reino, no había obstáculos para que el rey llevase á cabo sus planes de progresivas mejoras, economías y órden en la administracion, medios todos de asegurar la felicidad de sus pueblos; pero la injusta cuanto inesperada agresion que en medio á la mas profunda paz llevó á cabo el portugués, apoderándose de Badajoz, le obligó á acudir de nuevo á las armas en mil trescientos noventa y seis para vengar tal ultrage y escarmentar al invasor.

La completa derrota de la escuadra portuguesa frente á Lisboa, y el saqueo y destruccion de cuanto halló á su paso el ejército castellano por las fértiles campiñas que costean el Tajo, señalaron los primeros pasos dados por D. Enrique en esta guerra tan injustamente provocada por el de Portugal. Apresuróse este por lo tanto á pedir la paz; y la restitucion de Badajoz y ajuste de una tregua de diez años fueron el resultado de las negociaciones.

Pero la tranquilidad, que con su prudencia y justo gobierno consiguió establecer este buen rey, se vió repentinamente turbada por el indiscreto celo del maestro de Alcántara D. Martin Yañez de la Barbuda, que fanatizado por las predicaciones de un ermitaño llamado Juan Sago, se empeñó en sostener con las armas en la mano la supremacia del cristianismo, y entró con tales intentos en las tierras de Granada, seguido de unos cuantos valientes, acuchillando á cuantos no querian abandonar la relijion del profeta por la del

Crucificado. Ninguna parte tenía el rey en tan aventurado paso, ni tampoco le asistia razon plausible para romper la paz en que se hallaba con el monarca granadino; pero no aquietándose este con las honrosas satisfacciones que por aquel le fueron dadas, forzoso fué acudir á las armas para atajar la irrupcion, que en represalia de la del maestro hicieron los moros poco tiempo despues.

Antes de esta, y aprovechándose de la paz ajustada con Portugal, habia hecho D. Enrique una expedicion contra los corsarios berberiscos, que infestaban las costas de España, y perseguidolos hasta Tetuan. Despues de arrojarlos de sus guaridas, que destruyó incendiando sus barcos, sitió estrechamente la plaza, la tomó por asalto, y degollada su guarnicion, se apoderó de los tesoros acumulados por los piratas.

Alentado con tan buen écsito, y halládo motivo suficiente de provocacion en la irrupcion del de Granada, concibió el colosal proyecto de arrojar á los moros de toda España. Empezó á hacer aprestos para ello con el mayor afan; pero cuando sus preparativos iban ya terminándose á costa de continuas fatigas y sacrificios personales, secundados con ferviente celo por sus pueblos, fué arrebatado á estos en veinte y cinco de diciembre de mil cuatrocientos seis á impulsos de sus habituales dolencias.

Estaban á la sazón convocadas córtes en Toledo para tratar de facilitar medios con que llevar adelan-

te la proyectada espulsion de los moriscos, y en ellas se aclamó por soberano al hijo de D. Enrique, quedando paralizado el objeto principal de su reunion.

Durante este reinado ocurrieron dos cosas dignas de notarse: la embajada que, en correspondencia á la de D. Enrique, envió á Castilla el célebre guerrero Timur-Bec, conocido por el gran Tamorlan, y la colocacion en la catedral de Sevilla del primer reloj que se vió en España.

Era tal el amor de este príncipe á sus pueblos, y tal el desvelo que por su bienestar tenia, que siempre estaba diciendo, que *temia mas el odio de sus súbditos que las armas de sus enemigos*. Su muerte fué por lo tanto sentida en alto grado, y su memoria acatada como la de un buen rey.

### **DON JUAN II.**

---

Turbulentos siempre los reinados todos que empiezan con una larga minoría, durante la que combaten sin descanso la ambicion y la intriga para apoderarse del mando, lo fué mas que ninguno el de don



**JUAN 2º**

Juan II, no solo porque al heredar el trono contaba apenas veinte y dos meses, si que tambien porque su carácter se prestó en todas épocas con harta facilidad á quanto de él quiso ecsijirse. Débil, irresoluto, incapaz para dirigir los negocios del estado, el cetro fué en sus manos un juguete, y sombra de monarca en el trono, el poder estuvo á merced de los validos, sirviendo de ciego instrumento á los planes de estos, que sacrificaron al fin con su anuencia, aunque contra sus sentimientos, al que entre todos ellos quiso mas.

Desde los primeros momentos en que el régio infante ocupó el solio hubo amagos de una guerra civil que solo el generoso y noble carácter de su tio el infante D. Fernando, que despreció las ofertas que se le hicieron de la corona, pudo atajar. En su consecuencia D. Juan fué aclamado por rey en toda la monarquía; la gobernacion del reino se encomendó á D. Fernando y á la reina madre con la guarda y tutela de su hijo, á pesar de que en su testamento hubiese dispuesto el rey difunto que este fuese puesto en poder del justicia mayor de Castilla Diego Lopez de Stuñaiga, del camarero mayor Juan Velasco y del obispo de Cartagena para que le guardasen y educasen.

Muy lejos se estaba entonces de pensar que la condescendencia habida con la reina, en atencion á su cualidad de madre, fuese causa de las desgracias á que mas tarde dió lugar la viciada educacion del rey, y

la estremada sujecion en que le tuvo constantemente esta señora hasta que murió.

Contribuyó en gran manera al giro que posteriormente tomaron los acontecimientos, el haber tenido que dejar la regencia el infante D. Fernando, llamado á ocupar el trono de Aragon por muerte del rey D. Martin. Con su ausencia desapareció la única traba que hubiera podido contener y que de hecho habia contenido á los turbulentos aspirantes al poder.

Mientras este príncipe se halló al frente de los negocios públicos, fueron tantos los encuentros como las victorias habidas sobre los moros en las provincias andaluzas, derrotándolos completamente en las aguas de Cádiz y en los campos de Archidona; tomó á viva fuerza la importante y bien defendida plaza de Antequera y las villas de Zahara, Cañete, Pruna y Alhaquin, hasta que consiguió ponerles en la precision de pedir la paz.

Por la ausencia del infante recayó el gobierno casi esclusivamente en la reina madre, aun cuando D. Fernando siguió velando por los intereses de Castilla y de su régio pupilo; pero habiendo fallecido harto prematuramente en mil cuatrocientos diez y seis, cuando se dirijia á Burgos para conferenciar con Doña Catalina, quedó esta señora por única regenta de Castilla.

Poco le duró su encargo, si bien fué lo bastante para esclavizar mas y mas al rey, en cuyo apocado ánimo ejercia un dominio absoluto, porque en el año si-

guiente de mil cuatrocientos diez y ocho se la encontró muerta en su cama, el día primero de junio, sin haber precedido enfermedad que hiciese temer tal accidente.

Contaba á la sazón el rey trece años, y vuelto á la libertad por el fallecimiento de su madre, con cuya ocasion salió por primera vez á pasear por la ciudad para que le contemplasen sus vasallos, no faltó quien aprovechándose del entusiasmo que causó en el pueblo la vista del monarca intentase proceder á su proclamacion, para hacer cesar los escandalosos manejos de los aspirantes á la regencia.

No se realizó por entonces este pensamiento; pero reunidas ocho meses despues las córtes en Madrid, y habiéndose ya desposado el rey con Doña María infanta de Aragon, declaró ante ellas que llegado á los catorce años queria gobernar por sí solo, poniéndose desde luego al frente de los negocios del Estado.

En el carácter de D. Juan no habia decision bastante para arrojarse á tan atrevido paso, ni menos para dar cima á la arriesgada empresa de guiar en tan difíciles circunstancias la combatida nave del Estado. Menester fué por lo tanto contar para ello con el auxilio de una persona, cuyas inspiraciones le diesen el impulso y vida que le faltaba; y esta persona, insignificante entonces y desprovista de toda ambicion personal al parecer, la halló en el compañero de su infancia, en él despues harto célebre D. Alvaro de Luna.

Hijo este del señor de Juvera, Alfaro, Cornago y Cañete, que le hubo en trato ilícito de una Doña Maria Fernandez Xarava, debió á la muerte de su padre su entrada en la córte. Siete años tenia tan solo cuando encontrándose huérfano y en situacion bien apurada hubo de acojerle á su lado D. Juan Martinez de Luna, hermano de su padre, y encargarse de su educacion. De claro ingenio y con aplicacion suma, llegó D. Alvaro á tener cuando mancebo los conocimientos y dotes mas brillantes que cumplir pudieran al mas apuesto caballero; y esta disposicion admirable y su deseo de señalarse le abrieron las puertas del palacio de su tio el arzobispo de Toledo, que llamándole á su lado en mil cuatrocientos ocho consiguió á poco colocarle de page del rey.

Entonces fué cuando la aficion estremada que don Juan sentia hácia D. Alvaro empezó á cimentar la base de la predileccion y alto favor que le otorgó en lo sucesivo, y cuyo progreso á nadie fué dado atajar, á pesar de los repetidos arbitrios que para separarle del lado del monarca se escogitaron. No hay que extrañar ya por lo tanto, que cuando llegó la época de la muerte de la reina, consiguiese D. Alvaro inclinar al rey á hacer la declaracion de su mayoría, ideando él llegar á ocupar el primer puesto en su consejo y favor.

La herida que recibió en el torneo celebrado con este motivo le alejó sin embargo por algun tiempo de D. Juan, en torno del cual se empezaron á agitar los

que intentaban gobernar en su nombre. Los mas formidables entre estos eran los infantes de Aragon don Juan y D. Enrique que, rivales en la empresa, aspiraban al favor del rey.

Mas ambicioso ó mas intrigante D. Enrique trató de hacerse lugar cerca de D. Alvaro para que protejiese sus miras; pero no hallando acogida en este ni en los demas cortesanos que mas inmediatamente servian al rey, se decidió á cometer una tropelia, que le procuró por breves momentos lo que tanto habian llegado á anhelar.

Ausiliado por el condestable de Castilla y del obispo de Segovia, y aprovechándose de la estancia del rey en Tordesillas, se introdujo cautelosamente con sus parciales en palacio la noche del doce de julio de mil cuatrocientos veinte, forzó la guardia, y sorprendió al rey durante su sueño y al leal D. Alvaro que descansaba á sus pies.

Fácil es imaginar cuál seria la sorpresa del tímido monarca al verse asi rodeado de gente armada, á pesar de cuanto le decian para convencerle de que aquello se hacia por salvar el Estado y su propio bien. Solo pudo tranquilizarse algo cuando dejaron en su compañía al de Luna, que cediendo á las circunstancias guardó silencio, á fin de no perder la proporcion de proteger entonces y libertar despues á su señor.

Fué el primer cuidado de D. Enrique rodear al rey de sus parciales, dejando á su lado únicamente á don

Alvaro, de quien no recelaba, y al que como tan querido de él intentaba ganar á todo trance para su causa prodigándole honores y mercedes; pero estaba muy lejos de doblegarse á tales cesijencias este leal servidor, y aprovechándose de la primera ocasion, que la misma confianza del infante hubo de proporcionarle, sacó al rey de Tordesillas y lo condujo al castillo de Montalvan.

Fuerte D. Enrique, asi por la alianza que habia contraido con la hermana de D. Juan, como por el poder que ejercia en calidad de maestro de Santiago, no vaciló en seguir á los fugitivos sitiándolos estrechamente sin respeto alguno á la persona del monarca, hasta que temeroso de los numerosos socorros que acudian de todas partes, hubo de retirarse á Ocaña, donde continuó trabajando en sus planes de rebelion.

Necesario le era sin embargo un protesto para legitimar en la apariencia tal conducta, y le halló á la mano en la falta de cumplimiento de lo pactado por el rey en Tordesillas al darle por esposa á su hermana doña Catalina. Habíase asignado á esta señora en doto el marquesado de Villona, cuya entrega estaba diferida, é impaciente D. Enrique se apoderó á viva fuerza de los estados que la componian. D. Juan envió tropas que le recobraron, revocó la gracia otorgada de que las rentas del maestrazgo de Santiago pasaran á los sucesores del infante, y se aprestaba á resistir y castigar su agresión, cuando aconsejado por su madre

se presentó D. Enrique en la córte á dar sus disculpas.

En mal hora se interceptaron entonces cartas del condestable Rui Lope Dávalos, en que se descubria la trama urdida con el infante de coadyuvar una incursion del rey moro de Granada; porque altamente ofendido el monarca, sometió el ecsámen del asunto á su consejo poniendo en tanto preso á D. Enrique en el castillo de Mora.

El celo que en este y los anteriores sucesos habia mostrado D. Alvaro acreció extraordinariamente el afecto de D. Juan hácia su favorito, y queriendo darle una prueba ostensible de ello, le agració con la alta dignidad de Condestable de Castilla, vacante por la traicion y huida á Valencia de Lope Dávalos, cuyos cuantiosos bienes fueron confiscados, y además con el título de conde y el señorío de Santisteban.

Habia ascendido poco antes al trono de Navarra, por derecho de su esposa Doña Blanca, el infante don Juan, que interesándose á la sazón en favor de don Enrique con su otro hermano el rey de Aragón, obtuvieron al fin su perdon del agraviado soberano de Castilla, aunque contra el dictámen del de Luna, que con la libertad del infante presagiaba nuevas turbulencias.

Demasiado fundados sus pronósticos convirtiéronse á poco en realidades, si bien el conato de D. Enrique y sus parciales se dirigió por entonces á derribar

al favorito. Habia sido entregado aquel, por virtud de los pactos firmados en mil cuatrocientos veinte y cinco, á los enviados del rey de Navarra, que vinieron á buscarle al castillo de Mora el diez de noviembre de este año, y debia subsistir en su poder sin intentar cosa alguna contra Castilla; pero acudiendo á la intriga, de consueño con sus hermanos, empezaron á difundir tales y tan graves calumnias contra D. Alvaro, haciendo que por los Grandes se pidiese su castigo, que el rey al fin tuvo la debilidad de acceder á desterrarle de su lado con todos sus allegados y amigos, á virtud de la decision que dieron los cuatro árbitros nombrados para fallar acerca de las contestaciones pendientes.

Salió en su consecuencia el Condestable de Simancas, donde á la sazón se hallaba la corte, para su villa de Ayllon, y con su ausencia dejó un vacío, que todos ansiaban ocupar en el favor del rey. Parecia que con este destierro se habrían aquietado D. Enrique y sus parciales, y mas cuando, en cumplimiento á lo acordado, se publicó un solemne perdon para todos los delitos, salvo el derecho de tercero; pero intrigantes por oficio y ambiciosos á cual mas, los que tan unidos habian estado para derribar al de Luna se dividieron en bandos, de los que cada uno intentó ganar para si la cooperacion del que habian desterrado, conociendo que el afecto que el rey le tenia, lejos de menguarse con la ausencia habia tomado incremento mayor.

El resultado de todo fué que D. Juan llamó otra vez á su lado al Condestable, quien se le unió en Turuégano, volviendo á su privanza y al ejercicio del poder.

Contábanse entonces los primeros dias de mil cuatrocientos veinte y nueve, y tratándose de continuar contra los moros la campaña terminada años antes con la gloriosa victoria de Antequera, se reunieron córtes en Valladolid, que otorgaron los subsidios necesarios; pero la negativa del de Aragon á firmar el concierto, y los preparativos que hacia para invadir la Castilla, fueron causa de que hubiesen de destinarse á contenerle las fuerzas aprestadas contra los moros.

Reunidos en Palencia los grandes, convocados al efecto, juraron todos y autorizaron con su sello en un escrito guardar fidelidad al rey y acudir con sus mesnadas en su auxilio y defensa; pero mientras estas llegaban, salió el Condestable á la frontera para contener la invasion, y dió vista á los coligados, pues ya estaban con el de Aragon D. Juan y D. Enrique, en los campos intermedios entre Cogolludo y Jadraque el dia primero de julio.

La llegada del cardenal Fox, legado del papa, hizo que se suspendiese la accion por aquel dia; y en el siguiente la reina viuda de Aragon, que con toda diligencia venia, asentó su tienda entre ambos campamentos impidiendo asi que se trabase la pelea.

Mediaron á su instancia contestaciones entre una y otra parte hasta que resultó una especie de avenencia.

en virtud de la cual se levantó el campo por los coligados; pero inútiles sus buenos oficios por la tenacidad de D. Alonso de Aragon, hubo necesidad de acudir otra vez á las armas.

La guerra se publicó por toda Castilla, y esta vez se decidió D. Juan á no usar de mas contemplaciones. Con tales ánimos entró furiosamente por la frontera de Aragon, mientras sus adelantados ejecutaban lo mismo en Navarra, y haciendo que las córtes de Medina del Campo declarasen traidores á los infantes, les confiscó todos sus bienes, adjudicándolos á los que le habian permanecido leales, y entre ellos al Condestable la administracion del maestrazgo de Santiago.

La toma de la villa de Peñafiel, la del lugar y fortaleza de Monreal, y la destruccion de Cétiva fueron los hechos de armas que señalaron aquella campaña con la toma y saqueo de Ariza, donde viendo el rey que los coligados no admitian el reto que con sus reyes de armas les habia hecho, volvió á cercar el castillo de Peñafiel, á tiempo que los infantes D. Enrique y D. Pedro empezaron á hacer horribles destrozos en los campos de Estremadura.

Partió á su encuentro el Condestable, y tomándoles varias villas y fuertes los obligó á encerrarse en Alburquerque; Montanches capituló que se entregaria tan pronto como viniese el rey, y llegado éste se rindió; pero los de Alburquerque contestaron al perdon que el rey les ofrecia con una lluvia de piedras y saetas, con

lo que se hubieron de retirar los sitiadores para hacerlos aprestos necesarios á embestir una plaza de este órden.

Fué despues de estos hechos cuando tuvo lugar la declaracion publicada en Medina del Campo contra los infantes; y reunidos los medios y fuerzas para el premeditado ataque de Alburquerque, iba á dirigirse el rey contra los sublevados, cuando vinieron embajadores en demanda de paz, que se otorgó despues de muchas contestaciones, acordándose en veinte y cinco de julio de mil cuatrocientos treinta una tregua de cinco años.

Mal guardada por los infantes, dió sin embargo lugar á que se llevase á efecto la campaña contra los moros, provocada de nuevo entonces por haberse negado el de Granada á pagar el tributo que habia reconocido al ser repuesto en el tronó por el rey de Castilla.

La completa derrota de los mahometanos, que tuvo lugar en la vega de Granada el dia primero de julio de mil cuatrocientos treinta y uno, por las tropas que acaudillaba el rey con toda su nobleza de Castilla, derrotá en que se les ocasionó sobre treinta mil hombres de pérdida, sin contar otros reveses, obligó al granadino á deponer las armas, y la guerra se finalizó.

Reinó entonces por algun tiempo la tranquilidad en la agitada Castilla; y cuatro años, durante los cuales la paz no fué turbada; pasaron tan lijeros, como lo son siempre los años de felicidad. Pero si de ventura y bien-

andanza para los pueblos, no transcurrió este tiempo en vano para los enemigos de D. Alvaro. Aprovechándose de los desmanes de este en el ejercicio de su omnipotente autoridad; de las crecidas donaciones que con mengua de otros sus servidores le hacia el rey, aun privando de estados á la reina como sucedió con el de Montalvan; y de la parcialidad con que eran encomendados los cargos todos y honores de la córte á sus parientes y allegados, llegándose á hacer Arzobispo de Toledo á su hermano de madre D. Juan de Cerezuela, con harto escándalo público, en mil cuatrocientos treinta y cuatro; y apropiándose el favorito mismo la plaza de ayo del príncipe heredero, á la sazón de diez años, para tenerle en sujecion estrecha y constante, supieron preparar de tal modo los ánimos, que, al espirar la tregua concertada con Aragon y Navarra, se hallaba todo dispuesto para una reaccion.

La generosidad con que obró D. Juan II accediendo á la prolongacion de las treguas, á pesar de lo facil que se le presentaba la victoria, atendido el precario estado del de Aragon, apagó por entonces el incendio, y todavía cedió de su intensidad con el perdón general que se otorgó á todos los que habian tomado parte en los anteriores movimientos, y con el casamiento concertado entre el príncipe de Asturias y la hija del rey de Navarra.

Pero con los indultados volvió el conde de Castro, uno de los mas encarnizados enemigos del Condesta-

ble, y dando impulso á las amortiguadas pasiones, los olvidados planes de revuelta se volvieron á agitar. Algo hubo de sospechar sin duda D. Alvaro, pues apenas se habian terminado las fiestas celebradas por los desposorios del Príncipe y Doña Blanca, procedió á la arbitraria prision del Adelantado Pedro Manrique, á quien tenia por gefe principal de la temida conspiracion, encerrándole estrechamente en el castillo de Fuentidueña.

Pero esta medida, que se juzgaba bastante á contener los descontentos, sirvió por el contrario para exasperarlos y aumentar su número, que organizado á poco por el Almirante de Castilla y el conde de Ledesma que se pusieron á la cabeza, cobró nuevo incremento con la persona del Adelantado, que logró evadirse de su prision.

Terrible era ya por si sola esta liga, que se robusteció con el auxilio del infante D. Enrique, y su importancia se acrecia por momentos, teniendo por suyas las ciudades de Leon y Valladolid y la proteccion del príncipe heredero, que odiaba al de Luna.

Cruzáronse sin embargo emisarios de una y otra parte, antes de acudir á los medios extremos, sin que nada se lograra, y se acordó por fin tener una entrevista en un punto dado para conferenciar mas á placer. Pero desconfiando tanto el rey como los gefes rebeldes de su seguridad personal si acudian á Tordesillas, pueblo designado para la reunion, se recurrió á la garantía y salva-

guardia de un tercero, que respondiese de unos y otros, escogiendo para ello al *buen conde de Haro*.

Por desgracia transcurrió tambien sin resultado el tiempo que duró el *Seguro de Tordesillas*, pues con este nombre se conoce en la historia, y á pesar de la cortesania con que ambos bandos se trataron, nada se resolvió sobre lo principal.

Todavía no se había acudido á las vias de hecho, en medio al encono que reinaba, cuando el rey de Navarra, que hasta entonces había permanecido en la Corte y al lado del de Castilla, intentó apoderarse de D. Juan en Medina del Campo, como lo habría realizado á no haber acudido con sus lanzas el Conde de Haro que lo evitó.

Pero este atentado avivó mas y mas el atrevimiento de los Grandes, que desde entonces contaron con la cooperacion del Navarro; y firmes en su propósito, se negaron á deponer las armas y hasta á entrar en tratos con los emisarios de D. Juan, mientras el valido no saliese de la Corte abandonando el lado del rey.

Forzosa fué ya entonces la separacion del de Luna, que se verificó en Octubre de mil cuatrocientos treinta y nueve; pero abusando como siempre el partido vencedor de su posicion llegó á hacerse tan odioso al monarca, y tan vergonzosa hubo de ser la sujecion en que á este con mengua de su decoro colocaron, que no halló obstáculos el Condestable para llevar á efecto el proyecto de sacar al rey de tan denigrativa opresion.

Entre tanto había transcurrido ya mas de un año que estaba ausente el de Luna de la córte, y sin embargo su valimiento en nada había decrecido, pues se mantenía á igual altura en el favor del rey por medio de las personas que le rodeaban y eran hechuras suyas. Así fué que los coligados, penetrados de que nada adelantaban con tenerle alejado, acudieron ya á medios mas eficaces y violentos, dirigiéndose desde Arévalo con fuerzas á su devocion sobre los estados del de Luna, de quien se intentaban apoderar.

La guerra civil, comprimida hasta entonces con harto trabajo, estalló al punto con insólita violencia, dado este primer paso, á principios de mil cuatrocientos cuarenta y uno. Poderosa la liga, en que se contaba el rey de Navarra, el Infante D. Enrique, el Almirante de Castilla, Quiñones y Diaz de Mendoza que mandaban en Leon y Segovia, los Stuñigas que estaban apoderados de Zamora, Valladolid, Burgos y Plasencia, y Lopez de Ayala que entregó á Toledo, á mas de otros Grandes que á ella habían venido con numerosa gente de armas, parecia que el triunfo era indudable para los disidentes; pero dando lugar con su espedicion á los estados de D. Alvaro á que el rey tomase por su parte la iniciativa, apoderándose de Cantalapiedra, Medina, Olmedo y la Mota, se contuvo algun tanto el espíritu de rebelion, se distrajo la atencion de los coligados que hubieron de acudir á hacer frente á las tropas del rey, y dejaron campo al Condestable para venir con

sus tropas á reunirse con D. Juan en Medina el día nueve de junio, con lo que ya el ejército real se hizo bastante fuerte para no temer el éxito de la lid.

Y sin embargo el resultado fué tan contrario, que sorprendida la villa en la noche del veinte y ocho por los coligados, hubo de separarse de nuevo el Condestable del rey, por órden de este, para salvar su vida.

Transcurrieron entonces dos años durante los cuales la tiranía ejercida por el rey de Navarra y sus parciales sobre el infortunado monarca, en cuya contra estaban tambien la Reina y su propio hijo, llegó á tal estremo, que separado de todos sus fieles servidores, alejados los amigos del Condestable, y guardado siempre de vista, ni aun se le permitia hablar, escribir ni salir de su habitacion sin licencia de aquellos: y como si esta indigna humillacion no bastara, llevaron su atrevimiento hasta á obligarle á firmar un manifiesto, en que se sancionaban estos mismos actos y se decian hechos en su pró y mejor servicio.

Pero con él se llenó la medida del sufrimiento: el escándalo que semejante abuso suscitó en Castilla, junto con los secretos manejos del Condestable, que por medio del obispo de Avila supo atraer á su partido á D. Juan Pacheco favorito del príncipe, allanó el camino para intentar la libertad del rey.

Una vez separado el príncipe de la liga y hecha causa comun con D. Alvaro, no se tardó en conseguir el beneplácito de D. Juan: fuertes con él y con

el auxilio de varios Grandes, tomaron una actitud decidida y enérgica contra los usurpadores del poder real. Desplegó el príncipe su bandera, y todos cuantos se preciaban de leales se apresuraron á agruparse en torno de ella, jurando libertar al rey ó perecer en la demanda. El buen conde de Haro, el arzobispo de Toledo, los condes de Alba, Plasencia y Castañeda, y D. Iñigo Lopez de Mendoza fueron los primeros que acudieron á engrosar con sus gentes y vasallos las tropas del heredero del trono y del Condestable, y en pòs de ellos vinieron muchos mas.

Un encuentro afortunado, que hubo en Pampliega con el rey de Navarra, aumentó todavía el entusiasmo; y la venida del rey, que pudo escaparse de su cautiverio, acabó de afirmar en poder y crédito el partido que peleaba por él.

No desmayaron por esto los coligados, si bien por entonces se replegaron ante el ejército real; pero reuniendo todas sus haces á principios del año cuarenta y cinco, rompieron por Castilla, tomaron á Torija, Alcalá de Henares, Alcalá la vieja y Santorcaz y encontrando nuevos refuerzos en este punto se dirijieron á Olmedo, donde habian de reunirse todos sus parciales. Mas como el rey, dirijido por su hijo y el Condestable, se hallaba prevenido para evitar el golpe, se adelantó á sentar sus reales cerca de la villa junto á unos molinos llamados de los Abades.

Ya estaban los contrarios á pesar de todo dentro

de Olmedo, y conocedores del carácter del rey acudieron como siempre á las misivas y proposiciones; pero ya eran otros los tiempos, y otra tambien la posicion de D. Juan, que cobraba fuerza con la enerjía del Condestable, el apoyo de su hijo, y la decision de la flor de la nobleza que le seguia. Si bien se emplearon siete dias en contestaciones, fué con objeto de ganar tiempo hasta que llegase el maestre de Alcántara con tropas de refresco: asi es que en el momento que este se unió al ejército el rey, se negó á oír mas razones, y de una y otra parte se aprestaron para combatir.

En tal disposicion se hallaban, cuando al primer albor del dia diez y nueve de mayo empezaron las escaramuzas, que sin pensarlo y sin quererlo, se convirtieron despues en combate encarnizado y cruel. Indecisa por mucho tiempo la victoria, al fin del dia se declaró de parte del rey; y aun cuando la pérdida numérica y el estrago fué bion corto, no se ha visto jamas derrota mas completa.

Destruído enteramente y deshecho el ejército enemigo, prisioneros casi todos sus gefes, fugitivos los demas y mal herido el infante D. Enrique, que falleció de resultas á los pocos dias, no puede darse victoria mas decidida que la obtenida por las tropas reales en la batalla de Olmedo. Y si célebre fué por el resultado, no contribuyó poco á ello la generosidad que se usó con los vencidos y las mercedes que la siguieron. D. Juan Pacheco fué hecho marqués de Villena; maestre de Ca-

lávra su hermano; D. Iñigo Lopez de Mendoza marqués de Santillana; y maestre de Santiago el Condestable, á quien se hizo donacion de Cuellar, Alburquerque y Trujillo.

Pero la alegria que por tan fausto suceso reinaba se amortiguó bion pronto con la inesperada é intempestiva fuga del principe de Asturias, que se alejó de Simancas, donde estaba con su padre, sin preceder motivo alguno de descontento ó agravio que legitimara ó diera margen á tan estraña determinación.

Con ella sin embargo se reprodujeron los temores de nuevos trastornos y discordias intestinas; pues era de creer que el fugitivo llamase á su lado á los vencidos en Olmedo. Estos recelos se aquietaron sin embargo por entonces, complaciendo al principe en las excusencias que le plugó producir como prenda de su sosiego y vuelta á la córte; otorgóse generoso perdon á los corifeos del opuesto bando y todo presagiaba completa tranquilidad. Mas los enemigos del de Luna no descansaban; llegados á la córte, sus intrigas volvieron á empezar, y si de inútil efecto siempre cerca del monarca; un hecho ocurrido á la sazón hizo variar la fortuna del valido y trocar en aborrecimiento el afecto de D. Juan.

Habia muerto la reina en febrero de aquel año, y perdidamente enamorado el rey de Rodogúnda, princesa de Francia, parecia lo natural, y tales eran sus deseos, que se enlazase á ella dando á Castilla nue-

vá reina en el objeto de su amor; pero anhelando el Condestable captarse la alianza de Portugal y elevar por sí al solio á una princesa, en quien pudiera encontrar siempre seguro apoyo para conservarse en el poder, intrigó de modo que casi obligó al rey á que se casase con Doña Isabel de Portugal, comprometiéndole á contraer este enlace sin su anuencia.

Consiguieron los deseos del favorito, y merced á sus arteros manejos se celebraron las bodas en agosto de mil cuatrocientos cuarenta y siete; pero lo que él creía habria de servirle de apoyo y fuerza en la posicion que ocupaba, fué por el contrario ocasion principal de su caída, y víctima propiciatoria de la misma señora, á la que tan alto habia elevado, fué sacrificado á sus celos, que no consentian rival en el corazon del monarca.

Efectivamente, animado ya este con las continuas escitaciones de su esposa, iba cada dia alejándose mas del valido, cuyo desabrido genio y orgulloso carácter le causaban enojo: teniale cabe su lado, mas por temor hacia un hombre que siempre habia sido árbitro de sus voluntades, que no por cariño á su persona; y tomando incremento cada dia los desafueros de Don Alvaro, que por todas partes se veia cercado de asonchanzas y traiciones, y las insidiosas persuasiones de los Grandes aunados en su contra, fué harto fácil triunfar al fin de la debilidad del monarca arrancándole, tras largo tiempo de maquinaciones infructuosas

contra la persona y valimiento de D. Alvaro, la orden para proceder á su prision.

Fundóse esta principalmente en la muerte que se dice mandó dar á su criado Alonso Perez de Vivero, despeñado de una torre, por haber sabido era el alma de todas las traiciones que contra él se aprestaban, á pesar de serle deudor de los lucrativos destinos y distinguido puesto que ocupaba en la corte de D. Juan.

Aun trató el débil monarca de separar el amagado golpe de la cabeza de su privado, aconsejándole se retirase de los negocios y abandonase el puesto que ocupaba; pero evadiéndose este de ello, aunque respetuosamente, y diciendo que cumpliria la voluntad de su Señor, dió lugar á que se consumara su triste suerte.

El cuatro de abril de mil cuatrocientos cincuenta y tres, segun los datos mas autorizados, fué el designado para la prision del Condestable, quien encerrado en su casa y defendido por razonable número de guardias y criados de toda su confianza, no quiso sin embargo hacer armas contra su rey. Ecsijió solo oir á dos mensajeros que este le mandase de los servidores de su casa, y convencido por ellos de que la voluntad de D. Juan era efectivamente el reducirle á prision, se dió á ella con harto dolor de los que le rodeaban, que se ofrecian á defenderle y perecer con él.

Dado este primer paso, el desenlace de la catástrofe que acabó con su vida no se hizo esperar mucho

tiempo. Nunca había sido el ánimo del rey llevar las cosas á este extremo; pero una vez alejado de su presencia el Condestable, y desposeidos de los empleos que ocupaban cuantos bien lo querian, la calunnia halló libre entrada en el ánimo del monarca, harto predispuesto ya á oírlo, y desprovisto el acusado de amigos que le defendieran decayó completamente de la gracia que antes plenamente ocupara, y fué arrastrado á su perdición. El celo mismo que sus criados y parientes demostraron oponiéndose á viva fuerza á entregar los castillos y villas que poseía, sirvió de pretexto para atemorizar mas y mas á D. Juan, presentándole ya como indispensable la muerte del de Luna para vencer la culpable resistencia de sus deudos y parciales.

En tal estado ya no vaciló el rey en sujetar á su antiguo favorito á la formación de un proceso, que había de instruirse y ser fallado por los caballeros y letrados de su consejo para consultarlo la pena de que se había hecho merecedor.

El resultado de este, como el de todos los procesos políticos, no era dudoso, y en él solo trataron de cubrirse las formalidades de la ley. Declarado culpable D. Alvaro por los mismos méritos, que habidos presentes en nuestros dias bastaron para que el consejo de Castilla declarase indemne su memoria, y á él inocente de los delitos que se le atribuyeron en aquella época, fué condenado á muerte, y el rey firmó la sentencia.



**D. ALVARO DE LUNA**

En su consecuencia el Condestable fué conducido desde la fortaleza de Portillo á Valladolid, en cuya ciudad fué decapitado en un público cadalso el dia dos de junio de mil cuatrocientos cincuenta y tres.

La misma firmeza de carácter que habia ostentado siempre durante su vida le acompañó hasta sus últimos instantes, por acerbos que quisieron hacérselos para doblegar su orgullo. Su serenidad en tan duro trance llegó hasta el extremo de despedirse de su page Morales, á quien regaló su anillo y sombrero, y decir á un escudero del príncipe llamado Barrasa: «*Dile al príncipe mi señor, que mejor galardone á los que lealmente le sirvan, que el rey mi señor me ha galardonado á mi.*» Enteróse despues del objeto con que se habia puesto un garfio, en que debia colgarse su cabeza; sacó una cinta de su seno para que el verdugo le atase las manos; adoró un crucifijo devotamente orando ante él con fervor, y sin decaer un punto su ánimo colocó su cabeza en el tajo, dejando á poco de ecsistir.

Saciada con su muerte la venganza de sus enemigos, sus deudos y criados entregaron sin resistencia las plazas y castillos que pertenecian al Condestable. Con sus tesoros pudo el rey atender al entretenimiento de una numerosa hueste, bastante á contener la insaciable ambicion de los Grandes, que luchaban para ocupar el importante puesto tanto tiempo desempeñado por aquel procer, y que nadie pudo obtener.

Lamentable á todas luces el suplicio del valido, hi-

jo de la esacerbacion de los partidos, su nombre se ha hecho célebre, así por la duracion de su privanza, pues estuvo en ella desde los diez y ocho hasta los sesenta y tres años de edad que contaba cuando murió, como por su inmenso poder, sus riquezas y el influjo que ejerció constantemente en el ánimo del rey. Por lo demas en su vida pública, dedicada casi esclusivamente á defender su puesto y combatir con los descontentos, ningun acto se nota, ningun hecho, que dirigido en bien del estado produjese alguna prez ó grato recuerdo de su administracion. Absorvido en sus proyectos de ambicion, nada hizo para crearse un porvenir, y sin su omnímodo poderío y su desastrado fin, su nombre se habria perdido para las generaciones que le han sucedido como tantos otros de mas valer.

En cuanto al rey, que tan mal pagara sus servicios, pesaroso ya de lo hecho, se dejó dominar de la tristeza en tanto grado, que la enfermedad de que adolecia se cebó en él con intonsidad. Vanos los ausilios todos que se le prodigaron, al fin acabó con su apesurada existencia en Valladolid el veinte y uno de julio del año siguiente de mil eucrocientos cincuenta y cuatro.

Durante su reinado florecieron muchos talentos, que le debieron amplia y lisonjera proteccion. El célebre Juan de Mena, príncipe de los ingenios de su tiempo; los marqueses de Villona y de Santillana, cuyas obras han llegado hasta nuestros dias; el no menos notable Fernan Perez de Guzman, Rodriguez del

Padron, Alonso de Santa María ó Cartagena y otros, hallaron siempre grata acogida cabe el monarca, á quien su apartamiento en lo general de los negocios del Estado inclinaba á buscar grato solaz departiendo con estos entendidos varones, ó recreándose en las melodiosas trovas y espresivas cantigas de Mena, Villena y Santillana, que á su vez aumentaba con las suyas.

Lástima es que los disturbios de aquellos tiempos distrajesen tanto la atencion de todos ellos llamándoles á las penalidades de la guerra, y privándoles de la tranquilidad tan necesaria á esta clase de trabajos, que aunque cortos, forman hoy una de las mejores páginas de la poesía castellana, como fundamento de ella, y mas si se atiende á la época de su composicion.

#### **DON ENRIQUE IV.**

---

Mal hijo, príncipe ambicioso, amparo constante de la rebelion en tiempo de su padre, y actor él mismo mas de una vez en las tristes quanto escandalosas escenas de sedicion y turbulencia que en el anterior reinado habian tenido lugar, mal podia D. Enrique IV



**ENRIQUE 4º**

sujetar á los que habia dado ejemplo de insubordinación y falta de respeto á la autoridad real.

Así que si rudos fueron los embates que sufrió el trono durante el reinado que finaba, todavía los hubo mayores en el que empezaba bajo la impresion de tan desfavorables antecedentes.

Tres hijos dejó D. Juan de sus dos matrimonios, D. Enrique, D. Alonso y Doña Isabel, y ninguno era menos apto que el primero para ocupar un trono, donde necesitaba sentarse quien, esento de compromisos con los partidos que se habian hecho la guerra, tuviese bastante temple de alma para dominarlos y enfrenar al mismo tiempo á los turbulentos magnates de Castilla.

Por desgracia ninguna de estas cualidades, ni otras que las suplieran, tenia D. Enrique, y si todos los defectos de que adoleció su padre, sin las virtudes que le adornaban.

Casado en segundas nupcias con Doña Juana de Portugal, despues que su primer matrimonio con Doña Blanca de Navarra se habia rescindido por el Papa por causa de la impotencia del Príncipe, el favorito de aquella Señora, que lo era D. Beltran de la Cueva, subió á la dignidad de mayordomo mayor desde la condicion de pago de lanza que obtenia. La inaledicencia pública tomó ocasion de esta rápida é inmotivada elevacion para lanzar sus envenenados dardos, y las voces de que era el querido de la reina tomaron tanto cuerpo, que nadie dudaba ya de su veracidad.

Tuvo origen este rumor entre los mismos Grandes, antes aliados y ahora enemigos de D. Enrique, que desatendidos y desairados por este, pospuestos al de la Cueva y sus hechuras, y temiendo por la seguridad del reino, trataron de aclamar príncipe heredero á Don Alonso, pretestando que la impotencia de D. Enrique cerraba la puerta á toda esperanza de sucesion directa. Mas el nacimiento de una hija, que dió á luz la reina, quitó todo pretesto para adoptar semejante medida, y el rey se apresuró á disponer que el reino la reconociese y jurase como Princesa de Asturias.

Pero la mayor parte de la grandeza, entre la que habia cundido la especie de no ser la recién nacida hija del rey sino del favorito D. Beltran de la Cueva, se opuso á dar semejante paso; y preparándose á sostener á mano armada su resistencia á las órdenes del rey, asentaron las bases de una alianza ofensiva y defensiva que á nada menos tendia que á destronar á Don Enrique, sustituyéndole con su hermano el infante Don Alonso. El marqués de Villena, el Arzobispo de Toledo, el Almirante D. Fadrique Enriquez, D. Pedro Giron, mestre de Calatrava, el marqués de Santillana, los condes de Haro, Alba, Benavente y Osuna, ausiliados por los reyes de Aragon, se pusieron á la cabeza de esta temible liga.

Bien conoció el rey cuan imposible le era contrarrestar con la fuerza las muy superiores de los que tan abiertamente conspiraban, y acudió á los paliativos

que creia servirian para atajar la rebelion. Siendo uno de los pretextos de esta la ilegitimidad de que se increpaba á la princesa Doña Juana, y la reclusion en que se tenia á los infantes D. Alonso y Doña Isabel, entregó el primero á los Grandes para que fuese jurado por su sucesor, si bien bajo la condicion espresa de que habria de casarse con la Princesa tan pronto como tuviese la conveniente edad; y mandó al mismo tiempo que los prelados de Astorga y Cartagena instruyesen una sumaria informacion acerca de su capacidad para procrear.

Semejantes actos de debilidad, que tan en ridículo ponian la persona del monarca, sirvieron solo para hacer conocer á los sublevados cual era su fuerza; asi que abusando de ella, apenas hubieron en su poder á D. Alonso, cuando procedieron á aclamarle rey de Castilla, realizando antes junto á los muros de Avila la escandalosa ceremonia de degradar al rey, despojando una estatua suya de los atributos de la soberanía y arrojándola despues del tablado en que se hallaba.

Desacato tan manifiesto como ultrajante, perpetrado con toda solemnidad por la Grandeza en un público cadalso y con el aparato de una ejecucion infamante, no podia ser ya tolerado con paciencia; y acabada la del rey, determinó hacer un ejemplar escarmiento.

Con viva ansia de vengarse de los turbulentos próceres reunió todos los recursos que pudo haber á la ma-

no, y creyéndose ya bastante fuerte para aventurar una batalla decisiva, marchó en busca de los rebeldes en mil cuatrocientos sesenta y siete, los alcanzó junto á Olmedo, y se empeñó la lid con tanto ardimiento que al fin de ella resultaron casi iguales pérdidas, apropiándose ambos partidos el honor y prez de la victoria.

Sin embargo los coligados debieron tener la peor parte, cuando se replegaron desbandándose, si bien con ánimo de reunirse otra vez con nuevos refuerzos para llevar adelante su intento. Pero la muerte del infante D. Alonso, ocurrida á principios del año siguiente, vino á descomponer hasta cierto punto sus temerarios proyectos.

Un recurso les quedaba á pesar de todo, y trataron de utilizarle inmediatamente. Tal era el de ofrecer la corona á la infanta Doña Isabel; pero esta virtuosa Señora, honor y prez del suelo castellano, desechó con indignacion tan lisonjera oferta, y tachándola de criminal y atentatoria respondió á los enviados, que mientras su hermano viviera nadie mas que él habia de ocupar el solio de Castilla.

Desconcertados con tan inesperada conducta los revoltosos, se hallaron aislados y sin pretexto para continuar en la insurreccion, por lo que, cediendo á los deseos manifestados por la magnánima Isabel, determinaron dejar las armas y volver á la obediencia del rey, siempre que dicha Princesa fuese jurada heredera del trono en vez de Doña Juana, á quien se cono-

cia ya vulgarmente con el apodo de la *Beltraneja*.

Con harto desdoro propio se avino á tan irritante condicion el débil D. Enrique, que así despojaba á la que legalmente nadie podia contestar el título de su hija, y á quien menos que nadie debia desconocer el rey. Pero si el incontrastable poder de los Grandes le obligó entonces á sancionar su descrédito como hombre, su vergüenza como padre, su humillacion como rey, la insaciable ambicion de estos mismos magnates le abrió camino despues para retractar tan indecorosa declaracion. El marqués de Villena, llegado otra vez al apogeo del favoritismo, fué el que hizo revivir los desauciados derechos de la Princesa Doña Juana, viendo que contra todas sus intrigas y manejos en favor del duque de Berri y el rey de Portugal la infanta Doña Isabel se habia decidido á dar su mano á D. Fernando, heredero del trono de Aragon.

Patrocinado este enlace por el Arzobispo de Toledo, en vano fué que Villena intentara poner óbices á su realizacion, acudiendo en último resultado á mandar se impidiese á todo trance la entrada del infante en Castilla, y guardando estrechamente á Doña Isabel en Madrigal. El cautiverio de esta fué roto por el Arzobispo, que acudió con trescientas lanzas á librarla para conducirla á Valladolid; y D. Fernando pasó la frontera disfrazado, seguido tan solo de tres de sus servidores, con los que llegó á esta ciudad, en cuya catedral se celebró el matrimonio de ambos Príncipes el dia veinte

y cinco de octubre de mil cuatrocientos sesenta y nueve.

Cuando la nueva de este acto llegó á oídos del rey no tuvo límites su enojo, asaz fomentado por el despecho del de Villena, burlado en todos sus planes. De aqui el revivir la ya perdida causa de Doña Juana, á la que dispuso se proclamase por heredera, publicando al efecto un manifiesto en que anulaba la declaracion hecha en favor de Doña Isabel.

Mas el poderoso partido que ya se habia captado esta Señora, robustecido con el auxilio del Arzobispo de Toledo y el Cardenal de España con sus parciales, se opuso tan abiertamente á esta medida, que el rey, para evitar mayores males, y cediendo á la influencia y consejos de aquellos prelados, se convino en avistarse con los príncipes para tratar de procurar la paz.

Segovia fué el punto designado para la entrevista, y el veinte y ocho de diciembre de mil cuatrocientos sesenta y tres hicieron su entrada pública en ella los esposos, saliendo á recibirles el rey, que les hizo la mas lisonjera acojida y el honor á la infanta de conducir del diestro la hacanea en que montaba.

Aun asi no hubieran cesado los disturbios, si la muerte del marqués de Villena no hubiese privado de este turbulento campeón al partido de Doña Juana; y no obstante su falta, conservó D. Enrique bastante entereza en sus últimos momentos para declarar á esta Princesa por su hija y heredera, dejando asi arrojada

la tea de la discordia cuando murió en doce de diciembre de mil cuatrocientos setenta y cuatro.

## DOÑA ISABEL I Y DON FERNANDO V.

---

Estrechos en demasía los límites de un compendio, apenas bastan para enunciar los altos y brillantes hechos á que el reinado de los primeros que fueron llamados Reyes Católicos dió lugar.

La espulsion de los moriscos, el descubrimiento de un nuevo mundo, la union en una de las coronas de Castilla y Aragon, las conquistas de Granada y la Navarra, el establecimiento de la Inquisicion y de la Santa Hermandad, las victorias de Italia, la incorporacion á la corona de los maestrazgos de las órdenes militares, la formacion de las leyes de Toro, hechos son que esijirian muchos libros para ser tratados como su magnitud é importancia requerian, y como al claro renombre español cumplia.

Otro óbice y no pequeño seria, aun cuando el espacio sobrara, nuestra escasez de luces y tosca plu-



D.<sup>a</sup> ISABEL I.<sup>a</sup>

la Católica.

ma para describir de un modo digno acontecimientos de tanta monta; pero limitados por la una parte á bien estrecho círculo, y teniendo todavía que tratar de no menos importantes reinados que el de los reyes católicos, menester será compendiar todo lo posible la narracion de los hechos, si bien trataremos de no olvidar cosa alguna de las que merezcan llamar la atencion.

Bueno será sin embargo para anudar el hilo de nuestra relacion, pues que há de caminarsé de aquí adelante á un tiempo en la enunciacion de los hechos correspondientes á ambos reinos, que antes de ocuparnos de sus vicisitudes bajo el cetro de los reyes católicos hagamos una breve reseña hasta esta época de las cosas de Aragon.

Creada esta monarquía en mil treinta y cinco por el testamento del rey de Navarra D. Sancho el Mayor, que poseia este territorio en calidad de conda- do y se lo dejó como reino á su hijo D. Ramiro, llamado el *Espumio*, fué desde su principio cuna de gente tan arriesgada y guerrera, que muy pocos pueblos pueden contar mas años de gloria que los que los aragoneses contaron en el espacio que duró su independencia.

D. Ramiro dió el impulso, y todo su conato se dirigió á ensanchar los límites de su reino; y con igual bravura, aun cuando con mejor suerte, siguieron su ejemplo los que después de él rigieron el indomable pueblo aragonés.

Apenas hay un reinado, hasta el de D. Alonso V, en que algun hecho glorioso, alguna nueva conquista, no viniese á ceñir laureles á los esclarecidos timbres de Aragon. En Valencia y Mallorca, en Italia y Castilla, en el mar y por tierra los soldados de Aragon fueron siempre los mismos, y los brillantes hechos de armas, de que ya se ha hablado oportunamente en su lugar respectivo, denuncian cuanto y cuan grande fué siempre el esforzado valor de esos campeones, que un día hubieron de humillar el orgullo y poder del coloso de Europa, dando á su capital el renombre de heróica que todos ellos merecian á la vez.

Hemos dicho ya á su tiempo que D. Fernando de Castilla fué elegido rey por los compromisarios reunidos en Caspe, á quienes se delegaron las facultades para hacer este nombramiento por los seis pretendientes á la corona por muerte de D. Martín, ocurrida en treinta y uno de mayo de mil cuatrocientos diez.

Harto corto sin embargo su reinado que acabó con su vida en dos de abril de mil cuatrocientos diez y seis, dió lugar al de su hijo D. Alonso V, conocido por uno de los hombres mas ilustres de su siglo.

Tan amante de las letras, generosamente protegidas por su parte, como esforzado, caballeroso y valiente, no dudó acudir al socorro de la reina de Nápoles Doña Juana, que prometiéndolo adoptarle por hijo impetró su auxilio contra el duque de Anjou.

Sus victoriosas armas triunfaron bien pronto del que atentaba al trono de Doña Juana, y esta cumplió entonces su promesa; pero arrepentida despues, y obrando de acuerdo con el Papa Martino V, revocó su anterior adopción haciendo otra en favor del antes rebelde duque.

Varios fueron los sucesos á que el veleidoso carácter de Doña Juana dió lugar, variando á cada nueva crisis de hijos de adopción; pero habiendo declarado en su testamento como tal á Renato, hermano del ya difunto duque de Anjou, al que aclamaron rey los naturales, estalló violentamente la guerra, sostenida por el de Aragon contra el Papa y Renato confederados con los venecianos, genoveses, florentinos y el duque de Milan.

Durante ella tuvo lugar el cerco de Gaeta por don Alonso, que generoso en alto grado dió libre paso, contra el dictámen de los suyos, á las mugeres y niños que los sitiadores acosados por el hambre hicieron salir de la plaza, *«ques quiero mas, les dijo el rey, no tomar á Gaeta, que dejar de cumplir con lo que debo á la humanidad aflijida.»*

Y la plaza no se tomó: porque acudiendo en su socorro una escuadra genovesa incendió y destruyó la aragonesa, y batió con sus tropas de desembarco á los sitiadores, quedando prisionero el mismo don Alonso, sus hermanos el rey de Navarra y el infante D. Enrique, el príncipe de Taranto y los principales caudillos de la expedición.

Pero el duque de Milan, reconocido á la generosidad del rey de Aragon durante el sitio, correspondió con la de dar á todos libertad; y aliado mas adelante con D. Alonso le ayudó á apoderarse de Nápoles.

Entonces se vió forzado el Papa á darle la investidura de este reino, del que hizo jurar por heredero á su hijo natural D. Fernando, así que se realizó solemnemente su coronacion. A poco este gran rey, privado de sucesion legitima, falleció en veinte y siete de junio de mil cuatrocientos cincuenta y ocho.

La corona de Aragon pasó por su muerte á las sienes de su hermano D. Juan II de este nombre, durante cuyo reinado se consumó la sangrienta catástrofe del infeliz D. Carlos, príncipe de Viana, sacrificado á los celos é insidiosas maquinaciones de su madrastra Doña Juana Enríquez.

El ciego amor de esta Señora hácia su hijo D. Fernando, para quien queria obtener las coronas de Aragon y Navarra cuando faltara su padre, fué el móvil de esta odiosa conducta, que hubo de sacrificar dos infelices víctimas, el príncipe D. Carlos y su hermana Doña Blanca, hijos del primer matrimonio de D. Juan.

Empero larga y obstinada esta lucha, no faltó quien volviera por los incontestables derechos del de Viana, á quien pertenecia la Navarra por su madre. Cataluña se alzó toda en su favor; en Aragon pululaban los partidarios de esta causa tan justa; pero derrotados antes, y destruido el pretesto despues con la prematura

muerte de ambos hermanos, acudieron los sublevados, si bien siempre fueron vencidos, á D. Enrique de Castilla; á Renato de Anjou y al Condestable de Portugal, que batidos á su vez completamente en diferentes encuentros hubieron de ceder á las victoriosas armas de D. Juan II, conducidas últimamente por la reina en compañía de su hijo D. Fernando.

La guerra promovida á poco por la Francia tuvo un éxito igualmente glorioso para el aragonés, quien protegiendo los condados de Cerdeña y Rosellon los libró del yugo francés, despues de sangrientos combates y de haber sufrido tres largos sitios en Perpiñan.

Cubierto así de gloria y de laureles falleció D. Juan el día diez y nueve de enero del año siguiente de mil cuatrocientos setenta y nueve á los ochenta y dos años de edad. Por su muerte recayó la corona en su hijo D. Fernando, que ya estaba unido á la reina de Castilla Doña Isabel, reuniéndose de este modo ambos reinos, que ya no se volvieron á dividir.

La preponderancia que con esta reunion adquirieron los reyes católicos sirvió para hacerles concebir proyectos tan colosales, que solo despues de haberlos visto realizados podian creerse de posible ejecucion. Pero si glorioso y grande su reinado, no por eso dejaron de haber de luchar con las discordias intestinas, que solo á fuerza de valor, constancia y enerjia pudieron reprimir.

Apenas colocados en el trono de Castilla, el hijo



heredero del marqués de Villena reprodujo las pretensiones de la princesa D. Juana, apoyadas con un respetable ejército por el rey de Portugal; pero si bien su repentina irrupcion en Castilla le proporcionó hacerse dueño de Plasencia, Arévalo, Zamora y Toro, donde fué á buscarle D. Fernando sin poder comprometerle á empeñar la batalla, la suerte luego despues varió. Fuertes los invasores y sus parciales dentro de la plaza, carecia D. Fernando de medios para formalizar el cerco, y se retiró por lo tanto acudiendo en socorro de Burgos; mas revolviendo contra el enemigo, despues que cumplió su objeto, y apoderándose antes de Zamora, le alcanzó en las llanuras de Pelayo Gonzalez, donde á pesar de la inferioridad de sus fuerzas le derrotó tan completamente, que en la imposibilidad de continuar la guerra, hubo el portugués de demandar la paz.

Sin su auxilio el de Villena y el arzobispo de Toledo se acogieron á la piedad de los monarcas, que adunando la nobleza de ánimo á la victoria les otorgaron generoso perdon. Entonces la infeliz Doña Juana, destituida de protectores, tomó el hábito en el monasterio de Santa Clara de Coimbra.

Restablecida, aunque trabajosamente, la tranquilidad interior, á tiempo que D. Fernando cenía á sus sienes la corona de Aragon, hallaron los reyes círculo estrecho á sus vastos planes en el ámbito de su doble monarquía, y estendieron su vista hácia la parte de la Península aun ocupada por los moros.

Encerrados estos en el reino de Granada, donde su poderío concentrado era tanto mas temible, cuanto mayores eran sus recursos, multiplicados á cada paso con los auxilios de Africa, y mayor tambien el deseo de conservar este resto de su antigua dominacion en las feraces campiñas de la Peñínsula, habian sido inútiles cuantos esfuerzos se dirijieran á lanzarlos de este último baluarte.

Los reyes católicos abrigaban ya de antemano el colosal pensamiento de reconquistar este envidiable suelo, y solo aguardaban ocasion y pretesto para llevarle á efecto: uno y otro se presentaron felizmente, si bien entre este y aquella hubo de mediar algun intervalo.

Habiase dejado de pagar sin pretesto alguno por el monarca de Granada el tributo que se debia á Castilla, y los reyes católicos le requirieron para que lo satisficiese; pero engreido con su poder el moro, y considerando cuan impunemente podia ser osado cuando ardía en Castilla el fuego de la guerra civil, contestó: «*Que en Granada no se labraba ya moneda para dar parias, sino dardos y lanzas para defenderla; y que muertos ya los que las pagaban, en adelante solo se pagarian á lanzadas.*» La provocacion no podia ser mas insultante, y el pretesto para la guerra surgia naturalmente de ella sin mas contestacion; pero no queriendo aventurar su prestigio en la primer empresa, aplazaron para mejor ocasion los reyes la venganza que de tan indigno ultraje se prometian tomar.

Esta ocasión llegó con la tranquilidad interior ya afirmada por la reduccion de los rebeldes, y los efectos de la venganza castellana no tardaron en hacerse bien duramente sentir.

En medio á las treguas habian recobrado los moros por sorpresa en mil cuatrocientos ochenta y uno la villa de Zahara; y deseosos de lavar esta afrenta el marqués de Cádiz y D. Diego de Merlo, asistente de Sevilla, dispusieron con la mayor cautela y consiguieron la toma de la importante plaza de Alhama, prócsima á Granada. En este ataque se distinguió en gran manera Juan de Ortega, que con solo doce hombres subió al muro, mató á los centinelas y al alcaide, y abrió á los suyos las puertas de la ciudad. Empeñado y furioso el combate que por las calles y plazas se trabara, la victoria fué para los invasores, y el pendon castellano, que á seguida ondeó triunfante en la torre mas alta de la plaza, fué la gloriosa enseña en cuyo rededor se agruparon las aguerridas haces de Isabel y de Fernando, y la señal para empeñar el prócsimo combate.

Efectivamente, animados los reyes con tan afortunada conquista, no dudaron ya publicar la guerra contra Granada, aun contando las fuerzas del ejército real con otras sostenidas á sus propias espensas. Dióse principio en mil cuatrocientos ochenta y dos á tan importante campaña; y nueve años seguidos de combate y triunfos en que Loja, Almeria, Málaga, Velez, Baza, Cartama, Zahara y Guadix fueron tomadas con otra

infinidad de ciudades y fortalezas, prepararon la conquista de la capital, aislada ya y sin comunicacion con Africa.

Y aun asi fué harto disputada la victoria. Granada encerraba cien mil guerreros, que eran todo lo selecto de su grey; contaba con numerosos recursos de boca y guerra, con fortísimos baluartes, y mas que todo con el valor á toda prueba de sus hijos. Pero nada era bastante á luchar con la constancia de unos reyes, que mostraron cuán decididos estaban á llevar á cabo su empresa en el mero hecho de haber sustituido á su incendiado campamento con los muros de piedra de una ciudad, que edificaron frente á la sitiada denominándola Santa Fé.

Ocho meses duró el sitio, y de una y otra parte se realizaron tan brillantes hechos de armas, que el espacio de un solo libro no seria bastante á describir. Por fin la escasez de mantenimientos que produjo en la ciudad el aglomeramiento de habitantes que de todas partes habian refluído dentro á sus muros, y mas que todo las discordias intestinas que surgieron entre los naturales, parciales unos de su rey Boabdil y otros de Albohacén ó de su hermano Albohadil despues, allanaron el camino de la conquista, á la que este último coadyuvó uniéndose con sus tropas á los sitiadores.

Granada se rindió al fin: y despues de varias contestaciones para arreglar los artículos de la capitulacion, hicieron su solemne entrada en ella los reyes católicos.

el día cuatro de enero de mil cuatrocientos noventa y dos. El sagrado pendon de la cruz ondeó en la mas alta torre de Granada, al lado del estandarte real y el de la órden de Santiago, y el ejército prosternado al acatarlos no cesaba de victorear á los reyes cuyo arrojo y constancia les habia proporcionado triunfo tan singular.

Célebre en todo este sitio, cada dia alumbraba una hazaña nueva en que se rivalizaba con las acometidas en el anterior: la rendicion de la ciudad dió el triunfo á la cruz; y los defensores de la media luna que en medio al mas hondo quebranto veian así perdido el suelo donde nacieron, testigo de sus gloriosos hechos, de sus juegos y sus amores, llegaron hasta el extremo de derramar lágrimas amargas al separarse de su recinto, lágrimas que vertidas tambien por el destronado Boabdil dieron nombre á la altura que hoy se llama aun el *Suspiro del Moro*. Al despedirse de ella el infeliz monarca partió al Africa donde á poco murió de pesar.

Grandioso en sí este acontecimiento, que derrocó el último baluarte donde tremolaba aun el estandarte de la media luna, casi se eclipsó á poco con otro que añadió un mundo entero á las coronas de Castilla y Aragon.

Despreciado y escarnecido el piloto genovés Cristobal Colon, primero por su patria y por los reyes de Inglaterra y Portugal despues, que repelieron con irrisión sus proposiciones, vino á ofrecer sus servicios á la reina de Castilla prometiendo descubrir inmensas

tierras al occidente de las conocidas á la sazón. Hallábase á su llegada los reyes en todo el fervor de la guerra contra Granada, y era esto motivo bastante para que no hubiesen prestado oídos á tan peregrina relacion; pero previsores en sumo grado y tan entendidos como animosos, si bien no accedieron á dar en el momento el ausilio que se les demandaba, aplazaron para despues de la conquista el tratar de este asunto, y llegado este plazo cumplieron su palabra admitiendo los servicios de Colon.

Grande era la penuria del Erario esausto con los gastos de la reciente guerra, y mucha la oposicion que en el seno del consejo de los reyes y aun en la voluntad misma de D. Fernando hallaban los planes, locos segun se decia, del infatigable Colon; pero la prudente Doña Isabel, á quien el cielo habia destinado esta nueva aureola de gloria, prestando fé sincera á los razonamientos del genovés, cuya fuerza de conviccion la prendaba, supo arrollar con mano firme los obstáculos, suministró sus propias joyas para atender con su importe á los gastos de la espedicion, y las preseas y diadema de rica pedreria, que cedió con generoso entusiasmo, reportaron á Castilla la corona de un nuevo mundo, que con el tiempo vino á ser el fundamento de su ilimitada grandeza y poder.

Tres bajeles tan solo pudieron armarse, y con ellos y ciento veinte hombres de desembarco se dió Colon á la vela el dia tres de agosto de mil cuatrocientos no-

venta y dos desde el pequeño puerto de Palos de Moguer; y cuando sus detractores se cebaban mas y mas en su reputacion haciendo desconfiar hasta á la propia Isabel, que lo creía perdido, desembarcó triunfante en el mismo puerto de Palos el dia quince de marzo de mil cuatrocientos noventa y tres.

Siete meses tan solo y doce dias bastaron al intrépido navegante para llevar á cabo la empresa mas gigantesca y atrevida que pudiera concebirse, y el que por loco y farsante poco antes, era temido entonces por el hombre mas ilustre de su siglo cuando los ricos dominios de las islas Lucayas, la Concepcion, Cuba, la Española, Puerto Rico, y otras fueron puestos á disposicion de los monarcas, en cuyo nombre habia tomado posesion de ellas, desplegándose á su vista los magníficos productos de tan lejanas comarcas.

Agraciado Colon por ellos con los títulos de gran almirante de las Indias Occidentales y duque de Veraguas, volvió á emprender una nueva expedicion en veinte y cinco de setiembre siguiente con diez y siete naües; pero sus rápidos descubrimientos y elevacion lo concitaron muchos envidiosos que conspiraron por derribarle, y dieron celos al Portugal, que habia despreciado sus ofertas. Las activas contestaciones, que con este motivo se suscitaron sobre propiedad de aquellas posesiones, hubieron de decidirse al fin por el Papa, que trazó la línea de demarcacion llamada *Alejandrina*, y ateniéndose al término que por ella se señalaba

á las conquistas de uno y otro pais, siguió Colon en su glorioso cometido.

Pero si rica y poderosa se hizo Castilla con el feliz descubrimiento de las Américas, no bastaron sus tesoros á dar remedio á la honda herida que en su poblacion hizo la impolítica medida de la espulsion de los judíos. Arrastrados los reyes por el celo que en pró de la religion siempre abrigaron, y que les adquirió el dictado de *Católicos*, olvidándose de que en las capitulaciones de Granada se estipuló la libertad para los vencidos de egercer su culto, hicieron publicar en treinta de marzo del mismo año de noventa y dos un edicto por el que se mandaba que todos los judíos hubiesen de abrazar la religion cristiana en el término de seis meses, ó salir del reino sino se bautizaban.

Tan tiránico precepto hubo de causar una emigracion espantosa, y mas de ochocientas mil almas pasaron á Portugal ó Africa, privando á la España de sus brazos, sus riquezas y una inmensa parte de poblacion por no querer sucumbir á abjurar su creencia.

Habia fallecido por este tiempo Fernando I rey de Nápoles, y al subir al trono su hijo Alfonso, se fraguó contra él una conspiracion á cuya cabeza estaba el rey de Francia, que pretendia ocupar aquel sólio haciendo valer la adopcion que hizo la reina Doña Juana del duque de Anjou, y la incapacidad en que estaba D. Alonso de suceder en la corona por la bastardia de su padre. Mejor título que Cárlos VIII hubiera podi-

do aducir en todo caso D. Fernando de Aragon; pero decidido á proteger los derechos de su sobrino á todo trance, y agotados los medios de conciliacion y acomodamiento, levantó un poderoso ejército que puso á las órdenes del marqués de Mántua para cortar la retirada á los franceses, envió otro á Nápoles á las de Gonzalo de Córdoba, é invadió personalmente la Francia por el Rosellon y la Vizcaya.

En esta campaña fué donde Gonzalo se hizo merecedor á fuerza de hazañas del dictado de *gran Capitan*, con que está por todos conocido. Valiente siempre y bravo entre los bravos, si bien se habia distinguido en las guerras contra Portugal y Granada, tomando en esta última la plaza de Illora, de que fué nombrado gobernador, y siendo el que con Hernando de Zafra ajustó por parte de los reyes las capitulaciones bajo las que se rindió la ciudad, no habia tenido lugar de desplegar convenientemente en su clase subalterna las aventajadas dotes guerreras, que le lucieron adquirir luego tanta nombradía y alta prez. Preciso le era un campo mas vasto y un mando independiente para demostrarlas, y uno y otro se le proporcionaron en los campos de la poética Italia, donde los reyes le enviaron para contrarrestar el poderío francés.

El veinte y cuatro de mayo de mil cuatrocientos noventa y cinco arribó Gonzalo á Sicilia al frente de cinco mil infantes y seiscientos caballos, y sin descansar apenas marchó á Mecina, donde el desposeido Al-



**GONZALO FERNANDEZ DE CORDOVA**

Gran Capitan.

fonso y su hijo el duque de Calabria, rey tambien por pocos dias, se avistaron con él y acordaron el plan de operaciones.

Cuáles y cuántos fueron sus repetidos triunfos, secundados por el esforzado general Antonio de Leiva y el embajador español en Roma Garcilaso de la Vega no son materia hábil para un sencillo compendio; Reggio y Seminara, Bañeza, Cotron, Gaeta, Ostia, y toda la Calabria fueron parte de los infinitos hechos de armas que señalaron su primera campaña, que terminada con la toma de Diano, le dió lugar para volver á España casi con todas sus tropas en mil cuatrocientos noventa y ocho, despues de haber pacificado la Sicilia.

La rebelion de los moriscos en las Alpujarras le proporcionó nueva ocasion de mostrar su bizarría, que tambien sabia adunar á la generosidad. Vencidos una y otra vez á su esfuerzo los rebeldes, supo tenderles una mano compasiva en su desgracia y obtuvo en su favor condiciones, que los reyes no habrian ciertamente otorgado á otro que al que los venció.

Pero ya se abria á la sazón nueva senda para su gloriosa carrera en los asuntos de Italia, asaz mal parados por la invasion que Luis XII de Francia llevó á cabo en los estados del débil Federico III, rey de Nápoles. Abandonado este de todos impetró la proteccion y auxilio de los reyes católicos; pero su tío D. Fernando, que tan generosamente habia prestado su ayuda á Alfonso y Fernando II, creyó entonces mas político po-

nerse secretamente de acuerdo con el francés para repartirse tan importantes provincias. Sin desengañar á su sobrino mandó otra vez á Gonzalo con cinco mil infantes y seiscientos caballos, y el siglo XVI se inauguró con el escandaloso despojo del infeliz monarca napolitano.

Mal avenidos sin embargo el español y el francés, que para sí todo lo ansiaban sin respeto á lo pactado, era de temer una prócsima colision. Para hacerse fuerte en este caso habia de antemano unido D. Fernando á su hija Doña Juana con el archiduque de Austria, hijo del emperador Macsimiliano I contrayendo con él estrecha alianza. Así que llegado el momento de obrar y contando con su apoyo, las tropas españolas pudieron ofender libremente á las francesas sin contar con otra enemistad.

Tenia el gran Capitan en su hueste los guerreros mas señalados de la época; D. Antonio de Leiva, á quien hizo célebre sobre otros hechos la victoria de Seminara, el célebre Diego Garcia de Paredes, el ingeniero Pedro Navarro, primero que aplicó las minas y petardos en los sitios de plazas, los hermanos Próspero y Fabricio Colonna, Mendoza, Villalva, Zamudio y otros muchos figuraban en las filas castellanas, y rivalizando todos con el héroe que tenian á su frente ganaron para sí tanto renombre, como fueron las empresas en que su invicto gefe les procuró siempre la victoria.

La adjudicacion de las provincias del Principado, Capitinata y Basilicata, vivamente disputada por unos y otros, dió lugar á que estallase la guerra, y el laurel inmortal de Cerinola, en cuyo campo pereció el duque de Nemours gefe de las tropas francesas, vino á embellecer los innumerables trofeos del gran Capitan.

Fué obtenida esta memorable victoria el dia veinte y siete de abril de mil quinientos tres, y el diez y seis de mayo entraba triunfalmente en Nápoles Gonzalo de Córdoba, y recibia el juramento de obediencia á España, que esta ciudad prestó como la mayor parte de las que componian aquellos estados.

La célebre derrota del Garellano, á orillas del rio de este nombre, que costó á los franceses cerca de ocho mil hombres, todo su bagaje y artillería, trajo consigo la rendicion de Gaeta, donde entró el gran Capitan el dia primero de enero de mil quinientos cuatro, y la completa espulsion de aquellos de todo el reino de Nápoles, que quedó sin disputa por los reyes católicos.

Mas si los dominios de Isabel y Fernando tomaban tan prodigiosa estension esteriormente, y si sus aguerridos capitanes hacian tremolar el pendon de Castilla allende los mares en las desconocidas regiones de América y en las feraces campiñas de Italia, no por eso descuidaban en afianzar mas y mas su poder en el interior, sujetándolo todo bajo su poderosa mano.

Con el establecimiento en mil cuatrocientos ochenta y tres del tribunal tremendo de la fé, debido á la mucha que ambos reyes tenian en la católica, que con dolor veian á cada paso escarnecida por los relapsos que apenas bautizados renegaban y volvian á sus anteriores hábitos y creencias, se habian atraído á su favor el partido del clero, cuyo poder se acreció á la sombra de la inquisicion de un modo increíble.

Con la invalidacion de muchas de las cuantiosas donaciones que aun subsistian desde los tiempos de D. Enrique el de las Mercedes, con cuya reversion á la corona amenguaron sobre manera el poderio de la nobleza hasta entonces incontrastable, y con la proteccion decidida que otorgaron á las hermandades, se adquirieron el amor de los pueblos y robustecieron como nunca el trono, que tomó nueva fuerza con la incorporacion á la corona de la administracion de los maestrárgos de las órdenes militares, aprobado por el Papa en mil cuatrocientos noventa y tres. Verdad es que los pueblos iban perdiendo en libertad y garantías lo que adelantaban en tranquilidad y sosiego; pero adormecidos á la sombra de los laureles que cabe el trono de sus reyes se elevaran, y allagados al propio tiempo con los ataques que se daban á la grandeza en su poder y en su riqueza, con los tesoros que venian de América, y con la casi emancipacion que lograron los lugares de señorío concediéndoles apelacion á los tri-

bunales del rey de las sentencias de sus jueces señoriales, no sentian aquella pérdida ni reparaban siquiera en ella.

Así pues habian conseguido los reyes regir la mas vasta monarquía entonces conocida, pues su poder se estendia á casi toda España, los reinos de Nápoles, de Sicilia y de Cerdeña, la costa de Berberia, y los países descubiertos en América.

Pero si lisongera á todas luces era la situacion política de los reyes católicos, si tan en su favor se habia mostrado siempre la fortuna y la victoria, no les acompañó igual dicha en el interior de su familia, pues sufriendo uno tras otro golpe, se alcanzaban los sinsabores que al fin acabaron con la existencia de la grande Isabel. Su hijo único y heredero el príncipe D. Juan, recién casado con la archiduquesa Margarita de Austria, falleció prematuramente á la edad de diez y nueve años, dejando á sus padres sumidos en el mas acerbo dolor; su viuda, que habia quedado en cinta, dió á luz una criatura muerta; Doña Isabel, su segunda hija, casada con el príncipe heredero de Portugal y despues de la muerte de éste con D. Manuel, hermano de aquel y rey á la sazón, sucumbió tambien á los dolores de un trabajoso parto, cuyo fruto la siguió al sepulcro poco despues. Quedábanles únicamente tres hijas, Doña Juana, Doña María y Doña Catalina, de las que la primera, casada con el Archiduque de Austria dió á luz en mil quinientos un príncipe, que ocupó despues el solio español: la se-

gunda, casada con el monarca portugués, y la tercera con el príncipe de Gales, despues rey de Inglaterra bajo el nombre de Enrique VIII.

Perdidamente enamorada Doña Juana de su esposo, que la correspondió con harto desamor y aun desprecios, perdió por intervalos el juicio ocasionando las desgracias y escisiones de que luego se hará mención; y Doña Catalina, repudiada por su esposo, dió lugar al cisma de la iglesia anglicana tan célebre en la historia y de resultado tan fatal.

Tan continuados disgustos no pudieron menos de hacer honda mella en el maternal corazón de la reina, que sintiendo acibarada con ellos su existencia, á pesar de su grandeza de alma, sucumbió al fin á su intensidad en veinte y seis de noviembre de mil quinientos cuatro.

Habian venido á España el Archiduque y su esposa Doña Juana, llamados por los reyes para ser reconocidos y jurados herederos de la corona; pero ausentándose á poco aquel, su esposa, que le quería con delirio á pesar de sus desprecios, sintió tanto esta separación, que al dar á luz en Alcalá de Henares al infante D. Fernando perdió el juicio; y su tierna madre que continuamente estaba presenciando estos accesos de enagenación mental, no pudo soportar tantos pesares y fué vencida por ellos á los cincuenta y cuatro años de edad.

En su testamento instituyó heredera del reino á su

hija Doña Juana y cuando esta falleciera á su nieto D. Carlos, legando á su esposo D. Fernando la administración de las tres órdenes militares y la mitad de las rentas de Indias, con el encargo de la regencia del reino hasta que D. Carlos llegase á los veinte años de edad.

Con la muerte de Isabel perdió Castilla una madre, y D. Fernando el único dique que contenia la violencia y severidad de su carácter; así que no escasearon los disturbios entre él y su yerno acerca de la gobernación del Estado.

Al nivel Doña Isabel por sus prendas en el catálogo de reyes á las célebres Isabel de Inglaterra y Catalina de Rusia, llevólas inmensa ventaja por sus virtudes; pues grande, afortunada y poderosa, la nobleza de corazón, la magnanimidad y el mas tierno desvelo por sus súbditos se hermanaban en su pecho con el profundo amor á su esposo, á quien siempre respetó sobremanera, y con la pasión que sentia hácia sus hijos, cuya desgraciada suerte la condujo al sepulcro. Humilde al par que magestuosa, dotada de privilegiado talento, prudente, animosa y apasionada al mérito, que premiaba donde quiera que le hallase, á ella se debieron, á su constancia, desprendimiento y penetración sin igual, la mayor parte de los hechos gloriosos que hubieron lugar durante su reinado. Sin ella no se hubiera rendido Granada, ni Colon hubiese llevado el pendon castellano á las ópimas comarcas del Nuevo Mundo. Enlazado su nombre

á tan gigantescas empresas, que coronó el éxito mas brillante, hubiera pasado con su recuerdo á la posteridad; pero grande por sus virtudes, su saber y sus acciones, no son necesarios tales timbres para eternizar la memoria de su reinado, y en los fastos de España se hará siempre mencion tan grata cual gloriosa del de la primera Isabel.

### DOÑA JUANA Y DON FELIPE I.

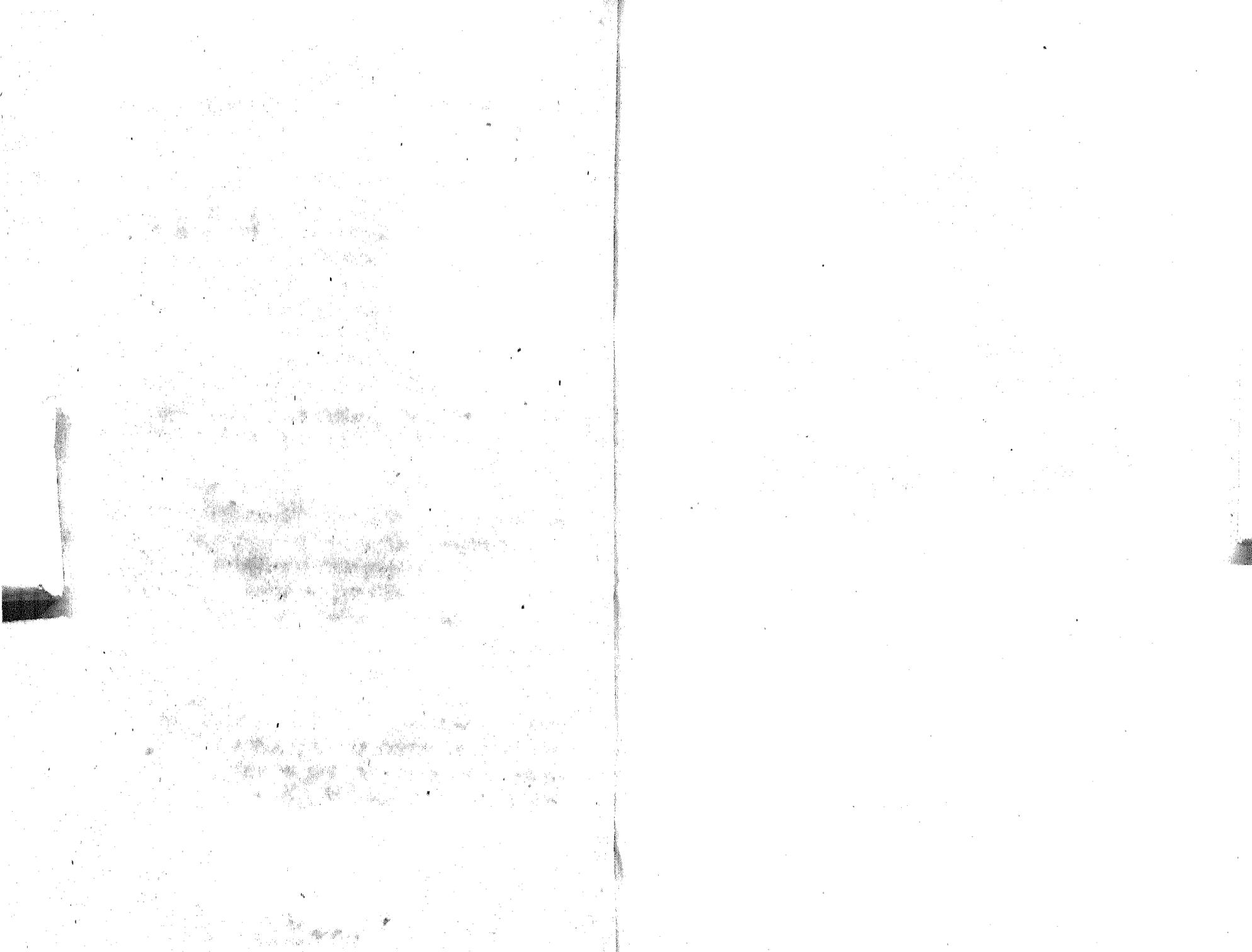
---

Con la muerte de Doña Isabel se avivó el mal reprimido fuego de la rebelion, á que tan acostumbrados estaban los grandes de Castilla. Descontentos la mayor parte de estos por la severidad de D. Fernando y la firmeza con que, reprimiendo su vuelo, les habia privado de tantas y tan pingües obviaciones, trataron de invalidar el testamento de la reina, privándole de la gobernacion del Estado que en aquel documento se le delegaba.

Acandillados por D. Juan Manuel, acérrimo partidario del Archiduque, á nada menos tendian que á es-



D.<sup>a</sup> JUANA  
la Loca.





**FELIPE 1º**

el Hermoso.

pulsar del reino á D. Fernando, fiando el gobierno á las manos de D. Felipe, llamado el *Hermoso*, esposo de la legítima soberana de Castilla.

Pero si sus proyectos hallaron acogida en el ánimo de D. Felipe, que para llevarlos á cabo juntó un poderoso ejército á cuyo frente trataba de conquistar el reino de su esposa, se desvanecieron al cabo por mediación del emperador Maximiliano, celebrándose una concordia en la que se estipuló que la administracion del reino quedase repartida entre Doña Juana como propietaria, D. Felipe como su legítimo marido, y don Fernando como gobernador perpétuo, siendo reconocido el príncipe D. Carlos por inmediato sucesor á la corona, y distribuyéndose las rentas por mitad entre el rey católico y sus hijos.

A esta concordia, firmada en Salamanca el año de mil quinientos cuatro por el rey y los embajadores de D. Felipe, dió principalmente lugar el político paso que dió aquel pidiendo al monarca de Francia la mano de su sobrina Germana de Foix y privando así del apoyo de esta potencia al Archiduque,

Pero si la autoridad quedaba repartida entre los tres por igual, pues hasta los despachos debian encauzarse con el nombre de la reina y los dos reyes, no satisfizo este arreglo á D. Felipe, que á toda costa queria reinar sin rival. Disimuló sin embargo por entonces y se aprestó á venir á España con su esposa, saliendo al efecto de Middlebourg el ocho de enero de mil qui-

nientos seis y desembarcando despues de bastantes azares á mediados de abril en la Coruña.

En este intervalo no habia permanecido ocioso don Fernando. Apenas falleció su esposa se apresuró á cumplir su última voluntad en cuanto alcanzase, y al efecto convocó las córtes para Toro. En ellas se hizo reconocer por regente del reino, y presentó á la aprobacion, que fué obtenida, el código que aquella gran reina tenia dispuesto para sus estados, conocido en el dia bajo el título de *Leyes de Toro*. Llamó tambien la mayor parte de las tropas que tenia en Italia el gran Capitan, dirijiéndolas contra el Africa, donde se tomó la ciudad y puerto de Mazalquivir, y organizó las fuerzas de la Península para contener las que aprestaba en su contra el Archiduque, si bien la concordia de Salamanca alejó por entonces la tempestad.

Pero apenas desembarcó Felipe en la Coruña y vió la afluencia de magnates que acudieron á ofrecerle sus servicios, cuando descubrió desde luego sus intentos, y anulando la reciente concordia declaró públicamente que no pasaría por su contenido, insistiendo en que D. Fernando renunciase á la regencia de Castilla y se retirase á Aragon.

Indignado el rey católico de tan solapada conducta, y de la actitud hostil que su yerno habia tomado, quiso acudir por su parte á las armas; pero la deslealtad de muchos de sus parciales y la consideracion de que iba á encender una guerra en que contrarrestaria

los sagrados derechos de su hija, le hicieron variar de propósito y ofrecer á D. Felipe sujetar la decision de las contestaciones pendientes al resultado de una entrevista personal.

Acordóse por una y otra parte esta conferencia, y en su consecuencia se avistaron ambos reyes en una casa de labor llamada el *Remesal* en las cercanias de la Puebla de Sanabria. D. Felipe acudió á ella al frente de seis mil hombres de armas prestos para la lid, al paso que D. Fernando iba solo acompañado de un corto séquito de gente toda de paz y desarmada, del duque de Alba y del arzobispo de Toledo, que le habian permanecido fieles.

El resultado fué bien desagradable para ambos, pues herido el rey católico en todos sus afectos por la altivez, ingratitude é insoportable ambicion de su yerno y la deslealtad de los que á este seguian, se separó diciendo que suscribiria á cualquier convenio que ellos quisieran dictar. En vista de esta aquiescencia redactáronse por el Archiduque las condiciones y D. Fernando las firmó sin cesámen el dia veinte y siete de junio de mil quinientos seis, dejando en virtud de ellas á sus hijos el gobierno de Castilla y retirándose á Aragon.

Con la ausencia del rey Católico no tenia Felipe mas traba para contemplarse rey esclusivo y absoluto que la persona de Doña Juana; pero prevaliéndose de sus accesos de demencia la encerró en una habitacion

aislada, y convocó córtés en Valladolid para que se la declarase incapaz de gobernar y refluyese en él solo toda la autoridad. Mas los fieles castellanos resistieron tenazmente prestar su asentimiento á tal medida, y don Felipe hubo de contentarse con regir subsidiariamente el Estado.

Su conducta lejitimó á poco esta medida de las córtés y patentizó cuanto eran justos los recelos de los diputados; pues si aun así oprimió de un modo increíble á la infeliz reina que en él y por él vivía, si los destinos mas principales, de que se lanzó á los mas leales castellanos, sirvieron de galardón á los famélicos flamencos, y si el gobierno de los pueblos se abandonó con los tesoros del Estado á merced de ambiciosos favoritos, puede figurarse hasta dónde hubiese llegado la tiranía de este rey, primer estrangero que ocupó el solio desde que fué alzado por Pelayo.

El descontento cundía de un modo prodigioso y algunos celosos procuradores de las ciudades intentaban ya sacar de su esclavitud forzada á la reina, espulsando ignominiosamente á los advenedinos estrangeros, cuando la muerte de D. Felipe, ocurrida á los nueve meses de su llegada á España, vino á atajar naturalmente estos males.

Arrebatado al amor de su esposa en la flor de su edad, pues solo contaba veinte y nueve años, la demencia de la infeliz Doña Juana se acreció de un modo espantoso dejándola muy pocos momentos de lucidez.

Aparecieron por lo tanto en la escena infinidad de pretendientes á la regencia, que provisionalmente se formó de siete individuos bajo la presidencia del tan célebre arzobispo de Toledo D. Fray Francisco Jimenez de Cisneros.

Unos y otros se agitaban y querían se nombrase á D. Fernando, al emperador de Alemania, á los reyes de Portugal ó Navarra, y aun á Enrique VII de Inglaterra casando á la hija de este con el príncipe don Carlos. Pero todos estos planes fueron destruidos por la firme voluntad y político manejo del cardenal Cisneros, quien convencido de que la reina quería entregar el gobierno á su padre por habérselo así manifestado en uno de sus lucidos intervalos al rogarla firmase la convocatoria de las córtés, se declaró el campeón mas decidido de D. Fernando, hasta que consiguió se le llamara.

En tanto llegaba se apoderó en nombre de la reina y á sus propias espensas de las principales fortalezas y plazas del reino, que puso á disposicion del rey tan pronto como volvió de Italia, lo cual se verificó en julio de mil quinientos siete.

**FERNANDO V.**

Con la llegada de Fernando, á quien su hija entregó el gobierno, hubieron de aquietarse los revoltosos mal su grado bajo la fuerte mano del que tan bien les sabia reprimir. Volvieron las cosas á su estado normal, y el rey católico, si bien absoluto y altivo, pudo alcanzar un gobierno pacífico, y con él los medios de llevar adelante sus planes de conquista y guerra en lo exterior.

La expedicion á Oran, á costa y bajo la direccion del cardenal Cisneros, que dió por resultado apoderarse de la plaza por asalto á principios del año mil quinientos nueve, y facilitó la posterior conquista de Bujia y Tripoli por el conde Pedro Navarro, y el hacer tributarios y vasallos de Castilla á los moros de Argel, Tremecen y Tunez, fué un hecho tan grande por la gloria en él adquirida por quien acometió y terminó la empresa, como por la importancia material de las tier-



**D.<sup>o</sup> FERNANDO 5.<sup>o</sup>**

el Católico.

ras conquistadas y la preponderancia que con su adquisicion obtuvo la ya opulenta monarquía.

Pero no contento aun con haber estendido sus dominios por el Africa; aspiraba D. Fernando á hacer suya la Navarra, toda vez que para ello le ofrecian ocasion las no interrumpidas discordias que dominaban en aquel desgraciado pais. Fué origen principal de este deseo la resistencia que Juan D'Albret rey de Navarra opuso para conceder paso á las tropas castellanas destinadas á invadir la Francia, cuya negativa ofendió al rey católico en tanto grado que se decidió á conquistar la Navarra.

La posicion de D. Fernando en aquella época no podia ser mas favorable para llevar á cabo su intento. Habia tomado parte activa con el Papa, el emperador de Alemania y el rey de Francia en la famosa liga de *Cambrai* formada en mil quinientos siete contra los venecianos; pero el descalabro que la flota española sufrió á tres años despues ante la isla de Gerves, y la division que ya trabajaba á los coligados fomentada por la poderosa república su contraria, dió ocasion favorable á esta para hacer proposiciones amistosas al Papa y á don Fernando. Resultado de ellas fué el que estos se separasen de la liga y que por aquel se diese al rey católico la investidura del reino de Nápoles, reconociéndose feudatario de la silla apostólica, contrayendo ambos á seguida con los venecianos otra nueva alianza, que se denominó *Santa*, dirigida en contra de la Francia.

Se abrió la campaña con la infausta batalla de Rávena, en que los coligados fueron completamente batidos; si bien costó la vida al duque de Nemours que la ganó; pero recuperados los españoles de este golpe, que no supieron utilizar en su favor los vencedores, lanzaron á los franceses de Bresa y todo el Milanésado, dando lugar á que las tropas que en Castilla se aprontaron para reforzar el ejército de Italia pudiesen dirigirse á las fronteras de Francia.

Fué entonces cuando el rey católico solicitó del navarro libre paso por sus estados, que le fué negado, si bien bajo la mas formal protesta de permanecer neutral en la contienda; pero como á poco celebrase una alianza ofensiva y defensiva con Luis XII, no dió treguas D. Fernando á su enojo; reunió todas sus fuerzas en Vitoria, dió el mando de ellas al duque de Alba don Fadrique de Toledo, y cayó sobre Pamplona, donde se hallaba Juan D'Albret.

El veinte y uno de julio de mil quinientos doce entró en Navarra el ejército castellano, haciendo huir precipitadamente á cuantos destacamentos venian á impedir el paso; el veinte y tres se estableció el cerco de Pamplona, de donde ya habia huido cobardemente el rey; el veinte y cinco se rindió la plaza, y siguiendo su ejemplo fuéronse entregando inmediatamente las demas ciudades y pueblos, de modo que en cinco dias se halló dueño el rey católico de toda la Navarra.

Vanas fueron las tentativas que el pusilánime Juan D'Albret hizo (después, apoyado por la Francia, para recuperar su pérdida corona, porque derrotadas sus tropas en todos ellos, tuvo que repasar los Pirineos aviniéndose á una composicion con D. Fernando. Dejósele el dominio de la Navarra baja, que en mil quinientos ochenta y nueve unió á la corona su segundo nieto Enrique IV, que ocupó el trono de Francia.

Juzgada de diversos modos la conquista de Navarra y su incorporacion á la corona de Castilla, estuvo sin embargo muy lejos de ser una *usurpacion*, como los historiadores franceses se complacen en calificarla. Si no personales, D. Fernando tenia derechos á este reino como soberano de Castilla, y aun por eso sin duda llevó su delicadeza hasta el extremo de agregar estos estados á la corona de Castilla y no á la de Aragon, de que era propietario, como hubiera podido hacerlo facilmente.

Dijimos ya en su lugar que D. Juan de Aragon tomó parte activa en las intrigas de sus hermanos los infantes contra D. Alvaro de Luna, y que empeñado por ellos en una desastrosa guerra, hubo de procurar la paz dando en matrimonio su hija Doña Blanca al príncipe heredero, rey después bajo el nombre de Enrique IV.

Tenia á la sazón D. Juan otro hijo de su primer matrimonio con Doña Blanca de Navarra, por cuya muerte, acaecida en primero de abril de mil cuatro-

cientos cuarenta y uno, recayó de derecho en él la corona de Navarra.

Casado D. Juan en segundas nupcias con Doña Juana Enriquez, y habido un hijo de ella, hemos ya tambien mencionado cual fué su resistencia á entregar la gobernacion de aquel reino á su hijo el príncipe de Viana, sostenido por la familia de Beaumont, al paso que la de Agramunt apoyaba la espoliacion. Con este motivo se animaron los parciales de uno y otro bando, y acudiendo por último á las armas, hubo de unirse D. Carlos al rey de Castilla y aventurar por fin junto Aivar una batalla en que fué derrotado y preso por su mismo hermano D. Alonso.

Tenian lugar estos sucesos en octubre de mil cuatrocientos cincuenta y dos, y aun cuando despues de infinidad de sucesos, que no podemos detenernos á enumerar en este breve compendio, se dió libertad al príncipe, sujetando la decision de las discordias entre padre é hijo al arbitrio del rey de Aragon, como este falló sin dirimir las en mil cuatrocientos cincuenta y ocho, heredó su corona D. Juan con lo que la situacion de D. Carlos se empeoró.

No desistió sin embargo de llevar adelante la concordia intentada con su padre, ya rey de Aragon, y volvió de Nápoles á España con este objeto, avistándose ambos en Barcelona; pero celoso el monarca del entusiasmo que por todas partes inspiraba su hijo, enconado su resentimiento, que dejeneró en sospechoso

recelo, por las infames calumnias vertidas contra el príncipe por su madrastra, y vivamente ofendido de los secretos tratos por aquel mantenidos para desposarse con Doña Isabel de Castilla, determinó ya su perdicion. Llamóle con este objeto á Lérida, dándole un salvo conducto, á tiempo que estaban reunidas las cortes en ella, y sin respetos á su palabra y despues de despedir á los diputados mandó prender á su hijo como reo de alta traicion.

Tan desnaturalizado é injusto proceder no pudo menos de concitar en su contra cuanto de leal y generoso había en la Navarra, el Aragon y Cataluña; volviéronse otra vez á tomar las armas en defensa del desvalido príncipe, y hubo de ser tal el imponente aspecto de este casi general levantamiento, que el rey se vió obligado á dar libertad á su hijo en mil cuatrocientos sesenta y uno. Desde su misma prision de Morella participó este tan fausta nueva á todos sus partidarios; pero poco les duró el contentamiento, pues en medio á las contestaciones empeñadas acerca del porvenir y seguridad del que tan bien querian, vino la muerte á arrebatarle á los cuarenta años de edad en setiembre del mismo año sesenta y uno, á impulsos de sus padecimientos físicos y morales, y aun segun algunos al del veneno que se le dió por medio de unas píldoras en Morella, rumor que se acreció cuando á pocos dias se halló tambien muerto á su repostero.

De aquí la indignacion que al saber las circunstan-

cias de su muerte surgió en toda Cataluña, y la sublevación del Principado, que dió lugar á los sucesos de que antes se hizo mérito; pero si vencedor D. Juan de la rebelion armada, nunca pudo acallar la acusadora voz contra élalzada, que tomó mucha mayor consistencia cuando se vió el bárbaro proceder de este inhumano padre con su hija Doña Blanca, que el monarca de Castilla habia repudiado al subir al trono.

Heredera esta infortunada princesa del reino de Navarra por muerte de su hermano D. Carlos, fué tan desapiadadamente perseguida como este. Decidió D. Juan á no entregar aquellos estados mientras viviese, tenia secretamente estipulado con el conde de Foix, esposo ya de Doña Leonor hija de su segundo enlace con la de Enriquez, que á su muerte se transmitiria á él la soberanía de Navarra.

Era por lo tanto un obstáculo Doña Blanca, que se negó á renunciar sus derechos y á encerrarse en un convento como se lo escijieron; y á pretesto de haberse tambien resistido á seguir á su padre á Francia, temerosa de una violencia, fué reducida á prision y conducida al castillo de Ortez en el Bearne, donde se la entregó en poder de los condes de Foix.

Mas á pesar de lo vigilada que estaba, y presintiendo ya una castástrofe como la de su hermano, halló medio de dejar en Roncesvalles una protesta contra la violencia que se la hacia para compelerla á renunciar la corona en favor de su hermana Doña Leonor condesa

de Foix, declarando desde luego completamente nullos, de ningun valor ni efecto, cuantos documentos pudiesen aparecer desde aquella fecha en adelante en su nombre y bajo su firma renunciando sus derechos á la corona, á menos que fuese en favor *del rey de Castilla D. Enrique IV* ó del conde de Armañac.

Sabedora á los tres dias de que se la iba á entregar á los condes, y temiendo con mas fundamento que nunca que se iba á cometer un atentado contra su vida, hizo en San Juan de Pié de Puerto, y con fecha de treinta de abril de mil cuatrocientos sesenta y dos, una *donacion inter vivos* ó sea una *cesion plena y completa* del reino de Navarra y cuantos estados le pertenecian en favor de su *muy amado primo D. Enrique IV* rey de Castilla, y de sus sucesores, escribiéndole ademas una carta tan lastimosa y tierna, que no puede leerse sin conmocion: en ella le rogaba que tuviese lástima de una infeliz con la que tenia relaciones tan estrechas como la de haber sido su esposa, que acudiese á libertarla de la tiranía que sobre ella tan injustamente se ejercia, ó que de lo contrario y si llegaba tarde vengase su muerte.

No fueron por desgracia tan vanos sus presentimientos como sus quejas, pues á pesar de su inocencia nadie salió por entonces en su defensa, ni se supo cosa alguna de su suerte, hasta que á principios de mil cuatrocientos sesenta y cuatro se celebraron sus exequias en la catedral de Lescar.

Encerrada en el castillo de Ortez, en el Bearne, bajo el poder de los condes de Foix, sus mas acérrimos enemigos, y á merced de su desalmada hermana, que en ella veia un perenne obstáculo á su engrandecimiento, la opinion mas comun y acreditada es que murió envenenada; pero la divina justicia no dejó á la infame fratricida gozar el maldecido fruto de su crimen, pues habiendo muerto repentinamente D. Juan II el diez y nueve de enero de mil cuatrocientos sesenta y nueve, y proclamada Leonor soberana de Navarra, siguió al sepulcro á su padre, falleciendo el dia diez del siguiente mes de febrero.

Su vida, amargada por una continua lucha para alcanzar un trono cuyas gradas manchó de sangre, fué un castigo providencial como su muerte, y ninguno de sus herederos pudo gozar con tranquilidad de su nefanda herencia, comprada á costa de crímenes. Dejó por sucesor en su testamento á su nieto Febo, á quien su madre no permitió venir á coronarse hasta mil cuatrocientos ochenta y dos por temor á la enconada guerra que se hacian las poderosas casas de Beaumont y Agramunt, que tenian dividida y assolada la Navarra; pero habiendo fallecido á los dos meses de su coronacion entró á reinar su hermana Catalina, que contra los deseos y manifestaciones de D. Fernando, ya rey de Aragon, fué casada por el rey de Francia con Juan D'Albret, conde Perigord.

Aunque ofensivo este paso hasta no mas para los

Reyes católicos, que tenian pedida la mano de Catalina para su hijo primogénito D. Juan, se contentaron por entonces con apoderarse de Tudela, porque se hallaban ocupados en llevar á cabo las gigantescas empresas de que en su lugar se ha hablado, y con hacer que los reyes de Navarra firmasen un tratado en que se obligaban á no prestar al francés auxilio alguno activo ni pasivo contra Castilla.

Pero la conducta del Navarro fué diametralmente opuesta á lo pactado, uniéndose á la Francia para perjudicar á D. Fernando y escasperándole en cuantas ocasiones se le presentaban para ello, hasta que aprovechándose del conflicto en que se hallaba en mil quinientos siete, cuando tan vivamente se le disputaba la regencia de Castilla, lanzó á la guarnicion que tenia en Viana apoderándose de la plaza y desterrando á los parciales del rey católico.

Esta ofensa colmó la medida del sufrimiento, y cuando D'Albret no solo se negó á dar paso á las tropas castellanas, si que tambien se alió con la Francia, se decidió por fin á usar del derecho que en su testamento transmitió la infortunada Doña Blanca á los monarcas de Castilla, y del que daba una bula del Papa Julio II, en la que escomulgando á los reyes de Navarra por cismáticos y deponiéndolos, concedía sus estados al primero que los ocupase.

Véase pues cuan lejos está de merecer este agto. de buena guerra el dictado de usurpacion, con que la

envidia estrangera le ha calificado. Con él quedó dueño D. Fernando de toda la Península, á escepcion de Portugal, y volviéronse sus miradas hácia Italia, donde la lucha entre Aragon y Francia tornó á avivarse con la subida de Francisco I al trono de esta nacion. Deseoso este jóven monarca de hacer valer sus derechos al Milanesado pasó á Italia al frente de un poderoso ejército, y obligó desde luego al virey de Nápoles don Ramon de Cardona á retirarse bajo el cañon de Plasencia.

Ya estaba D. Fernando abatido por la edad y por el nocivo efecto de una bebida que habia tomado años antes con el objeto de rejuvenecerse; pero á pesar de todo dió las mas activas disposiciones para aprestar tropas y mantenimientos destinados á reforzar el ejército de Italia; y estando á punto de terminarlos vino la muerte á arrebatarle este nuevo laurel.

Habia recibido poco antes la noticia del fallecimiento del ínclito Gonzalo Fernandez de Córdoba, á quien tan injusta como rigurosamente habia tratado en aquellos últimos tiempos, y fué tanto su pesar que dirigió á su viuda la duquesa de Terranova una afectuosa carta de pésame, en la que encareciendo los altos y señalados servicios del que universalmente habia sido aclamado el *Gran Capitan* de su siglo, la prometia toda su proteccion y favor para ella y las cosas de su familia.

Bien lejos estaba de pensar entonces el rey cuan

breve habia de ser la duracion de su existencia, pues escrita esta carta en tres de enero de mil quinientos diez y seis, á los treinta dias de la muerte del Gran Capitan, el veinte y tres del mismo mes era ya cadáver el poderoso monarca que la firmó.

Tuvo sin embargo lugar D. Fernando de arreglar convenientemente los negocios públicos y de otorgar su testamento, en el que nombró á su hija Doña Juana por heredera de todos sus estados, y atendiendo á su incapacidad gobernador del reino, mientras ella viviera y heredero despues, á su nieto D. Carlos de Austria, encargando la regencia de Castilla, hasta que este cumpliese veinte años, al cardenal Jimenez de Cisneros y al Arzobispo de Zaragoza la de Aragon. Tenia sesenta y cuatro años cuando falleció en Madrigalejos, sin que en su larga vida y no menos dilatado reinado hubiese desmentido un punto su carácter.

Hábil gobernador, profundo político y esforzado guerrero tenia el grave defecto de olvidar con harta prontitud los servicios que se le hacian, correspondiendo á ellos con marcada ingratitud y hasta con injuriosas sospechas, como sucedió con Gonzalo de Córdoba y Colon. Su desconfianza rayaba en la escasajeracion, era altivo y duro, y poco fiel observador de la fé empeñada en los tratados; pero grande y magnánimo cual ninguno á él se debió la unidad y fortaleza de la monarquía y gran parte de la gloria que á una con su primera esposa Doña Isabel procuró para el pais.

En la segunda época de su reinado se estableció el Santo Oficio en Aragon, dando lugar á las desgracias que ocasionó la resistencia de los naturales á esta institucion, de que ya se habló en el tomo primero de esta compendiosa relacion.

### D. CARLOS I.

Acatado por todos los partidos que apreciaban sinceramente sus virtudes, el Cardenal Cisneros no halló oposicion alguna en los naturales para incautarse de la regencia, y en esta confianza pasó á Guadalupe, donde estaba el consejo real, para tomar posesion. Pero habia un rival temible para disputársela que, oculto hasta entonces, se descubrió en el momento oportuno haciendo valer la comision que traia de D. Carlos. Era este el dean de Lovaina Adriano de Utrecht, preceptor del jóven príncipe, que á la primera noticia de la enfermedad de D. Fernando habia sido enviado á España con instrucciones secretas y plenos poderes para po-



CARLOS 1º

nerse al frente del gobierno, tan pronto como el rey católico llegase á fallecer.

Aun vivía Doña Juana, reina lejitima, aunque incapacitada de regir por sí el Estado; y sin embargo Adriano pretendia gobernar, hasta que su amo viniese, en nombre de esto como rey de España. Teniendo á la sazón D. Carlos diez y seis años escasos, pues habia nacido en Gante el veinte y cuatro de febrero de mil quinientos, y estando preceptuado en los testamentos de sus abuelos que no ejerciese el poder real hasta cumplir veinte años, ni heredase el reino hasta que su madre Doña Juana muriese, ni podía ni debia consentir Jimenez de Cisneros que Adriano le arrebatase la regencia; pero político consumado y deseoso de conservar la paz se avino al fin á compartir con el enviado de D. Carlos el título de gobernador, si bien resuelto á dirigir los negocios por sí y ante sí.

D. Carlos aprobó este arreglo bajo la condicion de que se le proclamase rey, y despues de acalorados debates entre sus partidarios y los que abogaban por la demente Doña Juana, se convino al fin en proclamarle y darle el título de rey en union con su madre, cuyo nombre habia de encabezar con el suyo todos los despachos, provisiones y demas documentos públicos.

Proclamado ya D. Carlos I, todos los desvelos del Cardenal se cifraron en afirmarle en su trono y conservar tranquila é ilesa la monarquía. Con este fin y para contrarrestar el omnímodo poder de los grandes

introdujo la institucion, desconocida hasta entonces en España, de soldados asalariados con oficiales á sueldo del gobierno, ofreciendo premios á los que voluntariamente se alistasen en esta milicia y señalando un contingente á cada ciudad.

Por mas disfrazadas que estuviesen las intenciones del gobernador, no pudo ocultar su verdadero objeto á los nobles contra quienes se dirigia el golpe, pues hasta entonces ellos solos daban el contingente de soldados para la guerra, acudiendo con sus vasallos al lado del rey que les convocaba é imponiéndole en cierto modo la ley. Representaron por lo tanto contra esta medida, pero firme el Cardenal en su propósito, no les quedó mas arbitrio que el de intrigar en las ciudades para que se resistiesen á aprontar el número de hombres que se les habia demarcado, suponiendo que esta disposicion era atentatoria á sus privilegios y derogatoria de los fueros.

Por desgracia estas maquinaciones tuvieron un éxito completo, porque Valladolid, Burgos y otras ciudades principales se sublevaron protegidas por los grandes, y dirigieron enérgicas representaciones al rey; pero Cisneros usando con oportunidad de súplicas y amenazas, de razones y castigos consiguió vencer la resistencia; y emprendió en seguida el despojar á los grandes de los muchos feudos y tierras que en las pasadas revueltas habian usurpado á la corona.

Nombrada una comision al efecto, se llevó á cabo

el despojo de los que se hallaban detentando pingües estados, con lo que subió de punto la animosidad de los grandes contra él. Decididos á recuperar á toda costa los bienes de que se les habia privado y á derribar á un hombre que tan su contrario se mostraba, resolvieron acudir á las armas; pero antes de declararse en abierta rebelion nombraron al almirante de Castilla, al duque del Infantado y al conde de Benavente para que se avistasen con el Cardenal y ecsaminasen los poderes en cuya virtud egercia la suprema autoridad.

Recibiólos Jimenez con la mayor frialdad y les enseñó el testamento de D. Fernando ratificado por Don Carlos; pero no satisfaciéndose con este los comisionados, condujólos hasta un balcon desde donde se veia en la plaza un cuerpo considerable de tropas sobre las armas con un formidable tren de artilleria y dijo á los tres magnates: *«Ahi teneis los poderes que he recibido de S. M. Católica: con ellos gobierno y gobernaré á Castilla hasta que el rey, vuestro Señor y el mio, venga á tomar posesion de su reino.»*

Tan atrevida declaracion, en boca de quien tal firmeza de carácter ostentaba, no solo impuso á los comisionados, sino que bastó para retraer de sus planes de revuelta á los que no le creian en disposicion de contrarestar su fuerza y poder.

Pero apenas contenido el descontento interior, hubo de luchar Cisneros con el destronado rey de Navarra por una parte y con los piratas berberiscos por la

otra. Habia invadido Juan D'Albret su antiguo reino y conseguido fáciles triunfos; pero las tropas españolas marcharon á su encuentro, y mientras se ocupaba el invasor en sitiar á San Juan de Pié de Puerto, atacaron al principal cuerpo del ejército enemigo que fué derrotado completamente. Desde entonces decidió Jimenez desmantelar las plazas todas de aquel reino, excepto la de Pamplona, y á esta prudente medida se debió sin duda en lo sucesivo la conservacion de aquella interesante parte de la monarquía.

No fué tan feliz el resultado de la expedicion dirigida por aquel tiempo á Africa contra Horue Barbarroja, que de simple corsario se habia erijido en soberano de Argel y Tunez; porque el mal comportamiento del general que mandaba procuró una fácil victoria á los berberiscos, siendo dispersados y batidos los españoles.

Semejante descalabro hubiera bastado para abatir el mas animoso corazon; pero superior Cisneros á los reveses de la fortuna arrojó con serena frente esta tormenta, y sacando recursos de la misma desgracia, motivó en ella la continuacion de sus aprestos de tropas y repuestos de municiones, asi como las severas economias que habia empezado á hacer en los gastos del Estado.

Pero si el buen écsito de sus medidas alhagaba su amor propio, ofendíase en gran manera por otra parte al ver que el fruto de sus sabias economias iba á parar á la córte flamenca, donde todos los tesoros de Es-

paña se consumían entre los favoritos y allegados que rodeaban al jóven monarca.

Cualquier otro que él, aprovechándose de este desorden, habria procurado tomar su parte en el botin prolongando el tiempo de su gobierno; pero desinteresado y leal Cisneros hasta un extremo que nadie le igualó, y mirando por el bien del pais con preferencia al suyo propio, dirigió todos sus esfuerzos á cortar en lo posible tan escandalosa dilapidacion, y á persuadir á D. Carlos de la apremiante necesidad que habia de su venida á España para empuñar las riendas del Estado, poniendo coto á tanta depredacion y á los reprobados manejos de los cortesanos, que daban pábulo al descontento é indignacion general.

Convencido el rey de la esactitud de estas razones, y salvados los obstáculos que le retenian en los Países Bajos, mediante el tratado de Noyon celebrado con Francisco I, decidió al fin pasar á España. Partió con este objeto de Midlebourg en compañía de su ministro Chievres y multitud de caballeros españoles y flamencos, y el diez y nueve de setiembre de mil quinientos diez y siete arribó al puerto de Villaviciosa en Asturias, donde fué recibido con el ferviente entusiasmo con que siempre ha acogido á sus lejitimos monarcas el pueblo español.

Apenas supo el cardenal tan grata nueva, cuando se apresuró á salir al encuentro de su soberano á pesar de sus achaques: pero agravadas sus dolencias de

un modo alarmante en Boceguillas, tuvo á su pesar que detenerse y escribió á D. Carlos suplicándole le otorgase una audiencia particular en Aranda, á donde se hizo transportar. Mas habia muchas personas interesadas en que el gobernador no hablase al monarca, y muchas que tenian harto y razonable temor del resultado de esta conferencia; esto bastó para que la voz general atribuyese al veneno la dolorosa muerte de aquel leal servidor ocurrida á los pocos dias.

Grande en toda la acepcion de esta palabra asi en talento como en virtudes, político profundo, gobernador hábil, apasionado al talento que en él halló siempre un decidido protector, apreciador del verdadero mérito que premiaba pródigamente, y entusiasta por el adelanto de las letras, á cuyo progreso contribuyó de un modo eficaz, se habian reunido en Cisneros cuantas cualidades podian hacerle brillar. Siendo el hombre mas grande de su siglo, aun al lado del mismo Carlos I, era de condicion tan humilde que fué preciso mediar una órden terminante del Supremo Pontífice para arrancarle de su celda y obligarle á aceptar la silla arzobispal de Toledo; pero si su posicion social varió de un modo tan notable, no hubo mudanza en sus costumbres. Bajo el traje de cardenal llevaba siempre el hábito de S. Francisco que el mismo componia por sus manos; dormia vestido y casi siempre en el suelo; nunca gastó ropa interior de lienzo; su frugalidad era tal que jamás quebrantó la regla de su orden probando los



EL CARDENAL JIMENEZ DE CISNEROS.

manjares que se presentaban á los diarios convidados á su mesa; económico sin ser mezquino, la mitad de las rentas de su arzobispado era constantemente empleada en socorrer la indigencia, y con la otra mitad, que cuidadosamente ahorraba; fué formando un peculio, que empleó despues tan noblemente en pró de su patria, costeando la expedicion de Oran, que bajo su mando hizo la conquista de esta plaza, y la formacion de la Biblia Poliglota, monumento que hubiera bastado á eternizar su memoria; fundando la célebre universidad de Alcalá de Henares, que dotó con cuarenta y seis cátedras y catorce mil ducados de renta, y el cabildo de canónigos, que habia de dedicarse en Toledo á conservar el rito muzárabe; y costeando otra multitud de establecimientos de utilidad pública, que denuncián su desprendimiento, su grandeza de alma y su generosidad.

Con la muerte de este hombre ilustre faltó la única persona que hubiese podido aconsejar leal y desinteresadamente al rey, que se entregó á su favorito Chievres único árbitro al parecer y regulador de su voluntad.

Estaban á la sazón convocadas las córtes en Valladolid, donde despues de haber reconocido por rey con alguna dificultad á D. Carlos atendida la incapacidad de su madre Doña Juana, se le otorgó un servicio gratuito de seiscientos mil ducados pagaderos en tres años. Los pueblos, que ya habian visto con disgusto al jóven monarca abrogarse la autoridad real, se sobrelevantaron mas con esta dura gavela, mayor que cuantas se ha-

bian otorgado á los reyes sus antecesores. Veian que la rapacidad de los flamencos con nada se saciaba, que los puestos mas importantes del Estado eran por ellos invadidos lanzándose de ellos á los mas leales españoles, que rodeando la persona del monarca no permitian llegar hasta él enviados ni manifestaciones, y finalmente que sus sacrificios á tanta costa hechos, servian para alimentar el insultante lujo y la desenfrenada codicia de los extranjeros; todo esto unido á la insistencia del rey en pasar á Alemania para coronarse emperador, pues habia sido elegido por unanimidad por muerte de su abuelo Maximiliano, no hizo mas que escacerbar los ánimos hasta un punto que el menor pretesto podia dar salida á la concentrada esplosion.

Habia D. Carlos jurado en las córtes de Valladolid guardar los privilegios y leyes del reino y en particular el capítulo de las córtes de Burgos de 1511 en que se prohibia conceder empleos á extranjeros; sin respeto á este juramento nombró Canciller de Castilla á Sauvage y arzobispo de Toledo á Guillermo de Croy, que ni aun tenia la edad prescripta en los cánones: habia pretendido tambien por su parte el favorito Chievres recargar la alcabala é imponer á la nobleza una contribucion; y todos estos elementos reunidos á la enérgica oposicion que hizo el noble D. Juan Padilla arrebatando los ánimos de la multitud con su elocuencia, determinaron el mal comprimido movimiento, y Toledo la primera con Segovia y Avila tomaron una actitud hos-

til y mandaron diputados á todas las ciudades invitándolas á formar una alianza *comunal*.

No se acudió sin embargo á las armas, y contentáronse por entonces con enviar diputados al rey para rogarle no saliese del reino y que pusiese remedio á tan crecidos males. Con este objeto acudieron al encuentro de D. Carlos los de Toledo, Salamanca, Jaen y otras ciudades, alcanzándole en Valladolid; pero prestando estar de paso para las córtes que contra la costumbre establecida habia convocado para Santiago de Galicia no quiso darles oidos, partiendo á Tordesillas para despedirse de su madre.

El pueblo en masa, entre el que habia cundido la voz de que iba el rey á llevarse tambien á Doña Juana á Alemania, sintió agotada ya la medida del sufrimiento, y al punto se alborotó Valladolid. Mas de seis mil hombres armados se reunieron inmediatamente en la plaza á son de campana, gritando viva el rey, y mueran sus malos consejeros: y efectivamente, á no haberse puesto en salvo el señor de Chievres, y los demas flamencos que le acompañaban, hubieran desahogado en ellos su ojeriza de un modo bien atroz. Algunos ligeros castigos intimidaron á los amotinados, y toda su furia se calmó inmediatamente, de suerte que D. Carlos pudo continuar su viage á Santiago sin la menor molestia ni inquietud.

Las córtes se abrieron con efecto á principios de abril de mil quinientos veinte; pero despues de repeti-

das sesiones nada pudo acordarse definitivamente en ellas, porque los procuradores de Toledo, Salamanca, Sevilla, Córdoba, Toro, Zamora, Avila y otras ciudades, se negaron á conceder el servicio que era el objeto principal de esta asamblea. Vivamente irritado D. Carlos, trasladó las córtes á la Coruña, y á permitírsele las circunstancias hubiera dado pábulo á su resentimiento castigando ejemplarmente á los procuradores; pero se contentó por entonces con desterrar al de Toledo que fué el mas firme. Esto bastó para que esta ciudad se conmoviese repentinamente, y tomase las armas en defensa de sus fueros y privilegios, acaudillada por uno de sus principales habitantes llamado Juan de Padilla, por su muger Doña Maria Pacheco; y las órdenes que espidió D. Carlos para prender á las principales cabezas de esta conmoción solo sirvieron para escasperar mas á los descontentos. El populacho irritado, no solo impidió la prision, sino que hubiera asesinado al corregidor, alcaidé y alguacil mayor, á no haberse puesto ellos en fuga con anticipacion. Los comuneros (nombre que de la comunidad ó pueblo cuyos derechos sostenian tomaron los agraviados), en número de veinte mil hombres, se apoderaron del alcázar y de las puertas de la ciudad, arrojaron de ella á los ministros y oficiales reales, y pusieron otros de su faccion; pero mediaron algunos eclesiásticos y con sus persuasiones consiguieron aplacar algun tanto los ánimos, de suerte que habiendo podido hallar los descontentos al corregidor, cuando este

infeliz esperaba la muerte, se contentaron con quitarle la vara, y volvérsela luego en nombre de la comunidad y del rey.

Las córtes de la Coruña se concluyeron á principios de mayo, y á pesar de la oposicion de un gran número de ciudades pudo conseguir D. Carlos un servicio de doscientos millones de maravedis en tres años; «si bien no dejaron los procuradores de insistir, en sus pretensiones de que á nadie se le permitiese, pena de la vida, extraer del reino numerario alguno; que los empleos y dignidades se confriesen únicamente á nacionales, despojando á los estrangeros de los que decian haber usurpado injustamente; y añadieron, que pues la escuadra estaba pronta para hacerse á la vela, procurase S. M. volver pronto de su viage aunque sin traer á su regreso gentes estrangeras; que pusiese su casa en el pie de economía en que la habian tenido sus predecesores, cercenando gastos inútiles y de mero lujo; y por último, que fuesen españoles los sugetos á quienes en su ausencia confiase el gobierno de la corona.

Las cosas sin embargo quedaron en el mismo estado; y D. Carlos, á su partida, despues de escortar á la paz á los tres brazos que representaban el reino, declaró gobernador de Castilla y Leon al cardenal Adriano asociado con el presidente y chancillería de Valladolid; virey de Valencia á D. Diego de Mendoza; justicia mayor de Aragon á D. Juan de Lanuza; y capitán general de sus armas á D. Antonio Fonseca. Representa-



taron contra el nombramiento de gobernador, pero don Carlos no dió oídos y se hizo á la vela en veinte del mismo mes.

A vista del poco fruto que habian producido las reclamaciones de los procuradores y la agitacion en que se hallaba el reino, nadie podia prometerse favorables consecuencias; prevalido de las cosas públicas el enojo de los comuneros creció hasta el extremo. Bajo la voz y divisa del bien de la patria y guerra contra los estrangeros que venian á desangrarla, ahorcó el pueblo de Segovia á varios alguaciles reales, al procurador á córtes Rodrigo de Tordesillas y á otras personas. Zamora, acaudillada por su obispo D. Antonio de Acuña, dió espansion á su resentimiento de un modo todavía mas riguroso. Valladolid quiso ahorcar á sus procuradores por haber consentido el donativo de los doscientos millones. Los comuneros de Madrid se apoderaron del gobierno, le encomendaron á personas de su satisfaccion, y entregando el alcázar al licenciado Castillo, le nombraron alcalde mayor de la villa. En una palabra, la fermentacion fué comunicándose de pueblo en pueblo con tal rapidéz, que en un momento se vieron conmovidas las ciudades de Avila, Guadalajara, Cuenca, Medina del Campo, Sigüenza, Jaen, Baeza, Alcalá, Leon, y otras muchas. La gente que armaron, y los auxilios que enviaban los comuneros á cuantos los necesitaban contra los realistas, pusieron al cardenal y demas gobernadores en la mayor consternacion y apuro sin saber que par-

tido tomar. De esta inaccion se aprovecharon Padilla y otros comuneros poderosos para apoderarse de la reina madre Doña Juana á pretexto de acaudillar la gente que Toledo, Segovia y Madrid enviaban para servirla en medio de aquellas turbulencias, y tomando el nombre de la reina decretaron la prision del presidente y oidores de la chancilleria de Valladolid; pero estos ministros tuvieron la fortuna de recibir aviso, y pudieron salvarse bajo diferentes disfraces. El cardenal mismo llegó á temer por su persona, y se refugió disfrazado tambien á Rioseco, desde donde dió parte al príncipe D. Carlos del riesgo en que se hallaba la España y de cuan urgente era su venida. Tambien le escribieron por su parte los comuneros, pero presentando las cosas bajo su verdadero punto de vista y con la energia propia de la justa causa que defendian; y el príncipe, que se hallaba prevenido por los flamencos refugiados en su patria huyendo del comun peligro, contestó con suavidad y blandura, prometiendo regresar muy en breve y otorgar cuanto le suplicaban. Sin embargo, al mismo tiempo encargó separadamente á la nobleza que auxiliase la accion de la justicia, y dió nueva forma á la regencia constituyéndola bajo la presidencia del cardenal con el almirante de Castilla D. Fadrique Enriquez y el Condestable D. Íñigo de Velasco, personas de mucha influencia y valer.

Estas cartas produjeron el deseado efecto, y algunas ciudades imitaron á Burgos, que fue la primera en

deponer las armas. Por otra parte los nobles de Castilla y Leon se pusieron al frente de sus tropas, y con el refuerzo de los demas realistas pudieron reunir un ejército de diez mil quinientos hombres, que se acuarteló en Rioseco. El de los comuneros constaba ya de diez mil infantes, cuatrocientos hombres de armas, y novecientos caballos, cuando se les reunió el obispo de Zamora al frente de novecientos hombres, y se hizo fuerte en Tordesillas. Mediaron entre ambos ejércitos algunas proposiciones de avenencia, pero los comuneros, lejos de convenirse á partidos indecorosos, se pusieron con todas sus fuerzas sobre Rioseco y presentaron la batalla á los realistas. Éstos la rehusaron, pero supieron aprovecharse de su imprudencia para sorprenderles y apoderarse de Tordesillas. En desquite Juan de Padilla, á quien eligieron por su jefe los comuneros, ocupó á Torre Lobaton, villa propia del almirante; pero con noticia de que los realistas, á las órdenes de los condes de Haro y Oñate, pensaban atacarle en ella trató de refugiarse en Toro, donde le era mas facil oponer una defensa vigorosa. Tuvo la desgracia de ser alcanzado en el camino junto á Villalar, siendo acometido por el frente y flancos; y habiendo sobrevenido en medio de la refriega un recio temporal de viento y lluvia, que daba en los ojos á los comuneros, quedaron dueños del campo los realistas, haciendo prisioneros á los principales caudillos del partido contrario despues de inauditos hechos de valor. El valiente



**PADILLA.**

Padilla, herido en una pierna, cayó igualmente en poder de los vencedores, y al día siguiente, veinticuatro de abril de mil quinientos veinticinco, sufrió con todos sus compañeros la pena capital, espirando con ellos la libertad de Castilla.

Pertenecía D. Juan de Padilla á una de las principales familias de España. Hijo del condestable de Castilla, aunque noble por su cuna, fué uno de los mas celosos defensores de los derechos del pueblo, desinteresado en sumo grado, sin otro amor que el de su patria, y protector decidido en todo tiempo de la infeliz reina Doña Juana, cuyo desvalimiento lamentaba. En el terreno de la legalidad combatió como procurador del reino, mientras su voz pudo ser oída: no fué culpa suya si las cosas se llevaron al estremo; pero una vez puesto al frente de los comuneros, fué preciso que hasta los elementos se conjuraran en su contra para arrebatarle la victoria y subyugar su indomable valor. La jornada de Villalar abatió todas sus esperanzas, y mártir de su causa selló con su sangre, cual sus compañeros, el juramento que prestara al levantar el estandarte de la comunidad.

Sobrecojidos los de Valladolid con la noticia de este suceso, trataron de reducirse implorando el perdón que obtuvieron por medio de un indulto general, y solo fueron castigadas diez y ocho personas de las mas comprometidas; pero con tal disgusto del pueblo, que cuando entró despues en la ciudad el ejército real permane-

cieron en sus casas todos los vecinos, y nadie, ni aun por curiosidad, quiso abrir una ventana. A Valladolid siguieron Segovia, Salamanca, Medina del Campo, Zamora, y demas pueblos sublevados, á escepcion de Toledo, que lejos de intimidarse con la muerte de Padilla, se encendió en mayor furor. Los realistas que habia en la capital intentaron refrenar el ardimiento de los comuneros, abriendo las puertas al marqués de Villena, pero la valerosa D. María Pacheco suplió de de tal modo las veces de su difunto marido, que apoderándose del alcázar, no solo tuvo á raya á sus enemigos, sino que obligó al marqués á retirarse. Bloqueada la ciudad por un destacamento de tropas realistas, los comuneros, animados por el espíritu varonil de aquella valiente amazona, se defendieron con la mayor intrepidez. Faltos de víveres, de municiones y recursos, se precipitaban en el campo de los sitiadores con todo el furor que infunde la desesperacion; vencedores en algunos pequeños encuentros repetian con doble esfuerzo estas sangrientas escenas, hasta que últimamente habiendo perdido en una de ellas mas de mil y seiscientos hombres, se vieron precisados á capitular. La mediacion del clero les alcanzó el perdón, y todos depusieron las armas, á escepcion de Doña María, que temiendo no conseguirle y no queriendo transigir con los autores de la muerte de su marido, se hizo fuerte en el alcázar, y jamás quiso rendirse. Los realistas la tuvieron mas de tres meses

bloqueada, asaltaron la fortaleza repetidas veces, y se apoderaron por fin de ella; pero Doña María les disputó á palmos el terreno, y solo cuando ya se halló sin esperanzas de vencer, se puso en fuga con un hijo suyo, y disfrazados de aldeanos se refugiaron en Portugal. Toledo quedó por este medio sosegado, y la venida del emperador y su clemencia acabaron de restablecer la tranquilidad en todo el reino.

No estaba ociosa en tanto la intriga estrangera, que al amparo de estas intestinas discordias pretendió sacar su parte de botín. Rival Francisco I, desde que subió al trono de Francia, de D. Carlos de España, cuya gloria y poder le hacian sombra, habia luchado con él frente á frente en la dieta germánica para arrebatarle la corona de emperador que anhelaba ceñir á sus sienas: vencido en la lid diplomática, creyó deber apelar á las armas; pero antes de empeñar una lucha, por tantos títulos temida, quiso tantear el terreno y echar mano de medios indirectos, que amenguasen el poder de D. Carlos y ocupasen la atencion de sus tropas. Para ello volvió á suscitar las ya olvidadas pretensiones de la casa de Albret al trono de Navarra, y protegiendo á Enrique, sucesor de ella, envió contra aquel reino un poderoso ejército francés, que penetró sin resistencia hasta el castillo de Pamplona, defendido valientemente por el bizarro D. Ignacio de Loyola, despues fundador de la compañía de Jesus. Luego que una bala de cañon puso á este valiente jóven en estado de

no poder pelear, abrió el castillo las puertas, y toda la Navarra quedó sujeta al vencedor en el año mil quinientos veintiuno; pero el ejército francés, en vez de fortificarse en Navarra como debiera, se introdujo en Castilla con objeto de dar auxilio á los mal contentos, y llegó hasta poner sitio á Logroño. Encontró sin embargo con lo que no esperaba, pues mientras esta ciudad se defendía bizarramente, le atacó con sus valerosas tropas la nobleza castellana, le derrotó en las Navas de Esquivos dejando mas de seis mil hombres tendidos en el campo, haciendo prisionero á su general, apoderándose de toda su artillería y bagages, y por último, le siguió el alcance hasta Pamplona, obligándole á repasar los Pirineos.

Habiendo vacado por este tiempo la silla de San Pedro por muerte de Leon X, el emperador D. Carlos, que deseaba dar á su preceptor Adriano una prueba de cuan satisfecho se hallaba de sus servicios, empleó todo su influjo para que recayese en él la elección del consistorio. Era sin duda el cardenal muy digno de esta elevación; pero no bastaba merecerla para conseguirla; y desde la cátedra de teología en la universidad de Lovaina hasta la cátedra de Roma no deja de haber una distancia inmensa. Sin embargo, el camino sino largo, fué bien brillante para Adriano. En el año mil quinientos veintitres se ciñó la tiara; y D. Carlos, que todo lo esperaba de un pontífice que se lo debía todo, pidió y obtuvo el derecho de presentar todos los

obispos de España, y la perpétua administracion de los maestrazgos de las órdenes militares. Pero la desgracia hizo que su pontificado fuese de muy corta duracion; Adriano murió á poco de cumplirse el año de su eleccion, llevando al sepulcro el hondo pesar de haber visto arrebatada por los infieles la isla de Rodas, á pesar de sus continuas oscitaciones á D. Carlos y á Francisco para que deponiendo su mútuo rencor acudiesen á combatir á los mahometanos.

Pero mal podian los reyes de España y Francia dar oídos á las dolorosas representaciones del Papa, cuando mas que nunca se hallaba encendida entre ellos la animosidad. Destruídos los planes de Francisco I en Navarra con las derrotas de Enrique D'Albret; vencidos los comuneros en Castilla; sujetos los agermanados de Valencia y acallados los alborotos de Mallorca, era de temer que en el seno de su reino, el que ya era Carlos V de Alemania y I de España, inténtase nuevas empresas á la sombra de la paz y ensanchase aun mas el ámbito de su colosal poder.

La conquista de Méjico llevada con tanta gloria á cabo por el intrépido Hernan Cortés con solos seiscientos tres hombres y diez y ocho caballos, cuya primer hazaña fué ocupar la isla de Tabasco defendida por cuarenta mil combatientes, habia abierto un nuevo germen de riqueza para llevar adelante los vastos planes del emperador.

Era Hernan Cortes natural de Medellin, en Estre-



**HERNAN CORTES.**

madura, donde nació en mil cuatrocientos ochenta y cinco; pasó á América en mil quinientos cuatro, y colocado por el gobernador de Cuba Diego Velazquez á la cabeza de una flota destinada á hacer nuevos descubrimientos, partió de Santiago al frente de las reducidas fuerzas que hemos dicho con las que avanzó hasta el golfo-megicano. Vencidos los indios de Tabasco, la conquista siguió adelante merced al denodado arrojo de aquel puñado de valientes y al atrevido golpe que dió el héroe que los mandaba, incendiando las naves que les habian conducido á las playas megicanas para hacer perder toda esperanza de salvarse si retrocedian.

La provincia de Tlascala subyugada se hizo aliada de los castellanos, y con su auxilio llegaron hasta la misma capital, donde entraron el dos de noviembre de mil quinientos diez y ocho; pero distraido Cortés de su empresa al saber la llegada á Veracruz de una escuadra, que bajo la direccion de Pánfilo Narvaez venia á quitarle el mando, hubo de acudir al mayor peligro, dejando á su amigo Alvarado en Méjico con ochenta españoles.

Vanos los esfuerzos todos de Cortés para convencer á Narvaez, hubo de decidirse á defender su autoridad á todo trance, y el resultado del combate fué apoderarse de las naves uniendo á las suyas las tropas que venian en su contra. Vencido ya este obstáculo volvió sobre Méjico, donde se hallaba en hartos apuros Alvarado; pero ni aun á él mismo le fué dado sostenerse

por entonces contra los reiterados ataques de los mejicanos, en uno de los que fué muerto su emperador Motezuma de una pedrada al asomarse á su palacio para aquietar al pueblo. De aquí tomó pretesto el enojado adalid para invadir de nuevo la capital, y despues de una obstinada resistencia se apoderó de ella haciendo prisionero al mismo Guatimocin, sucesor de Motezuma, quitándole al fin la vida al intentar la fuga por tercera vez.

Dueño ya de tan vasto imperio, solo pensó Hernan-Cortés en engrandecerle; y si bien prosiguió sus conquistas, no desatendió lo demás; derribó los falsos ídolos, edificó nuevos templos, estendió la religion cristiana, estableció gobernadores y tribunales de justicia, y organizada la administracion volvió á España para deponer sus laureles y conquistas á los pies del emperador. Pero siguiendo la desgraciada suerte de la mayor parte de los hombres grandes, que han descollado en nuestra triste patria, la envidia y la intriga le asediaron amargando su vida, y aunque honrado con el título de marqués y la donacion de la provincia de Guaxaca por su soberano, la frialdad estremada de este le alejó de la corte, muriendo á impulsos de su tristeza en dos de diciembre de mil quinientos cuatro.

Por los mismos años en que tan célebre hacia su nombre Hernan-Cortés, conquistaba tambien nuevas tierras para España el no menos célebre Francisco Pizarro, animado por el glorioso écsito que habia obtenido aquel. Nacido en Trujillo en mil cuatrocientos se-



FRAN<sup>co</sup> PIZARRO.

tenta y cinco, tuvo parte en la expedición de Vasco Núñez de Balboa en mil quinientos trece, y con las nociones en ella adquiridas le fué fácil explorar el país á donde intentaba dirigirse acompañado de Diego Almagro. Plenamente satisfecho acerca de la importancia de los descubrimientos que hizo durante los tres años de su viage de exploración, de mil quinientos veinte á mil quinientos veinte y siete, volvió á España y obtuvo de Carlos el título de virey de los países que habia descubierto. Con esto se dirigió á América y dió principio á la colosal empresa de apoderarse de ellos con doscientos cincuenta infantes y ochenta caballos.

Vencidos los peruanos por la superstición, que les representaba á los españoles como dioses, mas que por la fuerza de las armas en mil quinientos treinta y uno, se apoderó al siguiente año Pizarro del Inca Atahualpa, le condenó á muerte y se hizo dueño del Cuzco, concluyendo por dominar todo el Perú y fundando la ciudad de Lima en mil quinientos treinta y cinco. En vano intentaron los peruanos recuperar sus estados al mando de su nuevo emperador el Inca Manco-Capac, pues batidos completamente hubieron de retirarse á los Andes, quedando los españoles por pacíficos señores del vasto imperio del Perú.

Y sin embargo, la ambición de los gefes estuvo para ser causa de que se perdiesen tan ricas posesiones; malquistado Diego Almagro con el conquistador fué preso y condenado á muerte en mil quinientos treinta

y ocho, procediendo luego aquel á distribuir las tierras entre sus allegados; pero siendo este acto origen de nuevas reyertas, los descontentos hicieron causa común con el hijo de Almagro, no cesando hasta ver satisfecha su venganza con el asesinato de Pizarro, que perpetraron sorprendiéndole indefenso en su misma habitación en mil quinientos cuarenta y uno.

Engalanada con tan ricas joyas la ya resplandeciente corona de España no era extraño que la envidiaran los monarcas todos de Europa, y en particular el rey de Francia, perpétuo rival de D. Carlos. Aun cuando los sucesos que tan rápidamente dejamos descriptos tuvieron lugar paulatinamente, pues en su relato nos hemos adelantado algunos años á lo acaecido en España por no interrumpir la serie de los acontecimientos de aquellos apartados climas durante este reinado, no por eso dejaron desde un principio de ejercer notable influencia en los negocios de la Península.

Temeroso de ella Francisco I comprendió la necesidad de atajar de cualquier modo el libre vuelo del águila imperial, y prestándole ocasión para ello sus eternas pretensiones sobre el ducado de Milan, arrojó de él violentamente á Francisco Esforcia, puesto por el emperador.

No era el carácter de este á propósito para sufrir tal insulto, y ansioso de vengarle reunió un poderoso ejército al mando del marqués de Pescara y del duque de Borbon, el cual consiguió lanzar á los franceses de

todo el Milanesado, llegando el último á atravesar los Alpes y sitiá á Marsella; pero rechazado á su vez por el rey Francisco se vió obligado á repasarlos, siguiéndole siempre los franceses, que cayeron sobre Pavia, bloqueándola estrechamente.

Defendia esta plaza el esforzado capitán español Antonio de Leyva, que ya se habia distinguido en las guerras de Italia al lado del gran capitán, y á pesar de hallarse desprovisto de bastimentos hizo tan heróica resistencia durante tres meses, que dió lugar á que acudiendo refuerzos al campo de Lodi, donde se hallaba el ejército combinado, se decidiese al fin el marqués de Pescara con los demás gefes á atacar á los franceses en sus atrincheramientos, á pesar de la superioridad de su número y de la ventaja de las fortificaciones.

Con tal intento y despues de organizar sus haces emprendieron la marcha los españoles y el día cinco de enero de mil quinientos veinte y cinco dieron vista al campamento francés. Varios fueron los choques y escaramuzas que en aquellos días hubo, siendo en particular ventajosa al ejército combinado la sorpresa nocturna que con tanta pericia como arrojo llevó á cabo el de Pescara con harta pérdida del francés; pero apurados ya los recursos de los españoles, esaustos de dinero y vituallas, se decidió el aventurar una acción decisiva. De acuerdo en esto aprestáronse los soldados, cubriéndose los vestidos con camisas para distinguirse



ANTº DE LEYVA.

en la oscuridad, y en medio á la noche que precedió á la festividad de S. Matias, se puso en marcha el ejército firmemente decidido á morir ó vencer.

Al capitán Salcedo cupo en aquella ocasion la gloria de romper las hostilidades, pues habiéndose introducido con su compañía de españoles en el campo enemigo por el parque de Mirabel sin ser sentido, abrió camino al ejército, y al romper el día se hallaron los franceses con los contrarios, que no creían tan á su intermediación.

Desde entonces la refriega se empeñó por una y otra parte con el mayor ardor: la claridad del día apenas podia abrirse paso á través del humo de los proyectiles; sucedíanse las detonaciones, y el combate empeñado se sostenia con la mayor bravura por los unos, que peleaban en presencia y á las órdenes de su monarca, por los otros que guiados por esclarecidos generales estaban sedientos de gloria y animados por la desesperación. Solo en la caballería imperial se notaba alguna flaqueza y sebatian replegándose, cuando acudió Pescara con sus españoles é hizo retroceder á su vez á los franceses. Pero lo que decidió por último la acción fué el impensado ataque de los sitiados, que al mando del esforzado Leyva, que debió á esta jornada su bien merecida fama, hicieron una impetuosa salida contra los sitiadores cogiéndoles entre dos fuegos, y destrozando las tropas suizas de un modo tan completo que solo pensaron en buscar en la huida su salvación. Desde enton-

ces se pronunció la victoria por los españoles; Bonni-  
vet, que habia aconsejado al rey admitiese la batalla  
contra el dictámen de todos los capitanes, quiso lavar  
su imprevisión con una muerte gloriosa, y arrojándose  
en lo mas encarnizado de la pelea murió atravesado  
por cien heridas. El rey peleó con la mayor bravura,  
sosteniéndose solo despues de muertos los que le rodea-  
ban, pero derribado al fin del caballo fué hecho prisionero  
por un soldado llamado Urbietta, si bien entregó  
la espada al virey de Nápoles Lannoy, que le dió en  
cambio la suya. El mal llamado rey de Navarra cayó  
tambien prisionero con la mayor parte de los gefes, y  
la victoria fué tan completa, que el mismo Francisco I.  
al participarla á su madre la decia: *Todo se ha perdido,  
Señora, menos el honor.*

El resultado de este glorioso hecho de armas, en  
que perecieron diez mil franceses con la flor de la no-  
bleza, fué el lanzar á estos de toda Italia en quin-  
ce dias, quedando por dueño pacífico de ella el em-  
perador.

Estremeciósse la Península toda al ver esta conquis-  
ta, pues poseyendo Carlos á Nápoles, Sicilia, Cerdeña y  
el Milanésado, podia considerársele dueño de la ma-  
yor y mejor parte de la Europa, y teniendo en su po-  
der al rey de Francia, ya no quedaba quien le contra-  
restase, y podria sin dificultad apoderarse de ella ape-  
nas lo intentase. Por lo mismo, las potencias de Italia  
procuraron la libertad de Francisco aun por los me-

dios viles de la traición y de la fuga; pero la fidelidad  
de D. Pedro de Alarcon que le tenia bajo su custo-  
dia, hizo ilusorias todas sus tentativas. Entonces se cre-  
yó necesario transportar á España al ilustre prisionero;  
y desde Pizighitone, donde se hallaba detenido, fué  
conducido á Madrid con la consideración debida á su  
persona. Aquí le visitó el emperador con el mayor  
afecto, procuró consolarle en su desgracia; y por últi-  
mo, le concedió la libertad bajo ciertas condiciones,  
siendo la principal que habia de abandonar sus preten-  
siones á los estados de Milan, Génova, Nápoles, los  
Países bajos y Borgoña. Todas ellas fueron aceptadas  
por el rey prisionero en una solemne concordia firma-  
da en Madrid á catorce de Enero de mil quinientos  
veinte y seis, con la cláusula de que si en el espacio de  
seis meses no quedaban cumplidas, se restituiria volun-  
tariamente á la prisión aquel soberano, para lo que  
empeñó su fé y palabra real. A pesar de tan formales  
promesas no se llevó á efecto la observancia de aque-  
llos pactos; antes bien, negándose á ella el rey de Fran-  
cia, envió á Carlos V embajadores haciéndole propo-  
siciones muy diversas, y pretendiendo dar la ley al  
que se la habia antes impuesto.

Durante las negociaciones para el rescate de Fran-  
cisco, las potencias de Italia, que no pudiendo des-  
hechar el temor que les infundia el asombroso poder  
de Carlos V no habian conseguido tan poco la eva-  
sion de su ilustre competidor, tuvieron la poca delica-

deza de recurrir por segunda vez á medios igualmente viles para suscitarle enemigos. El marqués de Pescara, general de las armas imperiales, se hallaba al go descontento de Cárlos por ciertos desaires, y creyendo que no les seria difícil conseguir que abandonase los intereses del rey su amo, le hicieron indignas proposiciones para que convirtiese contra él sus armas, y aun llegaron hasta á ofrecerle la corona de Nápoles; pero aquel leal y honrado vasallo, no solo se negó á partido tan indecoroso, sino que dió parte á su soberano del inicuo designio, y los tentadores de la fidelidad de Pescara, viéndose descubiertos, hubieron de recurrir á otros arbitrios mas honrosos aunque no menos infructuosos.

Concertaron pues una liga que llamaron de la libertad de Italia, y por otro nombre Clementina, por ser Clemente VII su principal corifeo, en la cual ademas del pontífice, la república de Venecia y el mismo duque de Milan, á quien el emperador acababa de restablecer en la posesion de sus estados, entraron los franceses, los ingleses, los florentinos, y casi todos los príncipes italianos. El emperador hizo todo lo posible por separar á Clemente de la liga, le envió embajadores que le hiciesen conocer cuan imprudente y ageno de la cabeza de la iglesia era fomentar una nueva guerra entre príncipes cristianos, al mismo tiempo que el turco, insolente con las recientes conquistas de Egipto y Rodas amenazaba toda la cristiandad; pero úl-

timamente, viendo que eran infructuosos estos prudentes oficios, encargó el mando de sus valerosos tercios al duque de Borbon, condestable de Francia, que por desabrimientos con su corte se habia pasado al servicio del emperador y dado pruebas de esforzado guerrero en la batalla de Pavía y en otras empresas. Este animoso caudillo marchó derecho á Roma; resuelto á tomarla por asalto, hizo aplicar las escalas, subió al muro de los primeros, y murió en la accion. Sucedióle en el mando el príncipe de Orange; entraron en la ciudad sus tropas, la saquearon y destruyeron con indecible furia por espacio de siete dias, y despues de hacer una matanza horrible en los coligados, obligaron á Clemente á refugiarse en el castillo de San Angelo con algunos cardenales y otros parciales suyos. Allí le cercaron, le estrecharon por espacio de un mes, y por último el papa, falto de víveres de municiones y dinero, no tuvo mas recurso que rendir el castillo en junio de mil quinientos veinte y siete, con obligacion de satisfacer cuatrocientos mil ducados, de entregar á Civitavecchia, Parma, Plasencia, Módena y Tiferina, de no incomodar al emperador en los asuntos de Milan y de Nápoles, y finalmente de permanecer preso por espacio de seis meses, dentro de los cuales habian de quedar cumplidas estas condiciones. Sin embargo, solo estuvo en el castillo algunos dias, y luego se le permitió volver al Vaticano; pero una de las noches inmediatas al dia en que iba á cumplirse el plazo, huyó disfrazado

do á Orvieto, ciudad fuerte, guarnecida por tropas de la liga.

Demasiadas ofensas tenia recibidas D. Cárlos del Papa para haber podido dar oídos en esta ocasion á la voz de la animosidad, toda vez que tan feliz ocasion se le presentaba para ello; pero lejos de autorizar con su sancion los excesos y violencias á que sus tropas se habian entregado en la capital del mundo cristiano, le fueron tan sensibles, que cuando recibió la noticia mandó suspender los regocijos públicos con que en Valladolid se celebraba el nacimiento de su primogénito D. Felipe que acababa de dar á luz la emperatriz Doña Isabel, hermana del rey de Portugal don Juan III. Entretanto, con pretexto de poner en libertad al pontífice, envió Francisco I á Italia nuevo ejército, el cual logró al principio no pocas ventajas apoderándose con rapidez de Génova y Pavia, invadiendo el reino de Nápoles y poniendo sitio á la misma capital. Sus defensores eran muy pocos si bien estaban acaudillados por los mejores capitanes de aquel tiempo. D. Hugo de Moncada, D. Pedro de Alarcon, el príncipe de Orange, el marqués del Basto y otros varios. Sin embargo, la escuadra francesa, que al mando de Filipin Doria tenia bloqueado el puerto, deshizo casi enteramente la española. Moncada murió en la refriega con varios caudillos, otros fueron hechos prisioneros, y la guarnicion, sensiblemente disminuida, esperaba el asalto de un momento á otro, cuando

repentinamente se mudó la escena. Andrés Doria, célebre capitán de mar, que se hallaba al servicio de Francisco con un gran número de galeras propias, resentido por cierto desaire que recibió del general francés, y además lisongeadó con mas ventajoso partido por el príncipe de Orange, se pasó al servicio del emperador, mandó á Filipin, su sobrino, que separase sus galeras de las de su antiguo aliado, é introdujo en Nápoles un oportuno refuerzo de tropas, víveres y municiones. Este imprevisto acontecimiento, el prodigioso valor de los imperiales, y principalmente la pestilencial enfermedad que empezó á propagarse entre las tropas francesas, les obligaron á levantar el sitio, á retirarse, y á perder todo lo conquistado. En tales circunstancias, el papa que veia con dolor su corte dominada por extranjeros y su partido ya muy débil, y el rey de Francia, que ya empezaba á cansarse de lidiar desventajosamente con un competidor tan poderoso y tan afortunado, trataron de restituir á la Italia la quietud de que por tanto tiempo habia carecido, y pidieron la paz. El emperador prestó generosamente oídos á sus súplicas; y despues de haberse reconciliado con Clemente bajo condiciones decorosas, se convino tambien con Francisco I en Cambray, año de mil quinientos veinte y nueve, bajo los mismos artículos, si bien algo reformados, de la concordia hecha en Madrid, restituyendo al rey de Francia, mediante la suma de dos millones de escudos de oro, las personas del delfín y de

su hermano mayor, que habian sido entregados en rehén para la seguridad de aquel concierto. En esta paz fueron igualmente comprendidos el rey de Inglaterra y todos los príncipes y repúblicas de Italia menos Florencia, que al principio se negó obstinadamente á todo partido; pero que por último tuvo que ponerse en mano del vencedor. Carlos pasó luego á Bolonia, y allí recibió de mano del pontífice la corona imperial con la mayor solemnidad y pompa: tuvo bastante generosidad para olvidar la ingrátitud de Francisco Esforeia, y concederle nuevamente la investidura del ducado de Milan; y por último dió á los florentinos por Señor, con título de duque, á un sobrino del papa llamado Alejandro de Médicis, á quien casó con Margarita de Austria, su hija natural. De Italia pasó el emperador á Alemania, en donde hizo coronar rey de romanos á su hermano el infante D. Fernando, que ademas de poscer los estados hereditarios de la casa de Austria, reunia ya en su cabeza las coronas de Hungría y de Bohemia.

El emperador turco, Soliman, invadió por entonces estos dos reinos con un formidable ejército; pero Carlos V, al frente de sus tropas, le obligó á retirarse con gran pérdida y sonrojo; hazaña que no fué sin duda la menor de las suyas, tanto por las fuerzas que conducía el orgulloso enemigo, como por la gravedad de una empresa en que se trataba de la libertad ó de la destruccion de las potencias cristianas.

Volvió el emperador á España pasando por Italia;

y entretanto Haradin Barbaroja, atrevido pirata que hacia largo tiempo tenia infestadas las costas del Mediterráneo, despojó del reino de Tunez á Muley Hacén, feudatario de los reyes de Castilla. Imploró este el socorro de D. Carlos, quien recibéndole bajo su proteccion, se presentó delante de la Goleta con una armada de cuatrocientas velas. Tuvo que apoderarse á viva fuerza de esta fortaleza, casi inespugnable, que defendiendo la entrada del puerto de Tunez, y se hallaba bien pertrechada por Barbaroja; puso en fuga á la guarnicion, y resuelto á castigar al pirata, marchó derecho á la plaza sin arredrarle el asombroso número de defensores, que llegaba, segun dicen, á ciento cincuenta mil. Barbaroja le salió al encuentro en medio de aquellos abrasados arenales con noventa mil hombres, en la confianza de que el ardor del clima, la sed y la fatiga dejarian su cimitarra ociosa; pero los españoles por lo mismo le acometieron con mayor denuedo, y haciendo pedazos aquella muchedumbre, obligaron á su gefe á refugiarse dentro de los muros de Tunez. Corrido el africano al verse tan completamente deshecho por un puñado de gente, quiso tomar la infame venganza de mandar volar las mazmorras en que tenía encerrados mas de veinte mil cristianos; pero estos infelices, por un efecto de desesperacion, rompieron sus prisiones, y apoderándose de la fortaleza abrieron las puertas al ejército imperial, que despues de una matanza horrible entró vencedor en Tunez, año de mil

quinientos treinta y cinco. Barbaroja tuvo la fortuna de salvarse en Argel; y Cárlos, restituyendo generosamente á Muley Hacen la corona perdida, aseguró los mares contra los piratas, que al abrigo del fuerte de la Goleta cometian sus robos y depredaciones.

El carácter de D. Cárlos, ardiente, activo y belicoso, era sin duda el mas á propósito para las circunstancias en que ejerció su poderío. Casi todo su reinado fué una continua série de campañas; y aun cuando hubiese querido evitar algunas guerras no le hubiera sido muy fácil, envidiando su prosperidad tantos y tan poderosos enemigos. Murió el duque de Milan Francisco Esforcia, dejando en su testamento sus estados al emperador; y este fué un nuevo motivo para que su enconado rival, el rey de Francia, resucitase sus pretensiones al Milanésado, y volviese á inquietarle. Renovóse la guerra, y al principio no dejó de lograr Francisco I algunas ventajas en el Piamonte que habia invadido con numeroso ejército; pero el emperador por su parte, no solo reprimió el ímpetu de los franceses, sino que recobró las plazas ocupadas, se introdujo en la Provenza, conquistó algunos pueblos, y puso cerco á Marsella. En una palabra, la Francia parecia amenazada de un terrible golpe; pero el écsito desmintió las conjeturas. Marsella se defendió muy bien, y la epidémia que sobrecojió al ejército imperial le redujo bien pronto á menos de la mitad, obligando á Cárlos á levantar el sitio y replegarse á Niza. En el asalto de una torre inme-



**GARCILASO DE LA VEGA.**

diata á esta plaza, murió el célebre Garcilaso de la Vega, que despues de haber ilustrado con su pluma las musas castellanas, seguia la carrera de las armas, acreditando el valor que correspondia á su ilustre nacimiento; é indignado Cárlos por la desgraciada muerte de aquel dulce poeta y noble soldado, que le era tan querido y su especial favorito, mandó pasar á cuchillo á todos los que defendian la torre. Finalmente por mediacion de Paulo III, sucesor de Clemente, concertó Cárlos V en Niza una tregua de diez años solicitada por el rey de Francia; y se restituyó á España, quedando reconciliados á lo menos por el pronto ambos soberanos.

Dura y cruel hasta no mas fué la determinacion del emperador, respecto á los defensores de la torre de Marsella; pero fué tal la dolorosa impresion que causó en todo el ejército la muerte de Garcilaso, que no hubiera sido posible al mismo Cárlos contener en aquellos instantes la indignacion. Era Garcilaso de la Vega vástago de una de las mas nobles familias de Castilla, aliada con los Guzmanes; nacido en Toledo en mil quinientos tres, mostró desde sus mas tiernos años sus brillantes dotes para la poesía, que ilustró con sus obras. Dulce y apasionado su carácter, fuéronlo tambien sus eglogas, sus odas, idilios y elegias; pero no obstante esta predisposicion blanda de su ánimo al valor innato en su corazon, fué tan esforzado guerrero como buen vate. Habiendo obtenido por sus composiciones el dictado de *Petrarca Español*, sus hazañas ciñeron mas de

una vez á su frente el laurel de la victoria. Acompañó en todas sus expediciones al emperador, que le distinguía muy particularmente; tomó parte en todas las guerras de su reinado, distinguiéndose sobremanera en la jornada de Pavía, y víctima de su ardimiento sucumbió en mil quinientos treinta y seis ante los muros de Marsella.

Una lucha tan obstinada y continua no podía sostenerse sin crecidos dispendios, y agotado el erario fué preciso recurrir á nuevas imposiciones. Resistieronse algunos pueblos; pero Gante principalmente se negó con descaro á acudir á las públicas urgencias, y tomó las armas para sostener su negativa. Amenazaba una sublevación general en los Países Bajos, que clamaban por el emperador, y como en estas ocasiones nada importa tanto como la celeridad, para ir con mayor diligencia, Carlos, escesivamente confiado en la buena fé y honradez de Francisco I, pidió paso libre por Francia, que le fué concedido sin reparo. Francisco le recibió en París con las mayores muestras de afecto y cordialidad, le hospedó en su palacio mismo, y le trató con generosa magnificencia; y para colmo de su felicidad su presencia sola calmó las inquietudes de los Países Bajos.

A vista de tan generosa conducta hubiera creído cualquiera que la reconciliación de Francisco con Carlos era de las más sinceras y cordiales; pero como su renuncia al derecho que juzgaba tener al ducado de

Milan, solo había sido aparente, y jamás perdió ocasión de reiterar sus pretensiones, rompió la tregua apenas pasó un año bajo el especioso pretexto de vengar la muerte de dos embajadores suyos, que caminando á Constantiupla habían sido asesinados en Italia, cuyo atentado supuso provenia de secretas disposiciones del gobierno español. Carlos V acababa de sufrir entonces una fatal derrota en Argel, á cuya conquista había partido con una poderosa escuadra, de la que la mejor parte de los buques se perdieron por la violencia de una furiosa tempestad; y pareciéndole á Francisco oportuna ocasión de acometer á su enemigo, empezó las hostilidades por varios puntos á un mismo tiempo. El Piamonte, el Brabante, el Luxemburgo y el Rosellon, se vieron en un momento invadidos por otros tantos ejércitos aguerridos y numerosos. El Delfin sitió á Perpiñan con cuarenta y cuatro mil hombres; pero halló tal resistencia en esta plaza, que levantó el cerco. El duque de Orleans en el Luxemburgo y el de Cleves en el Brabante, lograron algunas ventajas aunque los imperiales consiguieron al cabo resarcir algunas de sus pérdidas, obligando al de Cleves á pedir partido. En el Piamonte hicieron los franceses más rápidos progresos, y ganaron cerca de Carignan una importante batalla; pero el emperador, aliado con el rey de Inglaterra Enrique VIII, penetró en Francia por la provincia de Lorena, y no hubo obstáculo que no fuese vencido por sus armas. Contra todo lo que se esperaba no llegó sin embargo á empeñarse una acción for-

mal y decisiva, porque superior en mucho el emperador por sus tropas, y mas que que todo por el prestigio que acompañaba á su nombre, influyó en Francisco I el natural temor de que París, á donde aquel se dirigió, cayera en su poder, y para evitarlo pidió la paz en mil quinientos cuarenta y cuatro renunciando de nuevo solemnemente todos sus derechos sobre los estados de Milan, Génova, Nápoles, Borgoña y los Países Bajos. Desde esta época se mantuvo tranquilo y durante su reinado no se volvió á alterar la paz.

Aprovechándose de esta coyuntura se dedicó el emperador á combatir de frente la herejía que, personificada en Lutero con sus numerosos sectarios, trabajaba la Alemania desde 1517. La persecucion y los anatemas de la iglesia nada habian podido conseguir para atajarla, y las víctimas que la potestad civil hizo, sirvieron solo para aumentar el entusiasmo y fanatismo de los luteranos, al amparo del elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse. Pero la importante victoria que consiguió sobre ellos D. Carlos, haciendo prisioneros á estos dos potentados, varió de tal modo el aspecto de las cosas públicas, que indudablemente se habria conseguido extinguir del todo la revolucion con la herejía, si la imponente actitud que tomó el nuevo rey de Francia Enrique II, que invadió la Lorena para proteger á los luteranos, estendiendo el azote de la guerra á los Países Bajos y el Milanésado, no le hubiesen obligado á acudir á contenerle.

La política aconsejó por entonces que cediese de su activa persecucion contra los protestantes, y aun el contemporizar con ellos para evitar que con su auxilio aumentasen las fuerzas del invasor. Asi que el emperador otorgó la libertad á los prisioneros, y corrió á sitiar la importante plaza de Metz, que habia caido en poder de los franceses; pero la desesperada resistencia de estos, y la peste que diezmoó el ejército imperial obligaron á levantar el sitio.

Las continuas guerras que en su avanzada edad se veia obligado á sostener y en las que ya no podía hacer como en otro tiempo el principal papel, y la muerte de su madre Doña Juana ocurrida en Tordesillas á once de abril de mil quinientos cincuenta y cinco, acabaron con la paciencia de D. Carlos, que desengañado de las cosas del mundo y fatigado por el peso de los negocios, la direccion de una tan vasta monarquía, y los continuos ataques de gota que tenian le postrado, se decidió á retirarse al claustro, renunciando la corona de España en su hijo Don Felipe, y la del imperio en su hermano D. Fernando, electo ya á la sazón rey de romanos, á principios de mil quinientos cincuenta y seis. Pocas semanas antes habia abdicado tambien en aquel, estando en Bruselas, los dominios de Flandes y Borgoña con toda solemnidad; pero dado ya este paso, creyó deber consumir su heroico desprendimiento, renunció todos sus bienes, estados y honores, no reservándose mas que una pensión de cien mil escudos, y despues de despedirse tiernamen-

te de su hijo se embarcó para España. El veintiocho de setiembre arribó á Laredo, de donde pasó á Burgos y Valladolid; en esta ciudad confirmó la abdicacion que habia hecho en Flandes, arregló todos sus asuntos, y se dirigió al monasterio de Gerónimos sito en Yuste, á siete leguas de Plasencia, en el que hizo una vida ejemplar y ascética hasta que falleció en veintiuno de setiembre de mil quinientos cincuenta y ocho.

Tenia á la sazón D. Carlos cerca de cincuenta y nueve años, y pocos reyes habrá que en tan dilatado reinado hayan adquirido mayor gloria y recojido mas amplia copia de laureles, que la conseguida por él.

Con todas las dotes que constituyen un gran monarca, fué uno de los príncipes mas eminentes que se han conocido en los fastos del mundo; y su nombre ocupará siempre uno de los primeros lugares en la historia, con los de tantos otros que ennoblecieron y dieron tanto prestigio á su reinado.

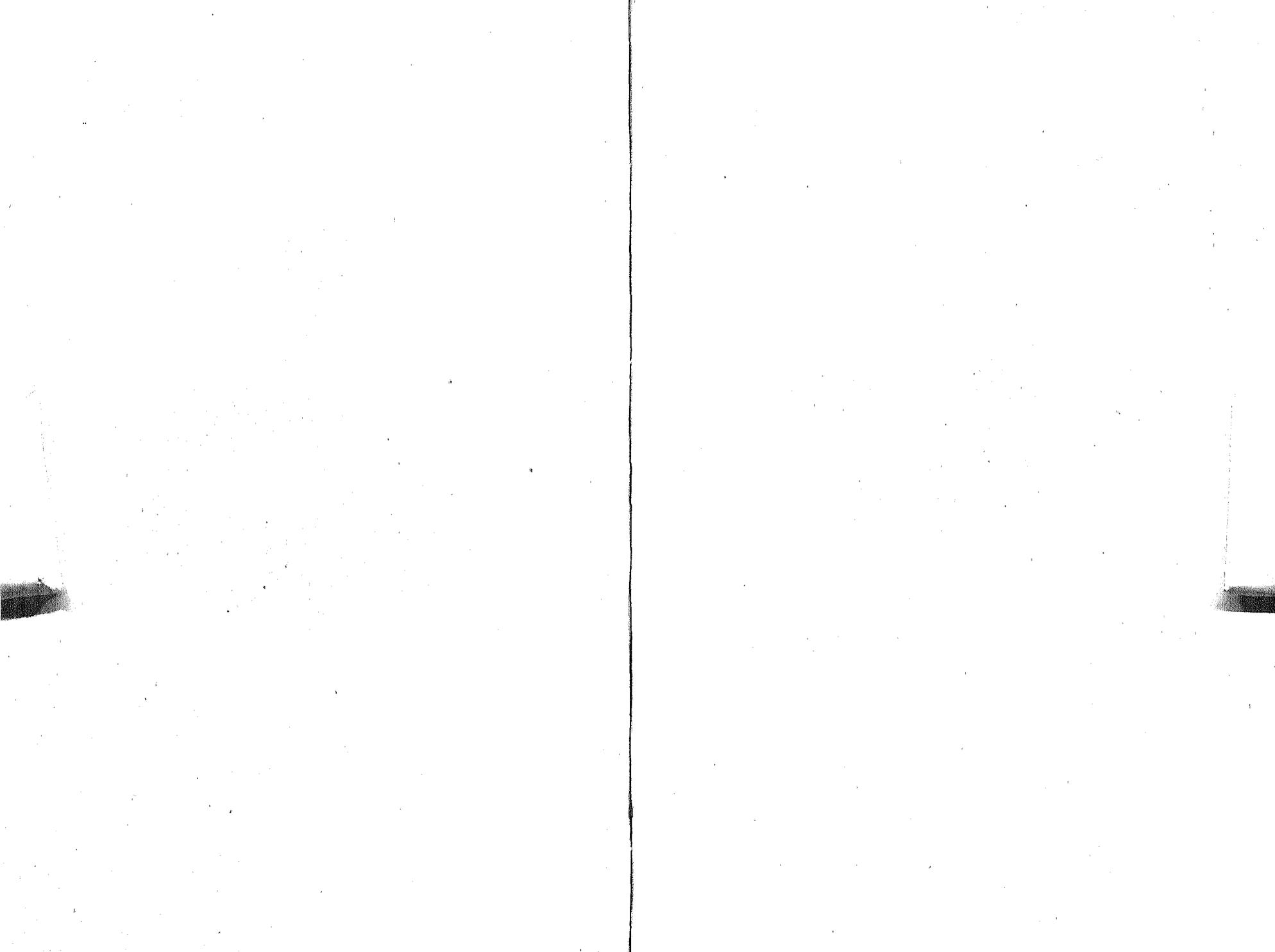
Porque no fueron solo los Cisneros, Padillas y Garcilasos, los Leivas, Hernan-Cortés y Pizarros los que adquirieron alto renombre bajo su imperio, el intrépido marqués de Pescara honor de las armas españolas; el célebre pintor Juan de Juanes, cuyo verdadero nombre fué Vicente Juan Macip, nacido en Valencia el año de mil quinientos veintitres, gefe de la escuela valenciana y digno émulo de Rafael de Urbino; el profundo y estudioso Antonio de Nebrija, natural de Lebrija, donde vió la luz primera en mil cuatrocientos cua-



JUAN DE JUANES.



**ANTONIO DE NEBRIJA.**



renta y cuatro, uno de los colaboradores de la Biblia Poliglota, catedrático en Alcalá y Salamanca, y autor de infinidad de obras notables, entre ellas sus diccionarios, gramáticas y decadas, interrumpidas solo por la muerte que le arrebató en mil quinientos veintidos; y por último el erudito filósofo Juan Luis de Vives, uno de los hombres mas sabios que ha producido la España, que nació en Valencia á principios del año 1492, discípulo de la universidad de Lovaina, profesor de la de Oxford, á donde fué llamado por el rey de Inglaterra Enrique VIII, que le confió la educacion de su hija única la princesa María, y que al fin fué á morir á Brujas en 1540, son otros tantos hombres que ilustran el reinado de Cárlos I de España, harto engrandecido de suyo por los altos hechos durante él consumados, y bastante notable para haber dado su nombre al siglo en que vivió.



JUAN LUIS VIVES.

**FELIPE II.**

---

Bajo tales auspicios y con tan gloriosos antecedentes que imitar empuñó el cetro de la mas vasta monarquía entonces conocida el rey Felipe II, que con los estados de su padre heredó tambien su espíritu guerrero y emprendedor. Pero sobrado de prudencia faltábale la magnanimidad y el arrojo de quien le habia dado el ser, cualidades que con envidia vió descollar en su hermano D. Juan de Austria, hijo bastardo de D. Carlos y querido de este tal vez con demasiada predileccion.

Habia dado muestras D. Felipe de su habilidad para el mando durante el tiempo en que, ausente su padre, habia gobernado la España; y si cauto y avisado se hubiese limitado á mantener los dominios adquiridos, en vez de intentar aumentarlos con otros nuevos, tal vez la monarquía española sería aun hoy lo que entonces era, y su reinado no habria adolecido de las intestinas revueltas, tristes sucesos y amargos sinsabores que le trabajaron con harta intensidad.



**FELIPE 2º**

Como quiera que sea, heredero de la guerra con la Francia, se inauguró su gobernacion con un hecho de armas, cuyo glorioso comentario se aprende en el día y se admirará aun por muchas generaciones en las páginas de piedra que contiene el suntuoso monumento del monasterio elevado en el Escorial.

Octava maravilla del mundo este magnífico templo, cuya construccion duró diez y nueve años, fué empezado en mil quinientos sesenta y tres por el arquitecto Juan Bautista de Toledo, natural de Madrid, y concluido en mil quinientos ochenta y dos por su discípulo el montañés Juan de Herrera que hizo inmortal su nombre (1) con él. Consagrado bajo la advocacion de S. Lorenzo, en cuya festividad fue librada la gloriosa accion que presidió á su construccion, ha eternizado la memoria de la victoria conseguida por las tropas españolas al mando del duque Manuel Filiberto de Saboya sobre el ejército francés, frente á los muros de San Quintin, plaza fuerte de la Picardía á las márgenes del rio Soma. Seis mil hombres tendidos en el campo, cincuenta y dos banderas, diez y ocho estandartes, toda la artillería y bagages, cuatro mil prisioneros, entre ellos el duque de Enghien, los de Montpensier y Lon-

---

(1) Nació este celebre arquitecto en el lugar de Movellan principado de Asturias y murió en Madrid en 1597. Dirigió casi toda la obra del Escorial, que denuncia su gran mérito, mejor que cuantos elogios pudieran hacerse de él.

gueville, el mariscal de S. Andres y el vizconde de Turana con otros caudillos, fueron los trofeos de esta memorable accion ganada en diez de agosto de mil quinientos cincuenta y siete. El rey, que desde Cambray acudió al instante al campo de batalla, estrechó entonces el sitio de S. Quintin, que al fin tomó por asalto. En memoria de estos acontecimientos hizo el voto de elevar al Dios de los ejércitos el templo mas suntuoso que fuera dable, y el monasterio del Escorial vino á atestiguar su piedad, su munificencia y el buen gusto que tenia, pues todo se hizo bajo su inmediata inspeccion.

Ya para entonces, y amagado el papa Paulo IV de verse aprisionado en Roma, á donde despues de haberse apoderado de Ostia y todo el pais que halló al paso llegó el duque de Alba D. Fernando Alvarez de Toledo, virey de Nápoles, habia demandado la paz, y estaba D. Felipe libre de tan poderoso enemigo. No halló por lo tanto quien interrumpiera la serie de sus triunfos; y posesionándose de las fuertes plazas de Chatelet, Ham y Noyon se dirijia sobre Paris, donde reinaba la consternacion y el espanto, cuando otorgó la paz que Enrique le demandó.

Pero desleal este monarca en sumo grado, correspondió á la generosidad de Felipe haciendo que sus tropas invadiesen de nuevo en mil quinientos cincuenta y ocho la Flandes, y se apoderasen de Dunquerque. Los tercios españoles no tardaron sin embargo en escarmentar de nuevo á los invasores, y la batalla de Grave-



**JUAN DE HERRERA.**

lingas, en que dejaron mas de dos mil hombres sobre el campo y tres mil prisioneros, convenció á Enrique de la superioridad de las tropas de Felipe, que sin duda constituian entonces la mejor infantería de Europa, y se decidió á pedir la paz. Ajustóse al fin por mediacion del legado del papa; y aun cuando las negociaciones se suspendieron por la muerte de la reina, se siguieron despues, firmándose por último el tratado de Cateau-Chambressis, cuyos primeros artículos eran la restitucion á España de las conquistas que tenia hechas desde mil quinientos cincuenta y uno del lado acá de los Alpes, que ascendian á ochenta y nueve plazas fortificadas en los Países Bajos é Italia, y el casamiento de D. Felipe con madama Isabel, hija de Enrique II, que por esto fue llamada de la Paz.

Este acontecimiento proporcionó á D. Felipe ocasion para pasar á España, como lo efectuó, dejando por gobernadora de los estados flamencos á su hermana Margarita, archiduquesa de Parma é hija natural de Carlos V. Dotada de singular talento esta princesa, no tuvo sin embargo el suficiente para gobernar aquellas inquietas provincias con el necesario tacto, y la rivalidad del príncipe de Orange y de los duques de Horn y Egmont, que aspiraban á aquel cargo, la suscitaron otras sobre las anteriores dificultades.

El rigorismo que se desplegó en la persecucion de los luteranos, la cobranza de la décima que se empezó á llevar á efecto y el establecimiento de la inquisicion,

fueron otros tantos motivos de descontento, que al abrigo de la confederacion que formaron cuatrocientos de los principales nobles, estalló al fin en rebelion abierta, que fué imposible contener.

Las reclamaciones de la gobernadora no fueron escuchadas por Felipe con toda la atencion que se merecian, y se limitó á enviar á Flandes un refuerzo de tropas al mando del duque de Alba, á quien dió plenos poderes para sujetar la insurreccion. Pero el inusitado rigor que desplegó este caudillo contra los protestantes, haciendo conducir al patíbulo centenares de víctimas, de las que fueron las primeras los desgraciados condes de Horn y de Egmont degollados públicamente en Bruselas, escaltó de tal modo los ánimos, que lo que era cuestion de partido se hizo ya causa nacional, y no hubo un flamenco que no acudiese á las armas para sacudir un yugo tan opresor. La archiduquesa, que desaprobaba estas medidas, pidió y obtuvo su retiro, y el de Alba quedó solo para combatir la rebelion. Pero la fortuna no favoreció estos desesperados esfuerzos del patriotismo y la nacionalidad. En vano fué que el príncipe de Orange acudiese con un poderoso ejército de cincuenta y un mil hombres, que le suministraron la Francia y la Inglaterra.

Invadiendo con él por dos puntos los Países Bajos, el de Alba se vió harto apurado por la escasez de tropas y el mal sentido en que se hallaba el país por las ejecuciones diariamente ordenadas por el consejo, que

los naturales llamaban de *Sangre*, instituido para juzgar á los rebeldes. Pero no desfalleciendo su ánimo, acudió primero á la Frisia donde Luis de Nassau acababa de obtener una victoria sobre la vanguardia española, y alcanzándole cerca de Gemnisen le atacó con tanta furia, que ni aun lugar le dió para la defensa. La derrota fué completa, y de los quince mil hombres que mandaba, apenas se escaparon tres mil y estos en dispersion completa, de la esterminadora espada del bravo capitán español y sus aguerridos tercios.

Lo que consiguieron las armas contra este ejército lo alcanzó la estrategia respecto al cuerpo de treinta y seis mil hombres que el mismo príncipe de Orange se encargó de dirigir. Sabiendo el de Alba que estas tropas carecian de viveros y pagas, creyó debía dedicarse á privarles de toda comunicacion y auxilio para reducir las á la nulidad. Con este objeto organizó varios campos volantes, que siempre iban al alcance del enemigo; sin dejarle sosegar en parte alguna, le atacaban en los pasos difíciles y al vadear los rios, atajaban cuantos socorros se le dirijian, y persiguiéndole continuamente por todo el Brabante, el Namur y el Henao, forzaron al fin al príncipe á volverse á Francia solo con algunos gefes, despues de haberse desbandado, perdido ó desertado casi toda su lucida tropa.

Obtenido tan brillante resultado no le fué difícil al duque sujetar todas las provincias rebeladas, escepto las de Holanda y Zelanda en que imperaba el de Oran-

ge como príncipe soberano. Preciso era por lo tanto subyugarlas, pues que en ellas habia de permanecer siempre viva la rebelion; pero como su ejército, harto escaso de suyo, se habia amenguado mucho en las operaciones militares con tanta gloria consumadas, necesitaba á toda costa el refuerzo de una escuadra respetable, y dinero para pagar las tropas. La envidia palaciega cerró á sus multiplicadas representaciones el acceso hasta el soberano, que por otra parte estaba persuadido de que el carácter inflexible del duque no era el mas á propósito para procurar la paz; y justamente resentido el amor propio del puudonoroso general hizo su dimision, que le fué admitida, mandándose por la Corte para que le sustituyeran á D. Luis de Zúñiga y Requesens y al príncipe D. Juan de Austria, que empeoraron notablemente la situacion.

Queriendo conseguir por medio de la bondad y clemencia lo que por el rigor no habia podido lograr su ilustre antecesor, usaron de tanta benignidad para con los revoltosos, que estos tomaron alas traduciendo por temor lo que solo era política. Su energia se escitó con la falta de resistencia, y cuando los gobernadores trataron de variar de sistema, ya estaba en poder de los sublevados la mayor parte de los Países Bajos, que sacudiendo el yugo español se erigió en república libre é independiente.

Dos solas provincias, de las diez y siete de que se componia Flandes permanecian fieles cuando se encargó

el mando al Archiduque de Parma Alejandro Farnesio, el que adunando la política con el vigor, la piedad con la mas severa justicia, consiguió tan señalados triunfos, que en poco tiempo redujo á la obediencia siete provincias esparciendo el temor en la Holanda. Los admirables hechos de valor que bajo el mando de tan ilustre caudillo llevaron á cabo los esforzados tercios españoles, á pesar del hambre, la desnudez y las privaciones de todo género que experimentaban, fueron entonces y serán siempre la admiracion de toda Europa.

Seguro es que insiguiendo la comenzada empresa se hubiese al fin logrado sofocar completamente la rebelion y subyugar á los turbulentos flamencos, si por un efecto incomprensible de su carácter no hubiese mirado D. Felipe con la mayor indiferencia la suerte de aquellos estados, escusándose de mandar oportunamente las tropas y mantenimientos que repetidamente se le pedian.

Mucha parte, en verdad, tuvieron para esta apatía los importantes sucesos que se agolparon y llamaron por varios lados su atencion. La guerra contra los moriscos ó cristianos recién-convertidos, que estalló en mil quinientos sesenta y ocho, acaudillada y dirigida por D. Fernando de Valor, elegido rey de Córdoba y Granada bajo el nombre de Aben-Humeya, escigió notable energia y no pequeños esfuerzos. Parapetados los rebeldes en la fragosidad de las Alpujarras, animados por el fanatismo y el resentimiento, fa-

vorecidos por sus coreligionarios, y prevalidos del tiránico edicto que contra ellos se había publicado preceptuándoles abandonasen sus trages, su lengua y antiguas costumbres, menester fué dirigir contra ellos fuerzas muy superiores, y aun así se defendieron tenazmente cerca de tres años contra el marqués de Mondejar, hasta que al fin sucumbieron al esfuerzo de D. Juan de Austria, después de una obstinada lucha, siendo desterrados los principales y diseminados los demás á largas distancias en los pueblos de la Península.

Más larga, aunque no menos gloriosa, fué la guerra contra los turcos, que reclamaba también todo el cuidado del monarca español. Enorgullecido el emperador otomano con su colosal poder y el buen éxito con que sus tropas habían saqueado en mil quinientos cincuenta y ocho la isla de Menorca, tomando por asalto la ciudadela, y apoderándose de la isla de Gerbes el gobernador de Trípoli Dragut el pirata, se atrevió á sitiar las plazas de Oran y Mazarquivir, después de haber ahuyentado la escuadrilla castellana que las defendía con pérdida de gente y de galeras. La guarnición de ambos puntos se defendió sin embargo con el más heroico arrojo y los turcos hubieron de retirarse vergonzosamente.

No fué menor la derrota que experimentaron en el año siguiente de mil quinientos sesenta y cuatro. Sitiada la formidable fortaleza del Peñon de los Velez de Gomera por las tropas de D. Felipe al mando de los ilustres generales D. Alvaro de Bazan, marques de San.



**D. JUAN DE AUSTRIA.**

ta Cruz y D. Sancho Martinez de Leyva tuvo al fin que rendirse à discrecion. Selim, que supo con el mayor despecho esta nueva, creyó vengarse atacando de improviso la isla de Malta; pero allí fue tambien batido por los tercios españoles con pérdida crecida de hombres y armamento.

Desengañóse al fin el turco bien á su costa de la imposibilidad de vencer al castellano, y dirigió sus fuerzas contra los venecianos, que poseian la isla de Chipre, empezando por apoderarse en ella de Nicosia, y Famagusta. Pero la república hizo liga con el papa Pio V y D. Felipe para contener la preponderancia adquirida por los turcos, y esta liga fué causa de uno de los hechos mas gloriosos, de las mas señaladas victorias que recuerda la historia de las naciones.

Corria el año de mil quinientos setenta y uno, y reuniendo los coligados todos sus esfuerzos, se habia aprestado en Mesina una armada de doscientos buques, cuyo mando se dió por fortuna de comun acuerdo al esforzado D. Juan de Austria. Con tan brillante escuadra, inferior sin embargo á la mahometana que contaba mas de trescientas velas, se dirigió D. Juan en busca de Selim, y habiéndole alcanzado en el golfo de Corinto ó de Lepanto, á las inmediaciones de la isla de Cefalonia, cayó sobre él con tan desesperado arrojo, que á pesar de la obstinada defensa que hicieron los turcos y de la inmensa superioridad de sus fuerzas, los destrozó y batió tan completamente, que mas de dos-

cientas galeras les fueron apresadas ó echadas á pique, perdieron sobre veinte y cinco mil hombres, y se rescataron mas de quince mil cristianos cautivos que iban sujetos al remo.

En esta memorable accion perdió la mano izquierda el no menos memorable autor del Quijote, el inmortal Miguel de Cervantes Saavedra, que peleaba como simple soldado en la misma nave capitana y al lado de D. Juan.

Tan menospreciado y desconocido este ingenio por sus contemporáneos, como admirado ha sido despues, pues apenas habrá otro hombre á quien la posteridad haya rendido un culto menos exento de envidia y mas universal, habia nacido en la ciudad de Alcalá de Henares el año de mil quinientos cuarenta y siete. Habiendo sido hecho prisionero en el de sesenta y cuatro por un corsario argelino permaneció cinco años en su cautividad, y despues de haber escrito su Quijote, el Persiles, las novelas y otras obras harto bien conocidas, falleció en la mayor miseria en una pobre casa de Madrid el veintitres de abril de mil seiscientos diez y seis.

Aunque poco aprovechada la victoria de Lepanto por las desavenencias de los confederados, que obligaron á D. Juan á volver á Mesina, no por eso cedió este del empeño que habia formado de abatir el poder de la media luna. Su mismo hermano le eclaba y escaseaba los ausilios; pero superior á todo el generoso Don Juan resolvió buscar los recursos que necesitaba en el



**CERVANTES.**

pais enemigo, y dirigiéndose al frente de una poderosa escuadra contra Tunez en mil quinientos setenta y tres, se apoderó de la Goleta y de la ciudad despues, estendiendo su dominio hasta Biserta, que se le entregó voluntariamente.

Comprendió D. Juan toda la importancia de estas conquistas, y para conservarlas mandó construir un castillo entre la Goleta y Tunez, dejando la guarnicion de ellas al mando del intrépido capitan D. Pedro Portocarrero; pero los beyes de Argel y Tripolí no dieron lugar á que se completara la defensa, y atacando el siguiente año ambos puntos, consiguieron al fin apoderarse de Tunez, despues de un mes de continua pelea, cuando la guarnicion se halló reducida solo á treinta españoles, que con Portocarrero á la cabeza disputaron á palmos el terreno entre los escombros de la derruida fortificacion.

Habia sido enviado D. Juan por entonces á gobernar los Países Bajos, segun ya hemos apuntado, y se dejó sin venganza este revés que él no hubiera tolerado. En cambio y despues de haber apurado las medidas de clemencia y contemporizacion, tomó D. Juan una actitud imponente, y auxiliado por el archiduque Alejandro Farnesio, que acudió con un refuerzo de tropas, atacó á los rebeldes, que habian proclamado su independencia, en la llanura de Gemblours, donde los derrotó completamente, reduciendo despues en poco tiempo á Lovaina, Sichem, Nivelles y otras muchas ciudades del Brabante y del Hainault.

Pasaban estas cosas á principios de mil quinientos setenta y ocho: todo presagiaba un éxito feliz de la campaña bajo tan favorables auspicios empezada y dirigida por generales tan entendidos como Farnesio y D. Juan; pero habiéndose rehecho los insurgentes al amparo de los ausilios y tropas que les llegaron de Inglaterra, y ganado una pequeña accion, D. Juan, que se habia retirado bajo el cañon de Namur, aguardando los refuerzos que con toda urgencia habia enviado á pedir á su hermano por medio de su secretario Escobedo, fué atacado de una violenta enfermedad que le condujo en pocas horas al sepulcro.

Digno hijo este esforzado jóven del gran Carlos I, se hallaba adornado de cuantas brillantes dotes resaltaban en su padre todavia en grado mayor. Sus altos hechos y la elevacion de su carácter habian desde un principio hecho germinar en el corazon de D. Felipe la pasion de la envidia, que hábiles cortesanos supieron esplotar en contra de su hermano. Y como en lugar de mandarle los ausilios que desde Flandes reclamaba, se habia hecho asesinar á su secretario Juan de Escobedo que vino á ecsigirlos, crimen que la voz pública achacó al rey, si bien este persiguió á su favorito Antonio Perez como autor de este atentado, corrió el rumor, algo acreditado, de que el príncipe D. Juan habia sido envenenado de su órden por temores que le inspiraban su fortuna, su influencia y poder.

Como quiera que fuese, D. Juan murió casi repen-

tinamente; y á la edad de treinta años que á la sazón tenía, pues habia nacido en Ratisbona en mil quinientos cuarenta y siete, habia rivalizado, sino eclipsado ya, la gloria de los capitanes mas célebres.

Alejandro Farnesio quedó entonces al frente de Flandes y ya hemos mencionado rápidamente el resultado feliz de sus actos, atajados por la falta de recursos; pero estos se hallaban empleados por D. Felipe en la guerra aun no acabada contra los turcos, y en la que se habia suscitado por la muerte de D. Sebastian, rey de Portugal, seguida de la del cardenal Enrique que le habia sucedido en el trono.

Disputábanse esta monarquía el rey de España, la duquesa de Braganza, el duque de Saboya, el Prior de Ocráto, Catalina de Médicis, y el papa Gregorio XIII; pero habiendo quedado solos en la liza Felipe II y el Prior, á quien los portugueses habian aclamado rey, á pesar de ser hijo ilegítimo del infante D. Luis de Portugal, tuvieron que acudir á las armas.

La justicia y el derecho estaban sin disputa por parte de D. Felipe, cuya madre era hermana mayor del último rey D. Sebastian, porque la línea masculina habia acabado en el cardenal Enrique; pero celosas Francia é Inglaterra del engrandecimiento de la España dispensaron toda su proteccion al Prior y la guerra hubo de decidir la cuestion.

D. Felipe necesitaba un general que condujese sus tropas á la victoria; su hermano habia muerto, Farnesio

sio estaba en Flandes, y aun cuando tenia otros muchos capitanes de quien echar mano, fijóse su eleccion en el duque de Alba, quien estaba por su orden confinado en Uceda.

Entre la noble confianza del monarca que no dudó elegir á un súbdito agraviado, y la grandeza de este que olvidando sus agravios acudió á servir á su rey tan pronto como fué llamado, es dudoso que debe admirarse mas. El écsito vino á confirmar lo acertado de la conducta de ambos, y dos batallas campales, dada la una frente á Alcantara y á orillas del Duero la otra, y una naval ganada por el marqués de Santa Cruz junto á las islas Azores, únicas que se resistian á prestar la obediencia, batallas en que siempre fué vencido y derrotado el Prior de Ocráto, bastaron á decidir la suerte de Portugal y sus estados de Ultramar, que hubieron de sucumbir al poder español.

Pasó D. Felipe á tomar posesion de este reino en mil quinientos ochenta y uno; y proclamado rey en todas partes, concedió un perdon general y confirmó los privilegios de los portugueses. Pero viendo cuan imposible le era captarse el cariño de los habitantes, que no podian perdonarle ni olvidar su humillacion, y habiendo experimentado el pesar de la muerte del duque de Alba, ocurrida en Lisboa á principios del siguiente año, nombró virey de Portugal á su sobrino el archiduque cardenal Alberto y regresó á España.

Con la muerte del duque perdió el rey el mas



**EL GRAN DUQUE DE ALBA.**

ilustre de sus generales y la España uno de los hijos que la dieran mas honor. En la edad de setenta y cuatro años, que á la sazón tenia D. Fernando Alvarez de Toledo, no habia cesado de prestar eminentes servicios á su patria. General ya de las armas en mil quinientos treinta y ocho sus brillantes hechos de armas le adquirieron el nombre de *grande* que le ha confirmado la posteridad. Hábil político y consumado general, su fama irradiaria entre las de los mas célebres hombres conocidos, si la estremada crueldad que empleó para sujetar á los flamencos, mal aconsejado por su favorito y confidente Juan de Vargas, no empañara en cierto modo la auréola de gloria que le rodeaba, y que brilló mas que nunca en sus últimos años conquistando á viva fuerza el Portugal.

La pérdida de este grande hombre parece fué la señal de nuevos desastres para D. Felipe. Sus tropas hasta entonces victoriosas donde quiera, empezaron á experimentar en el mar tan considerables reveses, que hubiesen abatido á otro hombre menos animoso que el monarca de España.

La abierta proteccion que Isabel, reina de Inglaterra, habia dado á los rebeldes de Flandes, enviando en su auxilio un humeroso ejército al mando de su favorito Leicester, y las piraterias á que los cosarios ingleses se entregaban en las colonias españolas bajo la direccion del feroz Drake, ecsijian una pronta venganza. Para obtenerla se equipó en Lisboa á principios del

año ochenta y ocho una formidable armada, compuesta de ciento treinta buques de alto bordo y veinte mil hombres de desembarco, con la que nada menos pretendia Felipe que la conquista de Inglaterra. La magnitud de los bageles y el ejército que en ellos iba hizo dar á esta armada el nombre de la *invencible*. La empresa parecia segura, atendido el descontento que habia en Escocia por el suplicio de la reina María Estuardo y en los católicos ingleses por la tiranía de los protestantes; pero como si la suerte se hubiese encargado de burlar tan atrevidos planes, la escuadra, que por muerte del marqués de Santa Cruz iba al mando del duque de Medinasidonia, esperimentó uno tras otro hasta tres recios temporales que destruyeron la mayor parte de los buques, facilitaron la presa de algunos por los enemigos despues de un obstinado combate, y vino á sufrir cuarta tempestad en las costas de Escocia, desde donde los pocos navíos que escaparon hubieron de retirarse desarbolados y dispersos á los puertos de España.

Admirable fué entonces la resignacion con que D. Felipe, al saber tan lamentable nueva contestó: «*Yo no envié mis buques á combatir con las tempestades, sino con los ingleses.*»

Enorgullecida Isabel con esta ventaja, debida á una desgraciada casualidad, y creyendo ya seguro su triunfo, mandó á Drake con setenta buques para apoderarse de los puertos de Galicia y Portugal. Empezó este sanguinario pirata por desembarcar en la Coruña y

habiendo tomado el arrabal de la pescaderia, asaltó la plaza; pero defendida esta con héroico esfuerzo por todos los habitantes sin distincion de edad ni sexo, fueron rechazados los ingleses con una pérdida enorme, dirigiéndose á Lisboa, donde tuvieron otro descalabro de consideracion sin conseguir su intento.

Fué en este asalto contra la Coruña donde una muger del pueblo llamada Mayor Fernandez de Pita, que peleaba al lado de su marido, llena de furor al verle caer muerto de una lanzada, cogió el arma homicida y arremetiendo con ella á un alfez inglés, que habia ya subido á la muralla enarbolando la bandera, le derribó sin vida y le arrancó la enseña, que pisoteó insultando á los que retrocedian ante su indomable valor.

En tanto seguía la guerra mas activa que nunca en los estados de Flandes, donde los tercios españoles al mando de Farnesio conseguian señalados triunfos é iban dominando la rebelion; pero como al mismo tiempo, y por haber sido asesinado el rey de Francia Enrique III y profesar su heredero Enrique de Navarra la religion protestante, habia aclamado la liga por su protector á Felipe II (1590), dió este orden al duque Alejandro para que acudiese á Francia con sus tropas, quedando paralizadas las operaciones en los Países Bajos.

Obedeció el de Parma, y habiendo obligado á Enrique á levantar el sitio de Paris y tomando á Corveille

acudió al socorro de Rouen, bloqueada por el de Navarra con treinta mil hombres, entró en ella triunfante, y se retiró á Flandes, donde falleció en medio á los preparativos que hacia para volver á ausiliar la liga privando á D. Felipe de el último de los tres grandes generales que habia tenido; D. Juan de Austria, el duque de Alba, y el de Parma Alejandro Farnesio, cuyos nombres serán siempre un monumento de gloria para el pais que los contó entre sus defensores.

Por este tiempo el secretario Antonio Perez, que se hallaba preso desde el asesinato de Escobedo por achacársele este delito, quebrantó los hierros que le sujetaban con el ausilio de su muger Doña Juana Coello y se acojó á Zaragoza, de donde era natural, reclamando en su favor los fueros y privilegios de Aragon. Esta accion, que aumentó aun mas el resentimiento del monarca demasiado escitado ya, segun unos por celos que de él tenia en sus amores con la princesa viuda de Eboli, y segun otros por la infidelidad de Perez que habia descubierto el secreto de las cifras con que seguia la correspondencia D. Felipe, fué causa de un levantamiento general en aquel reino.

Hizo el rey que se acusase á Antonio Perez de heresia, en cuyo concepto fué reclamado por la inquisicion, que se apoderó del reo; pero el pueblo de Zaragoza, á quien se hizo ver se quebrantaban los fueros del reino en el modo de proceder contra uno de sus hijos, se sublevó en masa guiado por el Justicia mayor

D. Juan de Lanuza, forzó la cárcel inquisitorial y salvando á Perez le facilitó medios para que huyese á Francia, donde pobre y desvalido acabó mas adelante sus dias, si bien pudo sostenerse hasta el último momento utilizando sus talentos.

Mas una vez lanzado el pueblo en la senda que habia emprendido en defensa de sus fueros, que se dijo iban á arrebatárseles, no fué dado contener su ímpetu: El rey vivamente ofendido del desman á que los zaragozanos se arrojaran arrebatando á Perez de sus manos, envió contra ellos un cuerpo de doce mil hombres al mando de D. Alonso de Vargas, que no tuvo dificultad en vencer á la poco aguerrida hueste, con que quiso oponérsele Lanuza, desbaratándola completamente y entrando en la capital á cumplir la justicia del rey.

Primer víctima de estas conmociones el justicia mayor Lanuza, que se habia retirado á Epila, cayó en poder de las tropas reales; y por orden espresa del rey fué públicamente degollado sin preceder fallo judicial ni formacion de causa, confiscados sus bienes y arrasada la casa en que habitó. Así espiró desastradamente el noble D. Juan de Lanuza en la flor de su edad, pues solo tenia veinte y seis años, ahogándose en su sangre las libertades y fueros de que hasta entonces habia estado en pleno goce su pais, y estinguiéndose la elevada magistratura que ocupaba, ante la que tan solemne juramento prestarán los reyes al ocupar el trono y ser jurados por las cortes de Aragon. La autoridad



LANUZA.

real quedó asentada bajo el mismo pie que se hallaba en Castilla, y las levas llamaradas que dió aun el partido defensor de los fueros se apagaron con el suplicio de los que le acaudillaban con desesperado valor.

Vencidas de este modo las conmociones interiores, que tuvieron lugar durante todo el año de mil quinientos noventa y dos, pudo Felipe fijar mas detenidamente su atencion en el exterior. Seguia en Francia la guerra entre el de Navarra y la Liga, y aprovechándose de ella intentó Felipe conseguir la abolicion de la ley sálica para colocar la corona en las sienes de su hija Doña Isabel; pero habiendo adjurado Enrique públicamente el calvinismo, cesó todo pretesto para oponerse á su legitimo derecho, y fué reconocido y aclamado rey de Francia, con lo que se anonadaron las esperanzas que el español habia llegado á concebir.

Resultado natural de este órden de cosas fué el que Enrique declarase formalmente la guerra á España, eligiendo por campo de batalla los turbulentos estados de Flandes, donde las ventajas obtenidas por una y otra parte durante dos años se equilibraron aun mas en el de noventa y seis con la toma de Fere por los franceses, y la de Calais y Ardrés por los castellanos.

Mas coligadas á la sazón Francia, Holanda é Inglaterra, se dirigió en junio de este año una expedicion contra Cadiz, compuesta de ciento cincuenta buques

ingleses y veinte y cuatro holandeses al mando del conde de Essex, y desembarcando sus tropas se apoderó de la ciudad y la saqueó completamente llevándose un inmenso botin. Durante la accion, y cuando ya la victoria se declaraba por los ingleses, hizo el duque de Medinasidonia pegar fuego á los buques mercantes que habia en el puerto para que no se aprovechase el enemigo de ellos y sus riquezas, de modo que la pérdida esperimentada en este fatal lance ascendió para la España á mas de doscientos veinte millones.

Pero Felipe no desmayó á pesar de todo, y deseoso de vengarse hizo armar en el Ferrol una escuadra de ochenta naves, que dirigió á las costas de Irlanda á mediados de noviembre con tan desgraciada suerte, que asaltada de una furiosa borrasca, mas de la mitad de los buques se anegaron con toda la tripulacion, salvándose el resto llenos de averias y á fuerza de constancia y serenidad.

Tan repetidos reveses no pudieron menos de hacer honda mella en D. Felipe, agravado ya por sus continuas dolencias y los sinsabores domésticos que le acosaban, pues uno tras otro habia visto morir todos sus hijos, quedándole de sus cuatro matrimonios solo el principe de su nombre que le heredó y la infanta Doña Isabel. La toma de Amiens por el célebre Hernando Tello Portocarrero, gobernador de Dourlens, espació algo su ánimo; pero como volvieron á reconquistar la los franceses con pérdida del valiente capitan que la

habia ganado y defendido hasta su último suspiro, conoció cuan necesario y político seria el asentar la paz antes de que le arrebatase la muerte, para no legar á su hijo, jóven de veinte años, una guerra sangrienta y de que ningun fruto se podia sacar.

Entablaróse al efecto negociaciones, durante las que cedió D. Felipe el condado de Borgoña y los estados de Flandes, que aun le pertenecian, á su hija Doña Isabel casada con el Archiduque Alberto, y con posteridad se firmó en Vervins al tratado de paz ajustado con la Francia, en virtud del cual se devolvieron mutuamente las plazas conquistadas.

Tranquilo ya por esta parte el rey, fueron acreciéndose sus padecimientos físicos, y contra el dictámen de los facultativos se hizo trasladar al Escorial, diciendo que queria ser conducido vivo á su sepulcro. Allí se alojó en una celda, desde donde veia la iglesia y altar mayor, y cuyos muebles eran de los mas pobres: atacado de violentos dolores, lleno de llagas su cuerpo y en medio á su acerbo padecer no se le oia cesar un quejido; dedicóse á una vida de penitencia y austeridad sin igual en aquella reclusion; perdonó á infinidad de delincuentes, dió libertad á sus enemigos, devolvió los bienes confiscados á varias familias, entre ellas la de Antonio Perez, y cuando vió llegar la muerte, que aguardaba con rostro sereno, llamó á su hijo á quien dió los mas sanos consejos, espirando despues tranquilamente, como si fuese insensible á los dolores

físicos, que solo cuando le faltó el habla dió á conocer.

Tenia á la sazón D. Felipe setenta y un años, y murió el dia trece de setiembre de mil quinientos noventa y ocho.

Juzgado tan apasionadamente entonces por sus adeptos, como calumniado por sus enemigos, la historia imparcial no puede menos de conocer en él una aplicacion suma en el despacho de los negocios, vastos talentos, esforzado ánimo aun en medio á los infortunios que esperimentó, osadia grande, prudencia y justicia suma, mucha piedad, celo religioso y libertad en proteger las artes y ciencias.

Las fundaciones del Escorial, del Archivo de Simancas, la universidad y colegios de Douai en Flandes, las escuelas de Lovaina, é infinidad de otras obras de pública utilidad denuncian su generosidad y desprendimiento. La conquista de las islas Filipinas, que de él tomaron su nombre, aun cuando fueron descubiertas al fin del reinado de su padre por Magallanes, la de otras regiones de América y la del Portugal acreditaron su política y dieron lustre á su reinado.

Pero al par de estos hechos que le honran, hay otros que imprimen harto desdoro sobre su nombre, siquiera algunos de ellos no hayan pasado de la esfera de dudosos en que la historia los coloca, á pesar de que le fuesen increpados por la pública voz. La muerte de D. Juan de Austria, la de Juan de Escobedo y la de su hijo D. Carlos entran en este número. La per-



secucion de Antonio Perez, las sangrientas ejecuciones y atentados de Aragon, las de Flandes y Portugal están evidentemente acreditadas, y no hallan disculpa aun en el aspecto justiciable que por sus apologistas se les ha querido dar.

De todos estos hechos hemos ya hablado y solo resta decir algo acerca de la triste suerte que cupo al infeliz D. Carlos, jurado ya príncipe de Asturias cuando incurrió en la desgracia de su adusto y severo padre.

Se ha querido dar á esta enemistad un aspecto novelesco, que probase mejor el cruel parricidio que por algunos se achacó á D. Felipe, suponiendo que D. Carlos amaba perdidamente é iba á unirse á Doña Isabel de Valois, con la que su padre se casó despues; por otros se dice que D. Carlos habia tomado parte activa en la insurreccion de Flandes, cuya corona pretendia ceñirse, y que el rey sorprendió la correspondencia y supo que habia pedido postas para escaparse: pero lo único que hay de cierto es que el príncipe fué reducido á prision la noche del diez y ocho de enero de mil quinientos sesenta y ocho por su mismo padre, que se presentó en su cuarto con el duque de Feria y otros personajes, le ocupó sus papeles y le dejó confinado al cuidado de los grandes, entre los que se eligieron seis que alternasen en su guarda.

Arrebatado de carácter D. Carlos, como en varias ocasiones lo habia demostrado, nada estraño es que

perdiere á ratos la razon, como aseguran algunos historiadores. Su delicia era entregarse en su encierro á los excesos de la intemperancia, tomando nieve á todas horas y rechazando cuantos alimentos saludables se le presentaban, hasta el punto de caer gravemente enfermo devorado por una calentura maligna. Comoció entonces el príncipe que se aprocsimaba su fin, y llamando á su padre, á quien pidió perdon de todos sus desmanes y su bendicion, que le dió conmovido, recibió los sacramentos y murió en la noche del veinticuatro de julio, seis meses despues de la de su reclusion.

La naturaleza repugna dar asenso al parricidio que por los detractores del padre se dice fué perpetrado en la persona del hijo, y como por otra parte todos los escritores se hallan conformes en los excesos cometidos por el príncipe durante su encierro y en la irascibilidad de su carácter, parece justo el suponer que murió por efecto de aquellos y á impulsos de esta, sin echar mano de un delito, que nada habia motivado y á que no se puede dar cabida en la imaginacion.

En el reinado de Felipe, á que tanto lustre dieron D. Juan de Austria, Alba, Santa Cruz, Farnesio, Cervantes y Herrera, se distinguieron tambien otros varios cuyas obras no pueden leerse sin admiracion.

Fray Luis de Granada, el primero, uno de los mas famosos predicadores y escritores ascéticos de España, religioso dominico, natural de Granada, donde nació en mil quinientos cinco, se adquirió tanto renombre



FR. LUIS DE GRANADA.

que fué llamado por la reina Catalina á Portugal, donde se distinguió en extremo. Reusó con la mayor tenacidad el arzobispado de Braga y el capelo de cardenal, y todo entregado á sus escritos y á los deberes de su ministerio, falleció en mil quinientos ochenta y ocho dejando infinidad de obras, en las que se nota su gran talento y sus ideas avanzadas al siglo en que vivió.

No mereció menos celebridad el P. Fray Luis de Leon, Agustino, nacido tambien en Granada en mil quinientos veintisiete. Duramente perseguido por su traduccion en romance del *Cantar de los cantares*, por la que estuvo en las cárceles de la inquisicion cinco años mortales, era tal su virtud, que nunca se le oyó ecsallar la menor queja. Catedrático de Sagrada Escritura cuando le prendieron, el dia en que recuperó la libertad y volvió á sus esplicaciones, para demostrar su olvido entero de lo pasado empezó con estas palabras: «Deciamos *ayer*, señores, etc.» Rodeado de la admiracion de cuantos le oian y conocian sus obras murió en mil quinientos noventa y uno dejando una muy grata memoria en pos de sí.

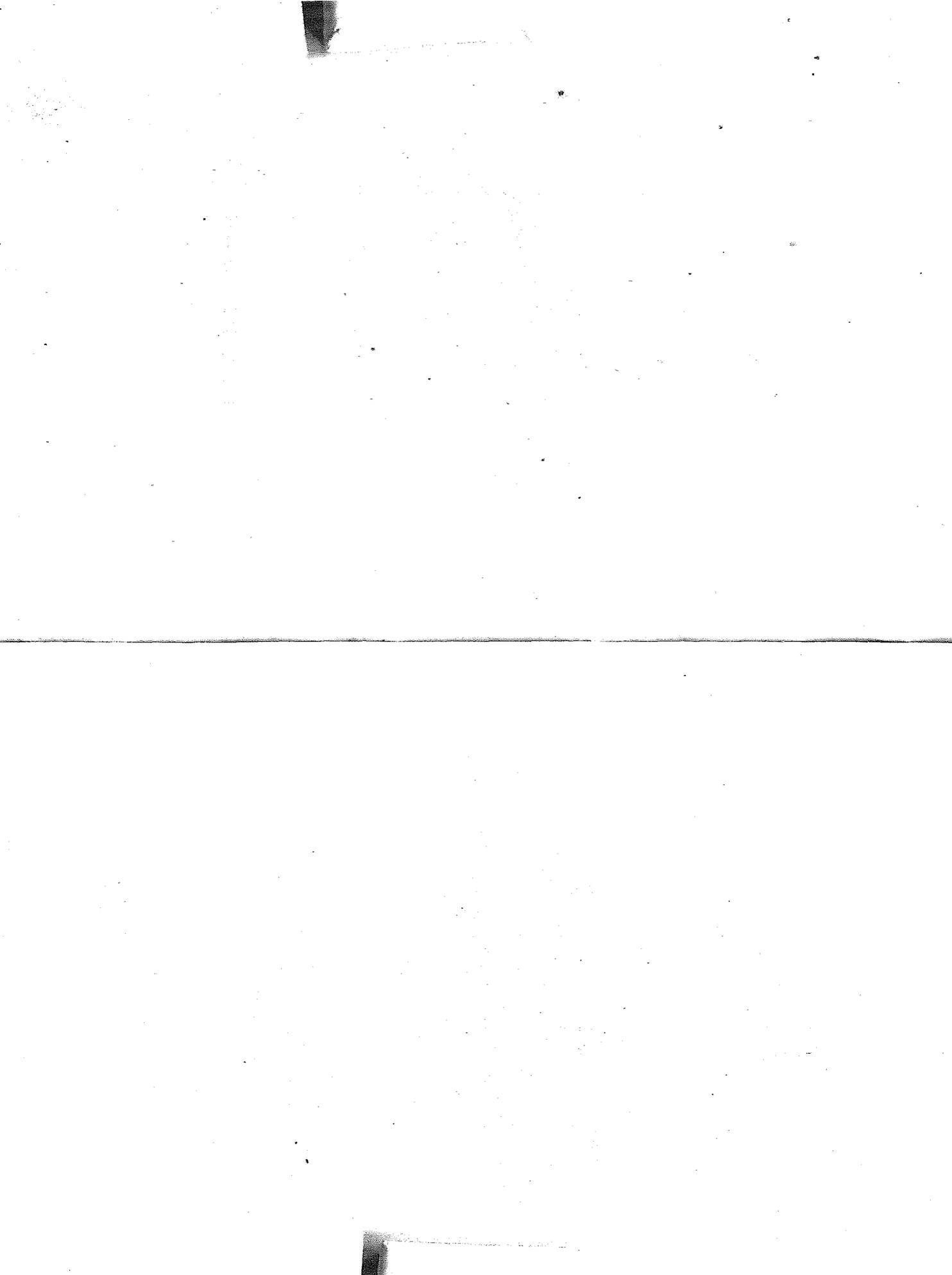
Por último el P. Juan de Mariana, jesuita ilustrado y lleno de saber, natural de Talavera, donde nació en mil quinientos treinta y siete; maestro de teología en Roma y despues en Paris. En mil quinientos setenta y siete se retiró á Toledo, donde se dedicó á escribir su célebre *Historia de España*, que acabó en mil quinientos noventa y cinco, y el tratado de *Rege et regis*



EL P. JUAN DE MARIANA.



**FR. LUIS DE LEON.**



*institutione*, que publicó en mil quinientos noventa y nueve. Este libro se hizo mas que todo notable por haber sido quemado públicamente en Paris por el verdugo, previa sentencia del parlamento, por suponerse que su lectura habia determinado á Ravaillac á cometer el asesinato de Enrique IV. Murió el P. Mariana en mil seiscientos diez á los 87 años de edad, en su convento de Toledo.

### FELIPE III.

Contando solo veinte años subió Felipe III á un trono, que mas que nunca se necesitaba entonces fuese ocupado por un monarca esperto, político y valiente, al par que prudente y reparador para la España, cuyo poder é influencia habian ido decreciendo de un modo rápido, y cuyo erario se hallaba agotado por las desacertadas empresas y continuadas guerras que en los dos reinados anteriores habian costado tanta sangre y oro á la nación.

Pero lejos de hallarse Felipe dotado de estas cua-



FELIPE 3º

lidades era de carácter apacible y meticoloso, débil y de bastante limitada capacidad. Entregado á las influencias de uno y otro favorito, ni aun la suerte tuvo de fijar dignamente su eleccion; asi es que la suerte de España fiada á manos de ambiciosos validos, que solo trataban de enriquecerse, se empeoró cada vez mas.

Para llenar los descubiertos en que se hallaba la real hacienda se impusieron dobles gavelas á los pueblos, harto recargados ya con las contribuciones establecidas; se acudió al ruinoso medio de alterar la ley de la moneda duplicando el valor de la de vellon, con lo que se encarecieron de un modo extraordinario los artículos de primera necesidad, empeorando la ya demasiado triste situacion de la clase proletaria y causando una enorme estraccion de plata al extranjero. Consecuencia inmediata de esto fué el abandono de los campos, la decadencia de las manufacturas y la paralización del comercio, por manera que para todo habia que acudir al extranjero, sima donde se absorbían las inmensas riquezas del nuevo mundo, aniquilando asi la industria nacional que no podia bajo concepto alguno competir con la estrangera en el mercado. La cesacion absoluta del trabajo hubo de producir la ociosidad con su obligada escuela del vicio, y la poblacion, harto escasa ya por esta reunion de circunstancias desgraciadas, llevó el último golpe con la impoltica é intempestiva medida de la espulsion de los moriscos, que se llevó á cabo con un rigor sin igual.

En cualesquiera otras circunstancias, y efectuada con la debida mesura y prudencia, habria merecido esta medida el aplauso universal; porque no puede negarse que la existencia de aquellos enemigos interiores en la España suscitaba á cada paso conflictos, y hacian necesaria á veces la intervencion de la fuerza. Pero si justa y politica hubiese sido la espulsion de los gefes de las insurrecciones, y hasta la diseminacion de los demas en la penínsu'a, el lanzamiento decretado contra toda esta raza en once de setiembre de mil seiscientos nueve, que privó á la España de mas de ochocientas mil personas, la parte mas industriosa y trabajadora de la poblacion, fué un golpe fatal para el porvenir del pais, y un acto despótico de gobierno que solo pudo hallar defensores entre los fanáticos ó los estrangeros, porque veian pasar así á sus manos el esclusivo monopolio de la industria y el comercio con nuestra nacion.

Tan violenta medida, arrancada al celo religioso del monarca (cuyas prendas todas se reducian á una estremada piedad y devocion), como única salvadora de la fé católica en su reino, no pudo llevarse á efecto sin gran resistencia de los infelices á quienes asi se privaba de su patria, sus bienes y su porvenir; pero vencidos al fin los que á mano armada la resistian siguieron la comun suerte, con la doble desgracia de perecer despues la mayor parte al pasar el estrecho á manos de los árabes, que los persiguieron como cristia-

nos, al paso que por no serlo eran espulsados del país que les habia visto nacer.

Cuadro tan desconsolador de la situación de España no deja por lo recargado de ser cierto, y no podía en verdad ser otro el resultado hallándose los destinos de la nación en manos de favoritos tan ineptos como ambiciosos. El primero de estos fué el marqués de Denia D. Francisco de Rojas Sandoval, á quien se creó duque de Lerma, y cuya incapacidad era tan notoria, que hubo á su vez de entregarse en manos de su secretario y confidente D. Rodrigo Calderon, el cual de page del duque llegó á ser mas adelante sucesor de su amo y valido del rey.

No pensando el de Lerma mas que en los medios de perpetuarse en su puesto habia destinado al lado del rey á su hijo el duque de Uceda, y al conde de Lemos su sobrino cabe el del príncipe heredero; pero sus cálculos salieron fallidos, y las intrigas que le derribaron se promovieron por quien menos podía pensarse. El mismo Uceda, que envidiaba el alto puesto de su padre, empleó la facilidad que tenia para hablar al rey en servir de conducto á tantas quejas elevaban los pueblos contra la administración de Lerma, y engañado Felipe por este escésivo celo en su servicio, que sacrificaba hasta los sentimientos naturales, no dudó en nombrar al hijo sucesor del padre á quien depuso y desterró. Fortuna fué que el desvalido favorito hubiese conseguido antes de su caída el capelo de cardenal á

que constantemente habia aspirado, pues de lo contrario tal vez no habrían parado en esto los tiros de la enemistad asestados contra él. Pero lo que ante su sagrada investidura cayó á tierra, rebotó contra el pecho de su criatura D. Rodrigo Calderon, ya á la sazón marqués de Siete Iglesias, Conde de la Oliva, y uno de los hombres mas poderosos de la nación.

Su impensada elevación é insultante fortuna habian suscitado en su contra la envidia de todos los cortesanos, al paso que su desmedido orgullo, que degeneró en proverbio, le habia captado enemigos sin fin. Así fué que apenas cayó por tierra el magestuoso árbol á cuya sombra se elevara, cuando el encono y la malevolencia, concitados contra el protector y su hechura, vinieron á descargar su furia toda sobre el que habia quedado en pie.

Las imputaciones mas atroces, las mas violentas acusaciones se agolparon, achacándole crímenes inauditos, concusiones, traiciones y hasta usurpaciones del poder real. Doscientos cuarenta y cuatro cargos se le hicieron, y de todos logró justificarse completamente en la causa que se le formó; pero como el encono de sus enemigos no podía aplacarse sino con su completa ruina, acusaron de cohecho á los jueces que habian fallado; consiguieron se abriese de nuevo el proceso y que se redujera al acusado á estrecha prision; sujetósele al tormento; y después de inauditos padecimientos, que desde el día de su caída habia padecido por espacio de

doce años, fué por fin conducido al suplicio el primer año del reinado de Felipe IV, víctima del encono que conde-duque, favorito de este monarca, le profesaba y que se satisfizo así.

Con el relato de la desgraciada suerte que cupo á sus favoritos puede colegirse cuál seria la que esperimentó durante estas luchas palaciegas el desventurado pais. Víctima tambien de la excesiva debilidad y apocado ánimo, que hemos ya dicho formaban la base del carácter de Felipe III, apenas lucia de vez en cuando un dia feliz en que la victoria se posara sobre las armas españolas, terror antes de los que osaban arros-trarlas. Verdad es que á ello se oponia la solicitud del rey constantemente dirigida á procurar la paz con las naciones rivales; la penuria del erario, y la falta de tan señalados capitanes, como los que habian brillado en los dos precedentes reinados; mas á pesar de todo hubo un marqués de los Balbases y Espinola (1), que supo sostener el lustre y prez de los tercios ospanoles, y

---

(1) Era el marqués natural de Genova, donde nació en mil quinientos setenta y uno: sirvió en el ejército de Flandes, donde desde muy jóven dió á conocer su arrojo y disposicion para el mando. Defendió con la mayor constancia la causa española, y consiguió la vengala en mil quinientos noventa y nueve, siendo el sitio de Ostende el primer hecho de armas notable en que intervino como general: en mil seiscientos veintiuno se le nombró generalísimo de las tropas españolas en los Países Bajos; tomó á Breda, socorrió al duque de Saboya contra los franceses, y murió de tristeza, durante la campaña de mil seiscientos treinta.



**EL MARQUES DE ESPINOLA.**

que despues de tres años y tres meses de asedio, durante el que incesantemente se sucedieron los actos de valor y de heroismo, consiguió apoderarse en mil seiscientos cuatro de la inespugnable plaza de Ostende, hecho que bastaria por sí solo á eternizar el nombre de quien le llevó á cabo y el reinado en el que tuvo lugar.

A pesar de tan señalada victoria, ni los asuntos de España mejoraban, ni variaba el carácter indolente de su monarca. Completamente desgraciadas las expediciones dirigidas en mil seiscientos dos por el duque de Lerma contra Argel é Irlanda, (la primera al mando del célebre Doria compuesta de diez mil hombres en setenta galeras, que fueron casi todas destruidas por una violenta tempestad en la costa de Africa, y la segunda de seis mil veteranos á cuya cabeza iba D. Juan de Aguilar, que despues de haber tomado á Risdale fueron abandonados por los aliados irlandeses teniendo que capitular) se volvieron á reproducir las negociaciones de paz con la Inglaterra.

La muerte de la reina Isabel facilitó el buen écsito de estos tratos, y en mil seiscientos cuatro se firmó la paz, que dió lugar á estrechar con nuevos refuerzos el sitio de Ostende, á cuya toma añadió Espinola en el siguiente año las de Ordenzeel, Lingen, Wadchtendonck y la ciudadela de Cracao.

En mil seiscientos cinco prosiguió el marqués sus victorias apoderándose de Lockem, Groll y Rhinberg; pero habiéndosele insurreccionado las tropas por falta

de pagas, y cansada ya la España de tan sangrienta como infructuosa guerra, se abrieron al año siguiente negociaciones para procurar un acomodamiento, no tan pronto acordado que no diese lugar al furioso combate que las flotas española y holandesa tuvieron en el estrecho de Gibraltar, tan tenaz y valerosamente sostenido, que los generales de ambas escuadras murieron, y la victoria quedó indecisa después de haber experimentado una pérdida casi igual.

Las negociaciones sin embargo continuaron; y por fin en mil seiscientos nueve se acordó una tregua de diez años, reconociéndose la independencia de la Holanda, con lo que siete de las diez y siete provincias flamencas quedaron desmembradas del imperio español.

El doble matrimonio del príncipe de Asturias con la infanta Doña Ana y el de la infanta Doña Isabel de Austria con Luis XIII, rey de Francia, por cuya menor edad gobernaba el reino María de Medicis, viuda de Enrique IV, asesinado en mil seiscientos diez por Ravailac, fué aceptado por la corte de España y sirvió para consolidar la paz con Francia.

En este mismo año adquirió D. Felipe por negociación el puerto de Larache, situado en el reino de Fez: el duque de Osuna D. Pedro Giron, virey de Sicilia, desembarcó en mil seiscientos doce en las costas de Berberia y se apoderó de Chircheli degollando la guarnición; al paso que el marqués de Santa Cruz quemó una escuadra enemiga de once buques que había en la

Goleta y saqueó la isla de Lango y la de los Querquenés.

El célebre capitán Francisco Ribera acudió por mandado de Osuna con cinco galeones y mil arcabuceros á batir una escuadra berberisca, y de los cincuenta y cinco buques de que constaba echó á pique cuatro, inutilizó treinta y cinco y puso en fuga los demás. D. Octavio de Aragon reportó en las aguas de Levante otra señalada victoria, apoderándose de seis navas y seiscientos mahometanos, con muerte de otros cuatrocientos, sin que una numerosa escuadra que lo presenciaba se atreviese á medir sus fuerzas con el capitán español.

El marqués de Hinojosa y el de Villafranca consiguieron también los años siguientes varias victorias en la Italia, donde el duque de Saboya había hecho armas contra la España; pero en mil seiscientos diez y siete hubo de acojerse á la benignidad de Felipe, licenciando sus tropas y haciendo una completa sumisión.

Habiendo fallecido el emperador de Alemania en mil seiscientos diez y nueve, podia muy bien D. Felipe haber hecho valer sus derechos á la corona; pero contentándose con proteger las pretensiones de Fernando de Graz, le ayudó con sus tropas á subir al trono, á tiempo que el duque de Feria se apoderaba de la Valtelina en mil seiscientos veinte.

Por último las armas españolas triunfaron de las holandesas cerca de las islas Filipinas destrozando completamente una escuadra que se dirigia contra las islas

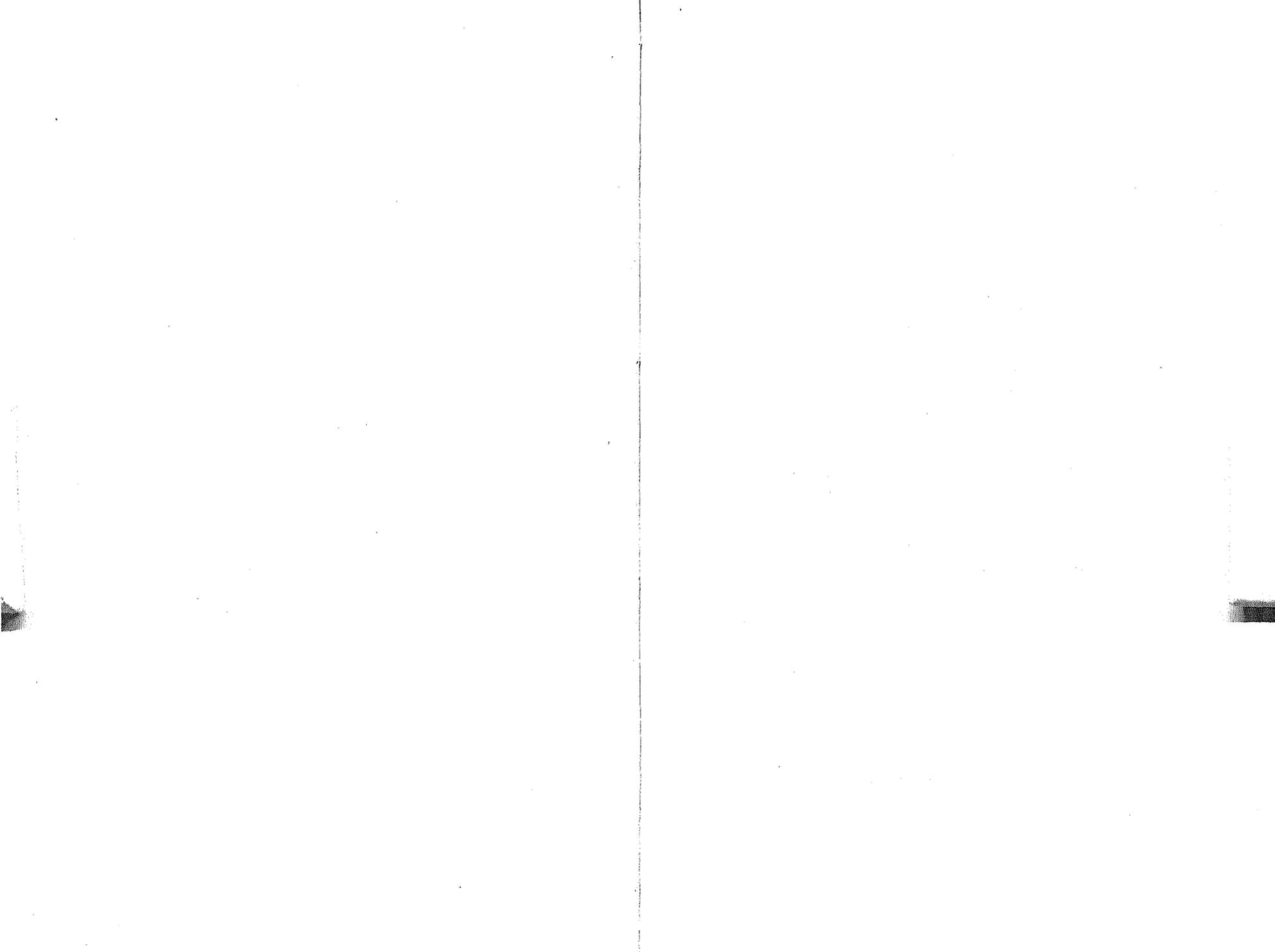
Molucas, donde se habia clavado otra vez el perdon de Castilla, y D. Luis Fajardo se apoderó de Marmora cerca de Tánger, con lo que D. Felipe creyó llegaría á gozar de una completa tranquilidad; pero acometido de una fiebre lenta, que nada bastaba á cortar, y habiendo hecho sin fruto un viage á Lisboa para curarse, falleció el treinta y uno de marzo de mil seiscientos veinte y uno á los cuarenta y tres años de edad y veinte y tres de reinado.

En sus últimos momentos manifestó cuan arrepentido estaba de haber sido tan indolente y descuidado, y murió lamentando no poder enmendar los yerros de su negligente administracion.

En su reinado fué cuando mas se distinguió el cébre pintor Pablo de Cespedes, nacido en Córdoba en mil quinientos treinta y ocho, el cual no solo era un grande artista, si que tambien un erúdito de primer órden y poeta distinguido. La reputacion que adquirió en Roma por sus *frescos* le valió el renombre de *Rafael español*. Habiéndole agraciado con una canongia en la catedral de Córdoba, pasó á servirla, y entonces hizo su gran cuadro de la *Cena*, y compuso un poema sobre la pintura. Murió en dicha poblacion en mil seiscientos ocho, dejando tras sí un nombre que sus trabajos lograron eternizar.



PABLO DE CÉSPEDES.



**FELIPE IV.**

---



**FELIPE 4.<sup>o</sup>**

A los diez y seis años de edad se halló D. Felipe IV heredero del trono de S. Fernando, y si desastroso había sido para España el reinado de su padre todavía lo fué mas el suyo, merced al favoritismo que gozó el conde-duque de Olivares D. Gaspar de Guzman, que tuvo largo tiempo ignorante al monarca de los reveses que se experimentaban, adormeciéndole en los placeres, para conservar su poder.

La necia adulacion de este valido hizo que el rey se adornase del sobrenombre de *Grande*, aun antes de que hecho alguno viniese á justificar tal dictado; y aun cuando no le faltasen cualidades para haber llegado á merecerle, es lo cierto que, alejado completamente de los negocios, la aficion á las letras y el cultivo de la poesia fueron casi su esclusiva ocupacion.

Su reinado, durante el que las conmociones intestinas alternaron con las guerras estrangeras, fué en cierto modo resultado del pernicioso sistema de gobierno que le habian legado sus predecesores. Por lo de-

mas, afable y dotado de un corazon generoso, habria podido Felipe ser un buen rey á haberse ocupado de los asuntos del Estado. Pero entretenido en sus placeres y en sus tareas literarias, pues bajo el seudónimo de *un ingenio de esta corte* compuso é hizo representar varias comedias, puede decirse que no ejerció el poder real mas que en el palacio del Buen Retiro, donde reunia á los mas distinguidos poétas y artistas de la época.

En cuanto á lo demas, el ministro Olivares gobernaba el Estado á su voluntad, y aun cediendo al error de sus antecesores queria tambien dirigir la guerra desde su gabinete.

Asi fué como concibió el proyecto de reducir á la obediencia á las provincias holandesas y afirmar la influencia de la casa de Austria sobre toda la Europa; pero Richelieu, el célebre ministro de Luis XIII, se opuso á tan vastos proyectos pretendiendo para la Francia lo que para España ansiaba Olivares conseguir.

Surgió de aquí una guerra fatal entre ambas potencias; aun cuando durante ella consiguió el marqués de Espinola brillantes triunfos. El mas notable de ellos fué el arrojó con que al recibir la orden del conde-duque concebida en estas palabras: «*Tomad á Breda,*» se dirigió á atacarla, y venciendo infinidad de obstáculos se apoderó de ella en mil seiscientos veinte y uno; contestando al ministro: «*En Breda ondea ya el pabellon español.*»

Pero á pesar de que esta victoria cortó una suble-

vacion que intentaban las provincias belgas, no fué bastante á impedir que al año siguiente se firmase por la córte en Monzon un tratado, por virtud del cual se dejó la Valtelina en poder de los grisones.

La muerte de la archiduquesa, gobernadora de los Países Bajos, dejando por heredero al rey de España, y la prision del elector de Treveris, llevada á efecto por mandato de aquel, fueron causas que ensangrentaron la guerra con la Francia; y aun cuando las cortes celebradas en Castilla, Aragon y Valencia votaron amplios subsidios de hombres y dinero y la nobleza y el clero hicieron cuantiosos donativos equipando varios regimientos á su costa, como la mayor parte de aquellos fondos se malgastaron en saraos y placeres que disponia el válido para distraer la atencion del monarca, no pudo impedirse la pérdida del Artois y gran parte del Milanésado.

Era ya tan apurada la situacion de las cosas públicas, que no faltó quien hiciese saber á Felipe algo del verdadero estado de la nacion; y aunque todavía no fué lo suficiente á separarle del válido, le hizo volver sobre sí, y con sus órdenes se dió impulso á la guerra. El cardenal infante, gobernador de Flandes, penetró en la Picardía y se apoderó de muchas plazas importantes; el duque de Lorena asoló la Borgoña; el almirante de Castilla penetró en Francia por S. Juan de Luz, ocupando y saqueando cuantos pueblos encontró al paso; y por último el marqués de Leganés arrojó á

los franceses del Milanesado, devastó los estados de Parma y Plasencia, y cubriéndose de gloria en el Piemonte llegó á hacerse dueño de cuantas plazas halló á su paso hasta Turin.

Pero la guerra se dilataba con fortuna varia, y haciéndose cada vez mas gravosos los sacrificios de todo género que se esijian á los pueblos, llegó á tanto la dureza del conde-duque para con algunas provincias, y era tal su tiranía, que la Cataluña toda se levantó en masa al querérsela imponer la obligacion de abastecer las tropas, declarándose independiente de la Francia en mil seiscientos cuarenta. Con el auxilio de esta potencia sostuvo una guerra desesperada y sin tregua, rechazando los ataques del marqués de los Velez; pero acudiendo el mismo rey á sitiar á Lérida, se apoderó de la plaza, y bloqueada despues Barcelona, hubo de rendirse en mil seiscientos cincuenta y dos al ejército real mandado por el marqués de Mortara y D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, que arrojó despues á los franceses de Gerona. Posteriormente los volvió á batir en varios encuentros, hasta que pacificada la Cataluña, se restituyeron á Castilla por el tratado de los Pirineos, ajustado en mil seiscientos cincuenta y nueve, las pocas plazas que aun retenia la Francia.

La insurrección de Sicilia y Nápoles pudo tambien ser muy grave; pero habiendo acudido en tiempo el virey duque de Arcos y D. Juan de Austria, átajaron la

rebelion aprisionando á su gefe el duque de Guisa, y se restableció la tranquilidad.

No fué tan afortunado este caudillo en Portugal. Una órden del conde-duque, para que la nobleza acudiese en mil seiscientos cuarenta á la guerra de Cataluña, sirvió de pretesto para sacudir el yugo siempre odiado de la dominacion castellana. Proclamado rey el duque de Braganza, bajo el nombre de Juan IV, y auxiliado por la Francia y Holanda, fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para reducir á la obediencia estas provincias.

Derrotadas las tropas españolas en Estremoz y vencidas en Montes Claros, junto á Villaviciosa, por el mariscal de Schomberg y el marqués de Marialva, se conoció la dificultad de la empresa: y aun cuando la caída del conde-duque, que tuvo efecto en mil seiscientos cuarenta y tres por el clamor unánime de los pueblos, hizo subir al poder á D. Luis Haro de Guzman, que prestó al rey alguna energía obligándole á tomar parte en la guerra de Cataluña, con todo, habiendo fallecido este ilustre ministro en mil seiscientos sesenta y uno, despues de cuya época tuvieron lugar los reveses de Portugal, se comprendió la necesidad de negociar la paz.

Habiase acordado esta en mil seiscientos con la Holanda, reconociendo su independenciam y devolviéndose por ella las posesiones españolas que habia conquistado: el tratado de los Pirineos la asentó con Francia; y enta-

bláronse negociaciones de potencia á potencia con Portugal.

Mas durante ellas el rey, que con la noticia de la derrota de Villaviciosa recibió un golpe aterrador, no pudo hacerse superior á su dolor; víctima de tantas desventuras falleció en diez y siete de setiembre de mil seiscientos cincuenta y cinco, á los sesenta y un años de edad y cuarenta y cuatro de reinado.

En su tiempo florecieron infinidad de hombres ilustres, cuyos nombres ha eternizado la fama por do quiera que las letras y las artes se aman con predilección.

D. Diego de Saavedra Fajardo (1) entre los hombres de letras; Calderon de la Barca (2), Lope de Vega (3),

---

(1) Llamado el *Tácito español*, nació en mil quinientos ochenta y cuatro en Algezares (Murcia), estudió en Salamanca; fué encargado de negocios de España en Roma, consejero de Indias en mil seiscientos cuarenta y tres, plenipotenciario en Munster, ó introductor de embajadores á su vuelta del congreso: murió en mil seiscientos cuarenta y ocho, dejando escritas la *Corona gótica*, las *Empresas políticas y la República literaria*.

(2) D. Pedro Calderon de la Barca nació en mil seiscientos. En su juventud fue soldado, hasta que en mil seiscientos cincuenta y dos abrazó el estado eclesiástico y llegó á ser canónigo de Toledo, donde murió en mil seiscientos ochenta y siete. Sabedor de su mérito le hizo Felipe IV caballero de Santiago, costeó la representación de sus comedias. Conocidas las mejores de estas, su mérito es tan notorio que no esije encomios algunos: dícese que compuso al pie de mil quinientas piezas dramáticas.

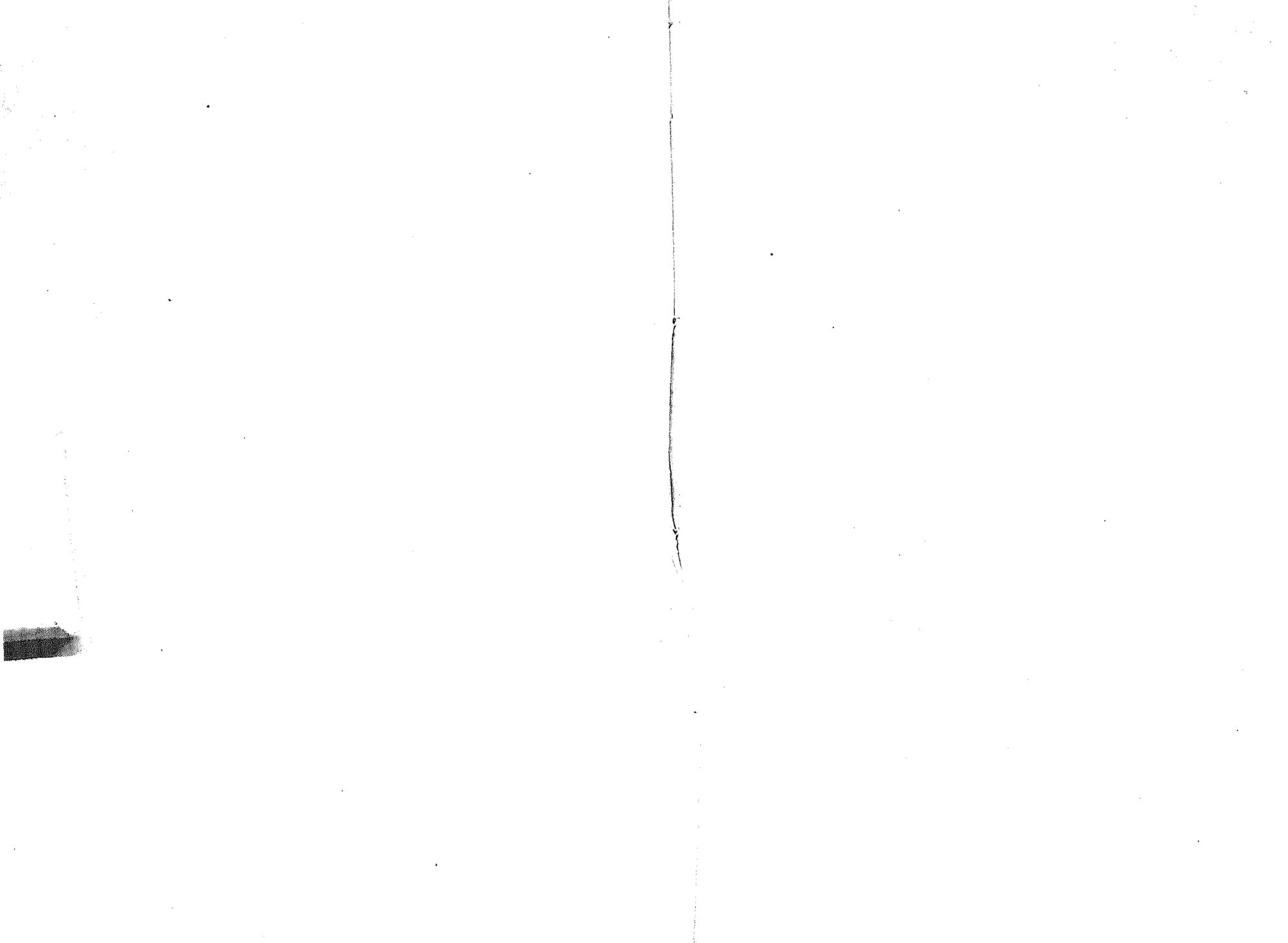
(3) D. Felix Lope de Vega Carpio nació en Madrid en mil qui-



**JOSÉ RIBERA,**  
el Españolito.



**QUEVEDO.**





**LOPE DE VEGA.**



**CALDERON DE LA BARCA.**



**D. DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.**

Moreto y Quevedo (1) entre los poetas; Velazquez (2), Ribera (3), Martinez-Mazo, Rizi y otros entre los pin-

nientos sesenta y dos: era tal su inclinacion á la poesia que á los catorce años compuso ya comedias; en mil quinientos ochenta tuvo que huir á Valencia por un duelo; el dolor que le causó la pérdida de su esposa le impelió á tomar las órdenes en mil quinientos ochenta y ocho; fue familiar del santo oficio, y adquirió una fortuna considerable. Compuso sobre mil ochocientas comedias, de las que solo se conocen cuatrocientas noventa y siete, y cuatro poemas épicos. Murió en mil seiscientos treinta y cinco.

(1) D. Francisco Quevedo de Villegas nació en Madrid en mil quinientos ochenta: fué secretario del virey duque de Osuna y participó de su desgracia en mil seiscientos diez y nueve: encarcelado en mil seiscientos veinte salió de prision para ir desterrado á sus tierras, y entonces compuso la mayor parte de sus obras. Por efecto de una de estas fue de nuevo perseguido y reducido á prision, debiendo su libertad á la caída de Olivares, que le achacó la composicion de un libelo contra su administracion, y le confiscó todos sus bienes. Sin igual para la sátira, escritor fecundo en todo género de literatura, y popular en alto grado, dió á luz ininidad de trabajos que son conocidos, y murió en Madrid en mil seiscientos cuarenta y cinco.

(2) D. Diego de Silva y Velazquez nació en Sevilla en mil quinientos noventa y nueve: discípulo de Herrera el viejo y Pacheco acabó sus estudios en Italia. De vuelta á España adquirió tal nombradía que el rey le llamó á su lado, y le envió de nuevo á Italia en mil seiscientos cuarenta y ocho. Cuéntase que habiendo ido un día Felipe IV á ver un cuadro en que Velazquez representaba una escena de la familia real, y en el fondo del cual habia colocado su propio retrato, le pidió el rey los pinceles para enmendar una falta, y pintó la cruz de Santiago en el pecho del artista. Sus cuadros abundan en nuestro museo, del que forman el mas bello ornamento. Murió este célebre pintor en Madrid el año de mil seiscientos setenta.

(3) Jose Ribera, llamado el Españoleto, nació en Játiva en mil

tores, fueron la admiración de los contemporáneos, cual lo son hoy de la posteridad que contempla sus diversas obras, y la España se envanece de unos hijos que la dan tan señalado renombre y honor.

### D. CARLOS II.

Por fallecimiento del príncipe heredero D. Baltasar, acaecido en mil seiscientos cuarenta y seis, fué llamado á la sucesión de la corona Carlos II, cuando se hallaba en la tierna edad de cuatro años. D. Felipe había nombrado tutora y regenta del reino en su testamento á su esposa Doña María Ana de Austria con un consejo compuesto de varios dignatarios.

quinientos ochenta y ocho; fue discípulo de Ribalta é hizo tan rápidos progresos en la pintura, que sus padres le enviaron á Roma donde estudió con Miguel Angel. Establecióse despues en Nápoles, donde murió en mil seiscientos cincuenta y nueve colmado de riquezas y honores, que se había adquirido solo con sus inimitables pinceles.

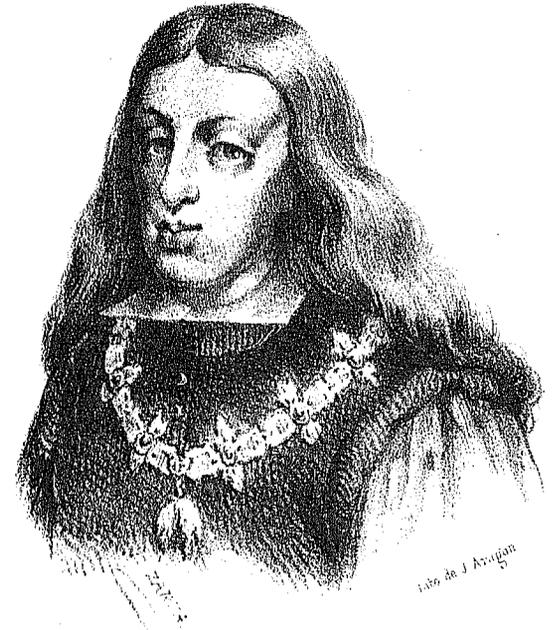


foto de J. Aragón

CARLOS 2º

Por desgracia el carácter de la gobernadora era de los menos aptos para regir en aquellas circunstancias azarosas la combatida nave del Estado. Enteramente supeditada á su confesor el padre Everardo Nithard, jesuita alemán, le introdujo en el consejo de regencia, le hizo inquisidor general y puso en sus manos la completa direccion de los negocios públicos, desterrando al olvidado D. Juan de Austria, en quien el pueblo adoraba, y único que podia oponerse á sus planes.

Semejante conducta no pudo menos de alejar de la reina y su privado á la parte sensata de la nacion, y el pueblo empezaba á dar muestras ostensibles de su descontento, cuando la paz acordada en mil seiscientos setenta y siete con Portugal reconociendo su independencia, y el tratado de Aix-la-Chapelle ajustado con el rey de Francia, altamente desaprobado por D. Juan, determinó la esplosion.

Contando este caudillo con Aragon y Cataluña y la mayor parte de la grandeza, no dudó ya acercarse á Madrid para cesijir á mano armada la separacion del jesuita Nithard y sus parciales: la reina que veia inminente el peligro de una guerra civil, hubo de acceder á alejarle con harto sentimiento de su lado, si bien fué mandándole de embajador á Roma en mil seiscientos sesenta y nueve.

Seguia no obstante D. Juan al frente de sus tropas hasta que se alejasen las hechuras del padre Nithard, y con el fin de que no se le obligase á marchar á Flan-

des; pero nombrado virey de Aragon, Cataluña y Valencia partió á ocupar su destino, con lo que la reina pudo seguir sin obstáculos al frente del gobierno.

Habia sucedido en su privanza D. Fernand Valenzuela, que desde page despedido del duque del Infantado subió á primer ministro, marqués de S. Bartolomé de los Pinares y grande de España. Su repentina elevacion y la conducta que en el poder observaba le enagenaron todas las voluntades, y la constante desgracia que presidia á las operaciones militares de Flandes contribuía á desconceptuarle, á pesar de que él trataba de procurarse parciales á fuerza de despilfarros con las rentas públicas.

Un sordo rumor se elevaba ya en su contra y la de la reina, cuando Carlos II cumplió en mil seiscientos setenta y siete la edad que en el testamento de su padre se señalaba como término á su minoría. Tomó en su consecuencia las riendas del gobierno, y despues de descomponer las intrigas que los parciales de la reina madre habian puesto en juego para conservarla en la tutela del rey, fué llamado D. Juan al ministerio, confinada Doña María Ana á Toledo, y Valenzuela preso, desposeido de sus empleos y honores y desterrado Filipinas.

Pero si bien D. Juan remedió algo al principio los males públicos, la desgracia continuaba persiguiendo las tropas españolas, y abandonadas por entonces de las holandesas que se avinieron con la Francia, hubo ne-



ALONSO CANO.

cesidad de comprar la paz á cualquier precio. Un solo medio habia para conjurar la deshecha tempestad y alejar un enemigo tan terrible á la sazón como Luis XIV, y D. Juan acudió á él con el mayor ahinco, ajustando las bodas del rey con la princesa Luisa de Orleans; pero aun cuando se llevaron á efecto en mil seiscientos setenta y nueve, falleció el príncipe antes de que se celebraran, y el Estado volvió á quedar á merced de un rey débil, sin carácter ni energía, aunque sobrado de buena fé y de generosas intenciones.

Con la venida á su lado de la reina madre, volvieron los males que habian hecho aborrecible el gobierno de esta señora. La situación de la España era por otra parte de las mas desconsoladoras: sin erario, sin fuerzas, casi sin dignidad pues hasta se vendian los empleos públicos, y contando por enemigo á un Luis XIV, que no tenia escrúpulos de abusar de su posición, todo se conjuraba en su contra. Lo único que podia haberla protegido le faltaba: un rey enérgico y decidido, un gobierno fuerte y justo á la vez.

Débil y enfermizo el monarca disputábase ya su herencia, como quiera que carecia de sucesion y se le consideraba incapaz de tenerla por su delicada salud. Por mediación de la Inglaterra se habia ya firmado en mil seiscientos noventa y ocho en el Haya un proyecto de particion de la corona de España entre el primogénito del Elector de Baviera, el delfin de Francia y el archiduque de Austria; pero la muerte del pri-

mero descompuso este arreglo, y en su lugar se hizo otra division entre el archiduque y el delfin.

Todo esto se hacia ostensiblemente, sin contar para nada con la España, de cuyos intereses se trataba y cuyo soberano aun vivia sin haber declarado su voluntad. Disfrutábase ya en este desgraciado pais de alguna tranquilidad, merced al tratado concluido en el castillo de Riswich, en cuya estension tan generoso y político se habia mostrado el francés para disponer el terreno á su favor; y no habia por lo tanto óbice para que se determinase con todo detenimiento acerca de la suerte futura de tan vasta nacion.

Al estruendo y furor de las batallas habian sucedido las intrigas y notas diplomáticas. El Imperio y la Francia trabajaban en adquirirse parciales para que la cuestion se decidiera á su favor; porque habiendo protestado altamente D. Carlos contra los tratados de division de sus estados, ni reconocia lo en ellos acordado, ni era fácil que la altiva nacion española pasara por su contenido, aun cuando lo hubiese sancionado la corona. Estábase pendiente por lo tanto de la voluntad del débil y valetudinario soberano, á quien el amor hacia su familia y los consejos del primer ministro conde de Oropesa inclinaban á favor del Austria. Apoyaban tambien á esta la reina madre hasta que murió, el almirante de Castilla y el marqués de Melgar; pero siendo acérrimos partidarios de la Francia el cardenal Portocarrero y el inquisidor general Rocaberti, no esquivaban

medio alguno para hacer triunfar la casa de Borbon.

Pero todas sus gestiones se inutilizaban ante la omnimoda privanza de que gozaba el de Oropesa, á quien tenia D. Carlos un afecto singular. Menester era librarse á toda costa de este hombre, y para lograrlo no dudaron aquellos prelados acudir á un medio indigno y altamente depresivo de la magestad real.

Hemos dicho que el rey gozaba de harta escasa salud; su constitucion era débil y enfermiza; la esclavitud en que casi siempre le habian tenido su madre ó sus ministros y las desgracias que una tras otra habian caido sobre sus estados sin poderlas remediar, á pesar de su buena voluntad en favor de sus pueblos, le habian hecho caer en una melancolía profunda y de que nada le podia sacar. Todas estas circunstancias reunidas á su timidez é irresolucion hicieron concebir la idea de hacerle pasar por hechizado, y una vez esparcida la voz, se achacaron los hechizos al de Oropesa.

Habiendo conseguido Portocarrero y Rocaberti que el dominico Froylan Diaz fuese nombrado confesor del monarca, le eligieron para instrumento de sus planes, y con sus aserciones tomó consistencia lo que hasta entonces era solo un rumor.

El desgraciado y tímido monarca, á quien se obligó á sufrir los exorcismos del capuchino fray Mauro Tenda, que aterrorizándole le ponía en un estado de completa enagenacion mental, llegó á dar asenso á tal calumnía. El pueblo, á quien se hizo creer que el favo-

río tenía hechizado al rey, escitando así su fanatismo al paso que á fuerza de oro se promovía un motin bajo el pretesto de la carestía del pan, pidió á una voz la separacion del supuesto hechicero y sus parciales; y como el infeliz D. Carlos temia mas que nada se repitiesen las lúgubres escenas del exorcismo, accedió á todo, desterrando á Oropesa, al almirante y á Melgar, á fines de mil seiscientos noventa y nueve.

Alejados ya los parciales del Archiduque no fué difícil á Portocarrero triunfar de la débil oposicion que hallaba en la inclinacion del rey: consultó este sin embargo con el Papa y una junta de teólogos y juristas que reunió al efecto, y aun cuando la opinion de aquel no fuese la que se esperaba, Portocarrero se manijó de modo que consiguió de D. Carlos la autorizacion de un testamento en que nombraba por heredero de todos sus estados al duque de Anjou, hijo segundo del delfin de Francia y nieto de Luis XIV. Tuvo lugar la estension de este importante documento el dia dos de octubre de mil setecientos, y como si la parca hubiese tan solo aguardado á que el pobre rey apurase la copa de la amargura, pues para él lo fué el desposeer á su familia, le arrobato la existencia el dia primero de noviembre del mismo año.

Despues de D. Juan de Austria los únicos nombres dignos de recordarse en el azaroso reinado de Carlos el *Hechizado*, son los de Alonso Cano y Bartolomé Esteban Murillo.

Célebre pintor el primero y distinguido escultor y



**BARTOLOMÉ DE MURILLO.**

arquitecto nació en Granada el año de mil seiscientos. A los veinte y cuatro años se dió ya á conocer por tres grandes estátuas que se colocaron en la iglesia de Lebrija y protegido por el conde-duque de Olivares vino á Madrid. Elevado á la clase de pintor de cámara y director de todas las obras reales la fortuna le sonreía li-songera, cuando sinsabores domésticos le hicieron odiar el mundo y tomó las órdenes. Llegó á ser canónigo de Granada, cuya iglesia y la de Málaga enriqueció con sus obras, y murió en mil seiscientos setenta y seis.

No menos célebre su contemporáneo Murillo, alcanzó sin embargo mayor renombre, aunque solo se dedicó á la pintura. Natural de Sevilla, donde nació en mil seiscientos diez y ocho, fué discípulo de Juan del Castillo y en mil seiscientos treinta y tres marchó á Italia para perfeccionar sus estudios. Velazquez, que le conoció en Madrid á su vuelta, le retuvo á su lado y le protegió decididamente, dando á conocer su mérito al paso que le proporcionaba trabajo y lucro no escaso, y creándole al amparo de su sombra una bien merecida reputacion. En mil seiscientos cuarenta y cinco volvió á Sevilla donde ejecutó sus mas admirables cuadros, verdaderas obras maestras, que dotaron á España de un digno émulo de Rafael. Rodeado ya de gloria, y cuando podia pensar en gozar de las comodidades de la vida, que á costa de su trabajo habia adquirido, murió desgraciadamente en Sevilla en mil seiscientos ochenta y dos de resultas de una caída que dió desde un anda-

mio, hallándose pintando el cuadro del *Matrimonio de Santa Catalina*.

### FELIPE V.

---

Aun cuando D. Felipe fué proclamado en Madrid por rey de las Españas el veinticuatro de noviembre, y vino á tomar posesion del trono en febrero de mil setecientos uno, no pudo sin embargo considerarse verdaderamente como tal, hasta que con su valor, y á través de una guerra de doce años terminada por el tratado de Utrech, se halló dueño pacífico de todo el territorio español.

Habíale reconocido al momento el Papa, los reyes de Inglaterra, Portugal, y Dinamarca, la Holanda y Baviera; pero como el emperador de Austria no desistió de sus pretensiones, acudió á las armas para hacerlas valer, y no tardaron en unirse á él la Inglaterra y la Holanda, que temian el engrandecimiento de la casa de Borbon, por medio de un solemne tratado llamado



Lab. de J. Aragon

### FELIPE 5º

de la grande alianza, concluido en el Haya en este mismo año. La campaña se inauguró por su parte batiendo á los españoles y franceses en Chiari y Carpi y sorprendiendo á Cremona. Mandaba el ejército imperial el príncipe Eugenio de Saboya, uno de los mejores generales de la época, y activo al par que osado pasó á sitiar á Mantua que se hallaba harto apurada; pero Felipe, que á nadie cedía en valor, despues de haber celebrado en mil setecientos dos su casamiento con la hija del duque de Saboya, la dejó encomendado el gobierno con el cardenal Portocarrero y acudió á Italia para oponerse al célebre adalid de la causa imperial.

Su llegada fué la señal inmediata de una importante victoria; en que el ejército español-francés dirigido por el rey y el duque de Vandomé batió en Luzzara á los imperiales, apoderándose de esta plaza y la de Guástala despues de haber recuperado parte del Milanesado.

Pero habiéndose presentadó en las costas de Andalucía una escuadra enemiga y obtenido algunos triunfos, que se estendieron despues á las de Galicia, cogiendo en el puerto de Vigo un inmenso botin en dinero y bajeles, fué necesario que D. Felipe volviese á España.

Ya á este tiempo se habian unido al imperio, vendiendo la causa española, los soberanos de Portugal y Saboya, y cedido el emperador sus derechos en el archiduque de Austria, que habia sido reconocido en Viena rey de España bajo el nombre de Carlos III. Fuer-

te con este título y el apoyo de todas las potencias europeas, excepto la Francia, no dudó el archiduque venir en persona á reclamar sus derechos. Dirigióse para ello á Lisboa en mil setecientos cuatro con una poderosa escuadra, la que despues de desembarcarle con sus tropas marchó sobre Barcelona, y rechazada fué á atacar á Gibraltar, de cuya importantísima plaza se apoderó.

Pero Felipe reunió su ejército al mando del duque de Berwick y atacó el Portugal, tomando muchas plazas, al paso que el marqués de Villadarias le invadía con otro cuerpo de tropas llevándolo todo á sangre y fuego.

En tanto el archiduque se dirigió con una escuadra inglesa á Valencia, donde desembarcó declarándose á su favor todo el pais en mil setecientos. Lérida y Tortosa se le entregaron; el terror le hizo dueño de Cataluña; Barcelona capituló, y la defeccion ó las armas lo enseñorearon tambien del Aragon.

En vano fué que Felipe acudiese á socorrer á Barcelona á principios del año siguiente, pues hubo de retirarse, é invadida á este tiempo la Estremadura por un cuerpo de cuarenta mil ingleses y portugueses, que arrolló quanto se opuso á su paso, se vió el rey en la necesidad de trasladarse á Burgos, entrando por consiguiente los aliados en Madrid, donde se proclamó solemnemente al archiduque, aunque sin la menor concurrencia de la poblacion. A este desastre siguió el de la traidora entrega de la escuadra surta en Cartagena,

que puso en poder de los aliados el conde de Santa Cruz; pero no amedrentándose por esto el animoso corazon de Felipe llamó á las armas al pueblo que ya tanto le queria, se organizaron fuerzas llenas de decision y entusiasmo, y antes de espirar el año entraba triunfante en Madrid, donde se le recibió en medio de universales aclamaciones.

Desde entonces la fortuna empezó á proteger las armas de D. Felipe, que obtuvieron señalados triunfos en los años siguientes, y aun cuando en mil setecientos nueve y mil setecientos diez lograron ventajas los imperiales, llegando el archiduque hasta Madrid donde entró en medio á un silencio sepulcral; por fin la victoria se decidió por las armas de Felipe en los campos de Brihuega y Villaviciosa. A estos triunfos se siguió la reduccion del Aragon, á cuyos naturales se les quitaron en castigo sus fueros, y la de casi toda la Cataluña.

El archiduque fué llamado á poco al solio imperial por muerte de su hermano: su ausencia, unida á los reveses experimentados, facilitó el curso de las negociaciones abiertas el veintinueve de enero de mil setecientos doce en Utrecht, y cuyo resultado fué el que se firmase la paz en abril de mil setecientos trece, reconociendo á Felipe como rey de España, si bien bajo la renuncia espresada de sus derechos al trono de Francia, cuya corona por ningun título habia de unirse á la de Castilla en lo sucesivo; y otros artículos que no es del caso mencionar.

En el intervalo de estas conferencias obtuvieron los españoles la victoria de Denain, y se reunieron las cortes de Madrid donde se sancionó la ley sálica el diez de mayo de mil setecientos trece.

Soló quedaba á la sazón por reducir la Cataluña; pero abandonada por los imperiales y á pesar de su tenaz resistencia, fué poco á poco sucumbiendo á las tropas reales, siendo abolidos sus fueros y privilegios despues de conquistada Barcelona. En mil setecientos quince se ocuparon tambien las islas Baleares, con lo que España entera quedó tranquila.

Libre de los azares de la guerra pudo D. Felipe dedicarse á trabajar por el bien de sus pueblos; pero la muerte de su esposa le abismó en tan honda melancolía que resignó la direccion de los negocios públicos en manos de su ministro el cardenal Giudice, y se entregó en los brazos de la célebre princesa de los Ursinos.

Peró habiendo contraido nuevo enlace con la princesa Isabel, heredera de los estados de Parma y Placencia, fué desterrada la de los Ursinos, cayó Giudice y ocupó su puesto Alberoni, que luego obtuvo tambien el capelo.

Los deseos de distinguirse que tenia el nuevo ministro le impelieron á conquistar la Cerdeña, de que se apoderaron los españoles, originando con esto una triple alianza en su contra de la Francia, la Inglaterra y la Holanda, que paralizó las operaciones ya dirigidas contra la Sicilia.

Durante la guerra que surgió de estos acontecimientos fué batida la escuadra española por la inglesa á la altura de Siracusa, perdiendo veinte y tres buques de alto bordo; pero las tropas de Felipe destrozaron en Sicilia á las imperiales delante de Melazzo, si bien fueron despues rechazadas con el refuerzo de doce mil alemanes que acudieron en su auxilio. Los franceses tomaron el castillo de S. Sebastian, y este revés unido á los de Sicilia ocasionaron la caída de Alberoni y la paz acordada en mil setecientos veinte, afirmada al año siguiente por el casamiento de la hija del duque de Orleans con el príncipe de Asturias.

Todo hacia esperar un largo y próspero reinado á D. Felipe, cuando con asombro general se le vió renunciar la corona en favor de su hijo primogénito don Luis en los primeros dias de mil setecientos veinte y cuatro, retirándose con su esposa al real sitio de S. Idefonso, donde habia mandado construir un magnífico palacio y jardines suntuosos.

**D. LUIS I.**

---

El bello carácter de D. Luis I presagiaba mucha ventura para el trabajado reino, á cuyo frente le colocara la abdicacion de su padre, al paso que su hermano D. Carlos habia sido investido el año antes por el Papa con la soberanía de los ducados de Parma y Plasencia por muerte del gran duque de Toscana.

La paz empezaba á dar sus frutos, y la recta administracion del jóven monarca le atraia las bendiciones de sus súbditos, cuando fué arrebatado en la flor de su vida por una erupcion de viruelas malignas á los diez meses de haber ceñido á sus sienes la corona de Castilla.

**D. FELIPE V., segunda vez.**

---

Tan impensada desgracia llamó otra vez al tronó á D. Felipe, que se entregó con mas cuidado que nunca á



**LUIS Iº**

la direccion de los negocios públicos. En treinta de abril de mil setecientos veinte y cinco ajustó la paz con el imperio por medio del baron de Ripperda, que en premio fué creado duque y ministro de guerra, marina y hacienda. Mas su favoritismo acabó bien breve, siendo exonerado y conducido preso al alcazar de Segovia, de donde al fin se evadió.

El sitio de Gibraltar por la España, y la poco honrosa rescision del matrimonio del rey de Francia con la infanta de España, dió lugar á una nueva guerra, cuyo verdadero objeto era atajar la preponderancia de la España y el Austria reunidas; pero el cardenal Fleuri pudo con su avenidor carácter atajar sus progresos, asentando en mil setecientos veinte y siete las bases de una pacificacion general.

Al año siguiente se concertó el casamiento del príncipe de Asturias D. Fernando y Doña Bárbara de Portugal, con cuyo motivo quiso D. Felipe abdicar en él la corona; pero habiéndole hecho desistir de este proyecto siguió al frente del gobierno, y en mil setecientos veinte y nueve firmó un tratado con la Inglaterra, la Francia y la Holanda, por el que aseguró los estados de Toscana, Parma y Plasencia para su hijo D. Carlos, de los que se posesionó al fin este príncipe en mil setecientos treinta y uno por fallecimiento del gran duque Antonio Farnesio sin dejar sucesion.

Habiendo obtenido del Papa la décima de las rentas eclesiásticas, llevó D. Felipe la guerra al Africa,

donde el conde de Montemar se apoderó en mil setecientos treinta y dos de Mazarquivir y Oran, subyugando al fin á los meros.

En tanto el Austria seguía hóstil á los planes de D. Felipe, por lo que el infante D. Carlos, ya duque de Parma, marchó en mil setecientos treinta y cuatro con treinta mil españoles, al mando de Montemar, á conquistar el reino de Nápoles, sobre el que pesaba el yugo imperial.

El júbilo con que fué recibido se aumentó luego al saber la cesion que en su hijo hizo D. Felipe de todos sus derechos á aquellas provincias, de las que le autorizaba á coronarse rey. Sus armas triunfaron en todas partes, y en 1738 el Papa le otorgó la investidura de rey de las dos Sicilias, al paso que hacia cardenal y arzobispo de Sevilla al infante D. Luis, niño de ocho años, accediendo á los ruegos de D. Felipe.

En este intermedio falleció el ilustrado ministro D. José Patiño, de cuya administracion quedará siempre grata memoria en España; y se erigia en Madrid la real academia de la Historia.

Las disputas sobre los límites de la Florida y la Carolina en 1735 degeneraron en una guerra sangrienta entre Inglaterra y España, dirigiendo aquella sus fuerzas contra las posesiones americanas. Durante esta lucha tuvo lugar la batalla naval que en 1744 ganaron los españoles, humillando el pabellon inglés y batiendo su escuadra de cuarenta y cinco buques con

doce navios. Al propio tiempo otra nueva colision se declaró en Italia, donde el rey queria establecer á su hijo Felipe como príncipe soberano de la Lombardia y Saboya; pero apesar de los varios triunfos conseguidos, los españoles hubieron de ceder al fin de su empeño, no sin gloria de Montemar y el conde de Gages que sucesivamente los acaudillaron, tanto por los desastres que al fin espermentaron, como por la repentina muerte del rey acaccida en once de julio de mil setecientos cuarenta y seis por efecto de un accidente apoplético.

Tenia á la sazón Felipe V sesenta y dos años, y en los cuarenta y cuatro de su reinado, siempre en lucha abierta, siempre acosado de guerras, consiguió disciplinar el ejército, crear una marina, de que se carecía, reformar los tribunales, mejorar la administracion pública, asentando el omnímodo poder del trono y dando de este modo vida á las artes y ciencias, que bajo su amparo alcanzaron alto lustre, con la institucion de la real biblioteca, el seminario de nobles artes y las academias española y de la historia, sin otros muchos monumentos de su regia liberalidad.

**D. FERNANDO VI.**

---

Amigo sobre todo de la paz Fernando VI, que sucedió en el trono á su padre, dedicó todos sus esfuerzos á conseguirla; como que sin ella creía no podía procurarse la felicidad de tan trabajada nacion. La guerra sin embargo seguia cruenta en los Países Bajos y en Italia; pero al fin consiguió este buen rey dotar á sus pueblos del señalado beneficio á que aspiraba, firmando en 1748 el tratado de Aquisgran ó Aix la Chapelle por el que se alcanzó la pacificación general.

Asentada la tranquilidad de España, y ayudado el benéfico monarca de ministros tan eminentes como Carbajal y el marqués de la Ensenada, los cuales, y en particular el último, elevaron á tan alto grado la marina, el comercio y los rendimientos públicos, todos sus desvelos se cifraron en mejorar la condicion de sus pueblos.

La creacion de la academia de S. Fernando destinada á cultivar el estudio de las tres nobles artes, la institucion del jardin botánico, el camino real de Gua-



**FERNANDO 6:**

darrama, el observatorio astronómico y el colegio naval de Cadiz, el del Ferrol, el monasterio de las Salesas y la obtencion del apetecido concordato que anejó perpetuamente en 1753 el patronato real á la corona, son otros tantos monumentos de gloria eterna y sin manilla para este buen rey, algo mas lisongeros y permanentes que los erigidos por otros sobre humeantes cadáveres, á costa de victorias conseguidas en los campos de batalla, y de conquistas que imponian un yugo, detestado siempre y siempre opresor.

A sus propias expensas mandaba D. Fernando hombres eminentes en todas artes y ciencias que estudiasen en el extranjero ó importasen lo que conceptuasen ventajoso para el pais; y á él se debieron con la prosperidad del comercio y todos los ramos del saber, los descubrimientos y adelantos conseguidos por los ilustres marinos D. Antonio Ulloa (1) y D. Jorge



**D. ANTONIO DE ULLÓA.**

---

(1) Uno de los hombres que mas honor y prez dieron á España. Nació en Sevilla en 1716 entró en la marina en 1733, mereciendo á poco del rey Felipe V. la honrosa distincion de formar parte de la comision científica mandada á Quito por la academia de ciencias de Paris para medir la línea del meridiano al ecuador. A su vuelta le prodigó Fernando VI honores y recompensas. En 1762 fué enviado á tomar posesion de la Luisania, siendo fruto de esta expedicion sus célebres *Noticias Americanas*. Elevado al grado de teniente general de la armada, murió en 1795, dejando en memoria de su vasto y profundo saber el primer gabinete de historia natural conocido en España, el primer laboratorio de metalurgia, el conocimiento de la

Juan (1) á quienes dispensó al efecto la mas amplia y generosa proteccion, como á Feijoo, Mayans y Florez, á Ortega, Burriel, Casiri, y Valdesflores. Y era todavia mas notable que á todas estas cosas y al engrandecimiento de la nacion se atendiera, rebajando al propio tiempo los impuestos, y aumentando con la general del reino la riqueza individual.

Empero la acerba pena que le causó el fallecimiento de su bien amada esposa, le disgustó tan completamente de la vida pública, que abandonando los negocios se retiró á Villaviciosa. Su melancolía le ocasionó una complicada enfermedad, de la que fué víctima al fin el dia diez de agosto de mil setecientos cincuenta y nueve, en medio de las lágrimas y pesar de todos sus vasallos, que le acataban como á su angel bienhechor.

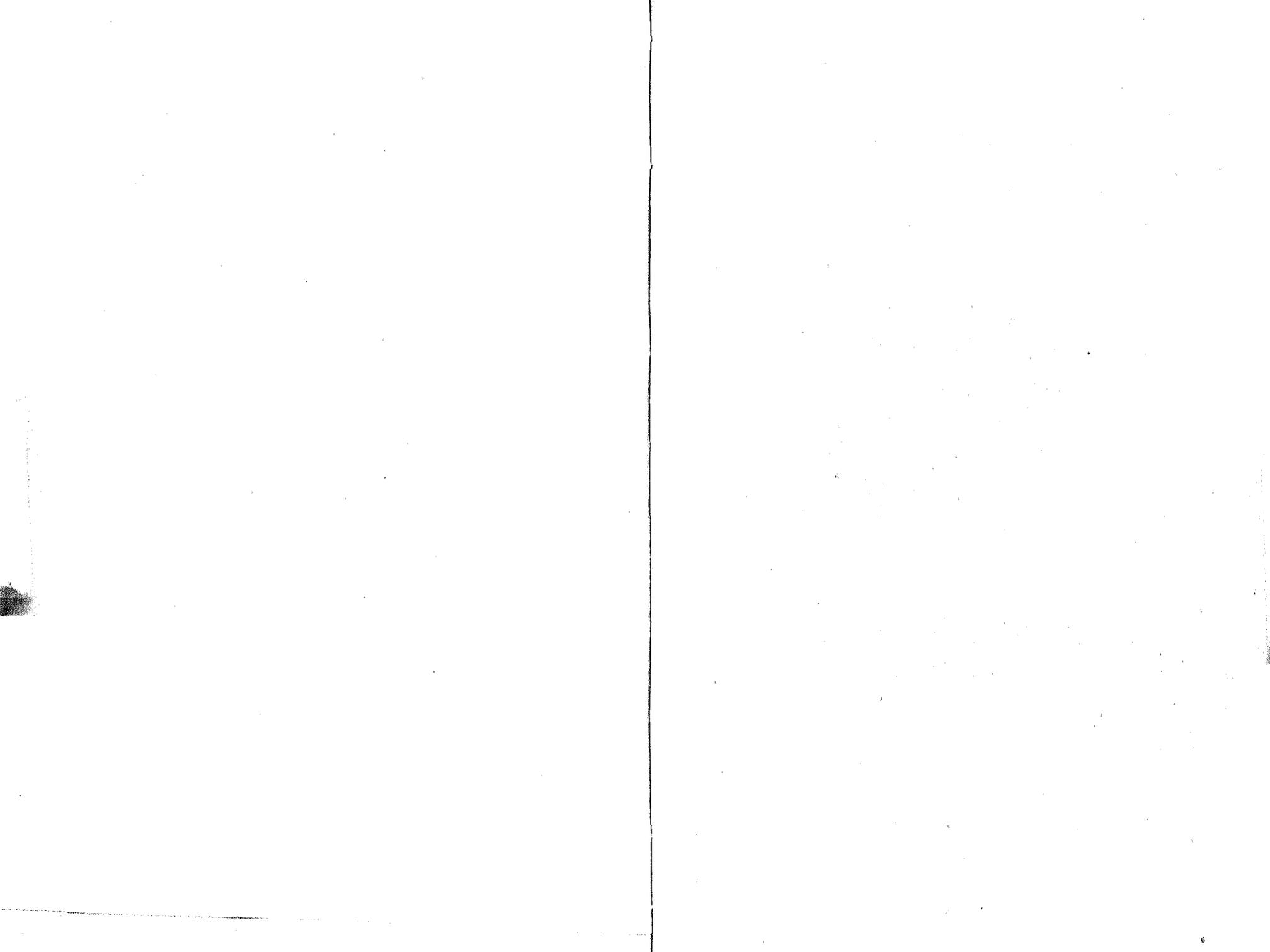
---

plateria y sus propiedades con otros muchos ó interesantes descubrimientos en la imprenta, la marina y la fabricacion.

(1) D. Jorge Juan y Santaella nació en Orihuela en 1712. Descolló desde muy jóven de tal modo en las matemáticas, que era llamado el Euclides. Dedicado á la marina acompañó á Ulloa en su escursion al Perú; concurrió eficazmente á la regeneracion y progresos de la marina española y murió en 1774 dejando escrito su célebre *Tratado de mecánica aplicada á la construcción naval*.



D. JORGE JUAN.



**D. CARLOS III.**

---



**CARLOS 3º**

Por la muerte sin sucesion de D. Fernando fué llamado al trono su hermano D. Carlos, rey de las dos Sicilias, que cediendo públicamente esta corona en su tercer hijo D. Fernando, porque el segundo debia heredar la de España y el primogénito estaba privado del uso de su razon, se trasladó á la Península, siendo recibido en todas partes con las demostraciones mas acendradas de entusiasmo y amor.

Digno por todos títulos Carlos III de ocupar tan encumbrado solio, su glorioso reinado se halla consiguado en tantos y tan notables monumentos como llevan al frente su nombre y cuya enumeracion seria prolija por demas.

Piadoso al par que fuerte la espulsion de los jesuitas y las restricciones dictadas contra el tribunal de la inquisicion para que no se estralimitase de su jurisdiccion, acusan su profunda política y el interés que se tomaba por el bienestar de sus pueblos. Las nuevas po-

blaciones de Sierra Morena, la refundición á su costa de la moneda desgastada, el gran impulso dado á la marina que alcanzó en su tiempo el período mas floreciente que ha tenido, la fundación del colegio de artillería en Segovia, la construcción del canal real de Aragón, la erección del banco de S. Carlos, la de la compañía de Filipinas, el tratado con la Puerta para el comercio de Levante y el arreglo de la legislación, todo fué obra de su gobierno paternal, reparador y justo.

En cuanto á su política internacional, el primer acto ostensible fué el tratado de amistad y unión llamado el *pacto de familia* firmado en 1761, y por el que se obligaron á una mútua defensa España y Francia. Producto de él fué la guerra con Inglaterra y Portugal, azarosa por demas, y que dió margen á las enérgicas representaciones y patrióticas ofertas de la nobleza española, si bien la paz impensadamente acordada en 1762 volvió las cosas á su antiguo ser. D. Carlos escribió á su embajador en Londres para alejar las dificultades que mas queria ceñir de su *déctro*, que ver padecer á sus pueblos; y que no sería menos honrado siendo padre tierno de sus hijos.

Conseguida de este modo la paz, volvió Carlos su atención al interior de su reino, y entre otras medidas, todas de entidad y trascendencia para el país, acordó en 1767 la extinción de la compañía de Jesus y la fundación de las colonias de Sierra Morena en 1769, de cuyo pensamiento fué autor el asistente de Sevilla don

Pablo de Olavide, aumentando al propio tiempo notablemente las fuerzas de mar y tierra.

Turbóse esta envidiable tranquilidad momentáneamente en marzo de 1776 por el célebre motin de Madrid, que duró dos dias, promovido contra el ministro marqués de Esquilache por su edicto prohibitivo de las capas largas y sombreros gachos y el privilegio que habia concedido para monopolizar los abastos, que produjo la carestía de los comestibles. Pero quietado el tumulto, y elevado al ministerio el conde de Aranda, todo siguió sosegado, hasta que en 1773 la felonía del emperador de Marruecos vino á interrumpir sin motivo la paz que reinaba entre ambas potencias, embistiendo con poderoso ejército las importantes plazas de Melilla y el Peñon; pero rechazado una y otra vez vergonzosamente hubo de retirarse con gran pérdida y desorden despues de cuatro meses de asedio.

Este escandaloso atentado hizo concebir á D. Carlos el pensamiento de conquistar á Argel; y llevándole á efecto, reunió cerca de cuatrocientas velas que se dirigieron en 1775 contra aquella plaza; mas prevenidos de antemano los argelinos se opusieron con tan desesperado arrojo al desembarco de las tropas, que tuvieron que retirarse despues de ocho horas de combate aplazando para otra época la empresa.

La invasión de los portugueses en nuestras posesiones de América fué cumplidamente castigada en 1776 por las tropas españolas al mando de D. Pedro Ceba-

llos y el marqués de Casa Tilly, forzándoles á pedir la paz, que al año siguiente fué acordada, hallándose ya en el ministerio el ilustrado y célebre D. José Moñino, conde de Floridablanca.

Establecida en 1778 por Cárlos III la libertad de comercio en todos los puertos de España, empezaban á sentirse los buenos efectos de esta medida, cuando la guerra que estalló entre Inglaterra y Francia llamó á la palestra á este buen monarca en cumplimiento á lo estipulado en el *pacto de familia*. Quiso sin embargo evitar la guerra haciendo el papel de mediador; pero ostigado al fin por la ambicion inglesa hubo de acudir á las armas.

Mahon y Gibraltar estaban en poder de los ingleses, y D. Cárlos ansiaba reconquistar ambas plazas á todo trance. Los varios sucesos de la guerra no habian sido favorables á la España en la Península, si bien lo fueron en América; formalizado en 1780 el sitio de Gibraltar tambien hubieron de retirarse los españoles despues de ocho meses de combates; pero en cambio se apoderaron en 1782 de toda la isla de Menorca.

En este mismo año se asedió de nuevo á Gibraltar, atacándole entre otros medios con baterias flotantes inventadas por un oficial francés; pero anegadas por el fuego de la plaza con una enorme pérdida de hombres y efectos, fracasó tambien la empresa, preparandose este desastro la paz ajustada al fin en 1783.

No habiendo tenido tampoco resultado la nueva

espedicion dirigida al año siguiente contra Argel, si bien causó graves perjuicios á sus habitantes, mediaron la Puerta Otomana y el rey de Marruecos para ajustar la paz, que se firmó al fin por España y la Regencia en 1786.

Desde este momento, hasta que la inexorable muerte arrebató al inmortal Cárlos III, no se ocupó este gran monarca mas que del bien de sus pueblos, objeto preferente de todos sus desvelos. Ausiliado del ilustrado conde de Campomanes dió cima al arreglo de la embrollada legislacion; promovió las mejoras de todas clases; instituyó la órden que lleva su nombre; promovió los estudios científicos prestando vida á la decaida literatura; y los Ayalas, Huertas y Moratines, los Melendez, Gonzalez y Cadalso, los Iriartes, Samaniegos y Llagunos hallaron en él igual proteccion que los Barcelés, Campomanes, Jovellanos y Floridablanca. Como monarca fué el tipo de esos reyes, que por desgracia aparecen tan raramente para bien y ventura de los pueblos: como particular fué tambien el dechado del hidalgo castellano, el vivo ejemplo del verdadero caballerismo español.

Su memoria será siempre acatada con la veneracion mas completa, y mientras lata en el pecho el corazon de un solo español se conservará viva en él como en un santuario, deplorándose como una desgracia para la nacion entera el triste dia trece de diciembre de mil setecientos ochenta y ocho, en que el gran



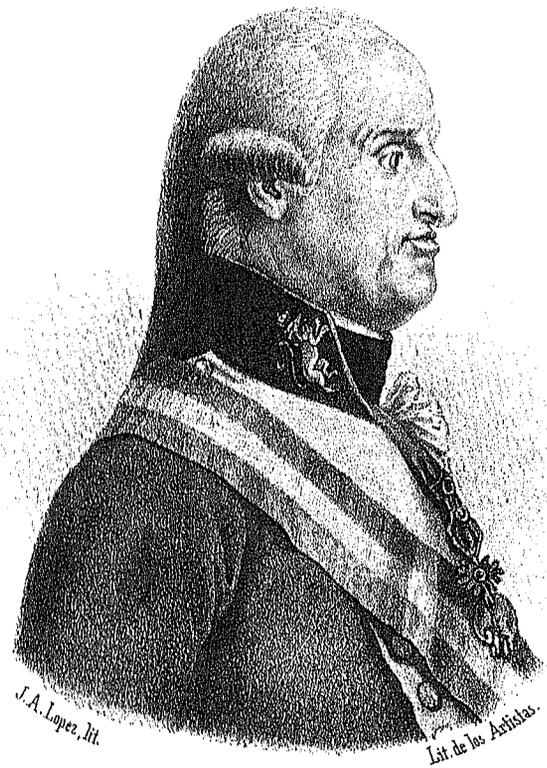
monarca pasó á recoger en el cielo el premio debido á sus virtudes como hombre y soberano, mientras su nombre continúa pronunciándose con el mas profundo respeto y gratitud.

D. Carlos, hondamente afectado por la pérdida de su hijo el infante D. Gabriel, habia contraído unas calenturas inflamatorias, que degenerandó en pulmonia le arrebataron la existencia á los setenta y dos años de edad.

Las lágrimas de sus súbditos regaron su sepulcro: velan sus manes el amor y el reconocimiento nacional.

#### D. CARLOS IV.

Habia llegado ya D. Carlos á la adelantada edad de cuarenta años cuando la muerte de su ilustre padre le llamó al trono. Instruido, recto y arrojado, todo hacia presagiar en él un digno sucesor del gran Carlos III; pero el que siendo príncipe de Asturias habia dado pruebas de la mayor energia; el que con espada en mano persiguió un dia al marqués de Esquilache por juzgarle causante del apartamiento en que se



CARLOS IV.

le tenía de los negocios públicos, cuya participacion le interdió su padre; el que no tenía otro placer que el de dedicarse á los mas violentos egercicios de fuerza y agilidad, cambió en tal manera su carácter al ocupar el solio, que su calma y su bondad llegaron á rayar en debilidad y atonia, si bien los sentimientos de su corazón fueron siempre benévolos y hasta tal punto compasivos, que era para él un tormento indecible el autorizar una sentencia de muerte, siquiera fuese contra el mas endurecido criminal.

Empero estas cualidades que en tiempos tranquilos y bonancibles hubiesen tal vez contribuido á hacer de Carlos IV un buen rey, le ocasionaron disgustos de gran intensidad, y su debilidad suma condujo la nave del Estado al proceloso océano donde estuvo á pique de naufragar.

El horizonte político se había cargado de densas nubes. La revolucion francesa amenazadora y triunfante se elevaba cual un coloso sobre las ruinas del trono de Luis XVI y anagaba subvertir los de los demas estados derrocando así mismo á sus reyes. Habiendo adelantado de un modo horrible desde el primer cañonazo disparado en la Bastilla hasta el destronamiento y prision del infortunado rey, apresurábase la España á prestarle auxilio, cuando el conde de Florida-blanca, que dirigia estos aprestos, fué derrocado del ministerio por su rival el conde de Aranda. A su vez hubo éste de ceder su puesto á D. Manuel de Go-

dey, protegido de la reina y elevado hasta el favor del rey, que de simple guardia de corps le habia hecho ya duque de Alcudia.

Nada fué entonces bastante á conseguir que la España se mostrase hóstil á la Francia; y necesario fué que el proceso formado al destronado Luis viniese á despertar á Cárlos de su letargo, para que tomando una parte mas activa en los sucesos dirigiese á la Asamblea constituyente una carta en favor de su desgraciado pariente. Esta carta, que hubiera podido variar en algun modo el curso amenazador de los sucesos, fué entregada por el embajador español el 20 de enero de 1793: en la Convencion nacional se juzgó oportuno no dar lectura de este documento, que permaneció cerrado sobre la mesa.... al dia siguiente la cabeza de Luis XVI rodaba en el patíbulo y principiaba el sangriento reinado del terror. Por decoro propio, si no ya por vengar tan inhumano asesinato, hubo la España de declarar la guerra á la que se llamaba república una é indivisible.

Estraños á este compendio los horribles acontecimientos y los nefandos hechos á que la dominacion de los terroristas dió lugar, que son por desgracia demasiado conocidos, basta decir que su ominosa huella se halla impresa en la historia con caracteres de sangre. La devastacion mas completa, los cadalsos, el incendio, la horfandad y el llanto fueron el cortejo obligado de la revolucion, y á compas de los himnos de victoria ento-

nados por las tropas de la república, el plañidero gemido de millares de víctimas se elevaba al cielo, donde el Dios de justicia preparaba ya el castigo merecido á los autores de tanta desolacion.

El suplicio de Robespierre y sus partidarios fué la señal de descenso para la revolucion, mientras los ejércitos de la república conducidos por Jourdan y Pichegru se llenaban de gloria en Bélgica, Holanda y el Palatinado, en los Alpes y los Pirineos, en Vizcaya y Cataluña, donde sus rápidas conquistas habian sembrado el espanto en las mal conducidas huestes del ejército español.

Y no eran de estrañar estos reveses. La monarquía española habia entrado rápidamente en el período de su decadencia. El inesperto valido, tan en mal hora elevado á regir los destinos de la nacion, hubo de rodearse de quienes le dirigiesen en tan complicado caos. Don Eugenio Llaguno y Amirola y D. José Anduaga fueron elegidos para este objeto, y merced á sus consejos fué nombrado general de los ejércitos el entendido D. José de Urrutia, que contuvo los progresos de los franceses en Cataluña.

Pero Moncey se dirigia á este tiempo con poderosa hueste contra ambas Castillas arrollando cuanto encontró á su paso. El terror del gobierno llegó entonces á tal punto, que se concibió el proyecto de trasladar la córte á América; pero el valido se apresuró á firmar la paz de Basilea, mas vergonzosa aun que cien derrotas.

Comprometi6se por ella la Espa1a 1 ceder 1 Francia la isla de Sto. Domingo, 1 entregarla 28 millones de pesos fuertes, y ayudarla en sus empresas con diez y seis mil hombres de infanteria, ocho mil caballos y quince navios de guerra con su tripulacion.

Y sin embargo, este ominoso tratado que se firm6 el 22 de julio de 1793, vali6 1 Godoy el pomposo t6tulo de pr6ncipe de la Paz. De este modo el j6ven que, aunque v1stago de una de las mas nobles familias de Estremadura, cabalgaba poco antes en las 6ltimas filas del s6quito de sus reyes, se hall6 colocado casi al nivel de ellos, gozando de la mas onm6moda privanza y el mas alto grado de favor.

Aun as6 la Espa1a hubiera podido salir inc6lume de los azarosos pasos en que la compromet6 la Francia; pero como si su abyeccion fuese aun poca, el tratado de alianza ofensiva y defensiva ajustado en San Ildefonso el 18 de agosto de 1796 entre el pr6ncipe de la Paz por Espa1a y el ciudadano Perignon por Francia, remach6 aun mas las cadenas, quedando por 6l 1 merced de la rep6blica las fuerzas todas de que la Pen6nsula pudiera disponer; y como si aun no pesaran sobre ella bastantes desgracias, la Inglaterra declar6 la guerra.

El a1o siguiente se inaugur6 con la derrota de la escuadra espa1ola por la inglesa junto al cabo de San Vicente y el bloqueo del puerto de Cadiz, que, interrumpiendo las relaciones con Am6rica, arruin6 el co-



EL PRINCIPE DE LA PAZ.

merció y aumentó el espantoso déficit que se sentía ya antes en las rentas públicas.

En tan apurada situación hubo de comprender el valido la imperiosa necesidad de variar de sistema, estableciendo reformas que mejorasen la administración y restableciesen el decaído crédito. Con este objeto llamó á los puestos eminentes del Estado á los hombres que gozaban de mas prestigio y eran de mayor valer. D. Francisco Saavedra ocupó la silla de Estado, la de Gracia y Justicia D. Gaspar Melchor de Jovellanos, el conde de Ezpeleta la presidencia del consejo, y Melendez Valdés la fiscalía de la sala.

Pero el contentamiento producido por semejante elección en la nación entera, que concebía las mas lisonjeras esperanzas, se desvaneció bien pronto con el destierro de Saavedra, Melendez Valdés y Jovellanos. El ilustrado autor del *informe sobre la ley agraria*, digno discípulo de Campomanes, concitó esta desgracia sobre su cabeza por su noble conducta. Altivo é independiente de carácter no podía doblegar sus principios á los del valido, ni menos sucumbir á prestarle los serviles homenajes que su vanidad reclamaba: indignábanle los males que pesaban sobre la mísera nación, y se atrevió á hacer oír al soberano la voz de los pueblos, esponiéndole con la mayor franqueza y lealtad su triste situación y los desaciertos del valido. Semejante lenguaje no podía menos de hallar acogida cerca de un príncipe cuya bondad era tan notoria, y el decreto de destitución de

príncipe de la Paz fué firmado y entregado al ministro Saavedra; pero este, en quien luchaban los encontrados afectos del deber y la gratitud, dió lugar á que Godoy, trasluciendo lo que pasaba, se acercase á Cárlos á quien consiguió fascinar de nuevo, y la exoneracion de todos los ministros fué el resultado de la conferencia. Desde entonces fué este leal servidor el blanco de la ojeriza del privado, y aun cuando alejado de la escena política se habia dirigido á su pais natal (1) para estar á la mira del Instituto asturiano que habia fundado, halló aquel medio de perderle, mandando reducirle á prision como reo de Estado relegándole despues en los calabozos del castillo de Bellver, en Mallorca, de donde no salió hasta marzo de 1808, que un decreto de Fernando VII le volvió la libertad.

Sin rivales ya que se le opusieran continuó Godoy su marcha, que no dejó de ser gloriosa cuando invadió personalmente en 1801 el Portugal: al año siguiente fué nombrado generalísimo de las tropas de mar y tierra, y la paz que empezó á reinar, dejando espeditas las comu-

---

(1) Era natural Jovellanos de Gijón, en Asturias, donde nació el 5 de enero de 1744: despues de las vicisitudes que aquí se anuncian tuvo una parte muy principal en los sucesos de la gloriosa guerra de la indepenca, siendo individuo de la junta central, despues consejero de Estado, pero debilitado su físico por los sucesivos disgustos de que fué víctima; no pudo arrostrar la fuerza de una pulmonía que le acometiera y sucumbió á ella en 27 de setiembre de 1811. Las córtes de Cadiz le declararon benemérito de la patria en 1812.



D. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

nicaciones con América, dió algun respiro al erario y esperanzas á la nacion. Pero las conmociones de Vizcaya y la nueva guerra de Inglaterra complicaron la situacion, que acabó de oscurecerse así que Napoleon se ciñó la corona imperial el 2 de diciembre de 1804 dando principio á sus proyectos de dominacion universal.

Rey de Italia en 1803 sus triunfos de Austerlitz se unian á la derrota naval de Trafalgar, donde tanto se distinguieron Gravina, Churruca y Alcalá Galiano, aunque con tan desgraciado éxito. La confederacion del Rhin le aclamó protector; Jena le vió triunfante; su hermano se sentó en el trono de Nápoles; en Eylau triunfó del poder ruso; y arrastrando en pos de sí al norte las mejores fuerzas del ejército español, cuya marina habia tambien diezclado, concibió el proyecto de apoderarse de España, cual se habia hecho dueño con nuestro auxilio del Portugal.

La intriga y doblez con que se procedió para conseguir este intento será siempre un borron en las glorias del Coloso del siglo.

Germinaba por desgracia honda division en la península entre los parciales de Godoy y los del príncipe de Asturias; éste habia sido declarado culpable de atentar contra la soberania de su padre: por real decreto de 30 de octubre de 1807 se mandó formarle causa.

Con esto y la ocupacion que las tropas francesas iban llevando á efecto de los puntos mas importantes

de la Península, la indignacion del pueblo llegó á colmo. Aun no se dudaba sin embargo de la buena fe de Napoleon, pues la entrada de nuevas tropas, bajo el pretesto de reforzar las de Portugal, se creia por algunos destinada á proteger al príncipe de Asturias contra el válido.

Ya á este tiempo habia sorprendido D'Armagnac la ciudad de Pamplona y Lechi la de Barcelona, donde se hallaban de guarnicion: en virtud de órdenes de Madrid se apoderaron tambien del castillo de San Sebastian, y Figueras fué tomado con Monjuich. Las tropas estraangeras se iban acercando á la capital, y las disposiciones emanadas de la corte para llamar á su lado las españolas, y el proyecto traslucido de emigrar la familia real á Méjico, puso en evidencia la verdadera situacion de las cosas públicas.

El pueblo despertó de su letargo aprestándose á oponer una denonada resistencia á tan destructores planes; y aun cuando la efervescencia se calmó un tanto con la alocucion que mandó publicar el rey diciendo que nada temia, la voz que cundió el 16 de marzo de 1808 de que la familia real emprendia aquella noche su viaje, hizo estallar de un modo espantoso el descontento. El pueblo acudió en tropel á la casa de Godoy, y fué fortuna suya el conseguir esconderse en un desvan, pues los amotinados invadieron su palacio, donde no hallándole, desahogaron su furia contra cuanto hallaron al paso.

En la mañana del 18 el rey, cediendo á la fuerza de las circunstancias, dió en Aranjuez un decreto exonerando al príncipe de la Paz de sus empleos y concediéndole el retiro, con lo que el pueblo se aquietó; pero habiéndose descubierto á sí mismo el favorito, que acosado del hambre y la sed salió de su escondite, el furor popular tomó incremento; solo pudo valerle para salir con vida la proteccion que le prestó la escolta de guardias que le condujo preso á su cuartel.

La tentativa que se hizo para salvarle produjo una nueva conmocion en los habitantes de Aranjuez, que cortaron los tiros del coche en que se trataba de conducir al preso; y el triste D. Carlos, á quien apenas en extremo la situacion del favorito, no quiso ser instrumento de su perdicion, prefiriendo resignar el cetro en su hijo D. Fernando.

En su consecuencia la noche del 19 reunió en su habitacion á todos los ministros, y ante ellos renunció espontáneamente la corona en favor de su primogénito alegando el mal estado de su salud. Esta resolucion, publicada en Madrid al dia siguiente, fué recibida con el mas loco entusiasmo como nuncio de una era de felicidad, á pesar de lo apurada que era á la sazón la situacion del país.

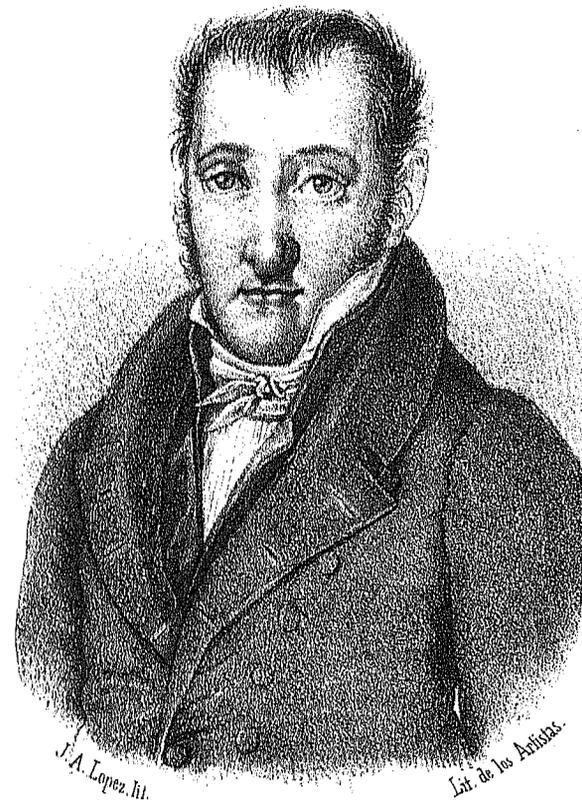
## D. FERNANDO VII.

---

Ningun monarca subió al trono con mayor contentamiento de sus súbditos que Fernando cuando le ocupó; ninguno tuvo á su disposicion mejores elementos para hacer la felicidad del pais.

El mismo ahínco con que Napoleon intentara arrebatarle el trono, ofendiendo el orgullo español, hizo mas querido de sus pueblos á aquel monarca, y la felonía para con él empleada redundó en su favor, captándole el amor de sus súbditos. Adunando su causa y nombre á la de su independencia, no dudaron arrojarse á la desigual pelea, que admirando al mundo les dió el triunfo humillando la altivez de su colosal competidor.

Entonces se vió trabada aquella lucha empeñada y temeraria, lucha gigante en que un pigmeo derrocó á un coloso, lucha en la que hombres inermes, sin gefes, instruccion ni disciplina, se atrevieron á presentarse frente á frente ante las temidas legiones triunfadoras en Austerlitz, Marengo y Jena, para disputarlas á cos-



FERNANDO VII.

ta de torrentes de sangre el título de invencibles. Vasto campo de batalla la Península, cuanto en ella habia de generoso y noble, la juventud toda sin distincion de clases, corrió á rechazar al invasor, y el sagrado fuego que en sus pechos ardia, el amor á la libertad y á la independencia nacional, convirtió en héroes á los mas pacíficos, en consumados gefes á los que mas agenos se habian siempre mostrado á la carrera militar.

Hemos dicho que el pueblo idolatraba en el nuevo rey: acostumbrado á ver en él un constante enemigo del valido á quien odiaba, los españoles empezaron por simpatizar con el que amaron luego, porque se le intentaban arrebatat. Simbolizando en su persona la noble causa de su independencia, se acostumbraron los pueblos á aclamar á una ambos objetos, que en su entusiasmo ciego no creian posible separar. Y sin embargo el mismo rey las separó despues. Pero no adelantemos los acontecimientos.

Al subir Fernando al trono se aproximaban á Madrid Dupont con sus tropas por un lado, y el gran duque de Berg por otro con la guardia imperial y la division Moncey. El 23 entró Murat en Madrid con el mas fastuoso aparato, y en medio al asombro de los habitantes que no sabian á que achacar esta reunion de fuerza estrangera. El 24 todo un pueblo aclamaba delirante al rey Fernando, que durante seis horas fué el objeto de una continuada ovacion.

El gran duque se limitó por entonces á usar de la

intriga para preparar el terreno á la usurpacion; enviado el general Monthion cerca de los reyes padres, que estaban en Aranjuez, obtuvo de ellos una protesta contra la reciente abdicacion. So pretesto de salir al encuentro de Napoleon, consiguió que el infante don Carlos antes y el mismo Fernando despues se dirigiesen hácia la frontera. Llegados á Vitoria, aun hubo quien aconsejase al rey no siguiese adelante; pero arrastrado por Escoiquiz, que merecia toda su confianza y era un ciego admirador de Napoleon, determinó marchar á Bayona. El pueblo, que se temia una celada, se alborotó al saber la partida y se apoderó del coche, pero tranquilizado por un manifiesto de Fernando no se opuso ya al viage, y el 20 de abril entraba en Bayona el monarca de las Españas.

Este mismo dia se daba libertad á Godoy, y el 25 acompañaba á los reyes padres que se dirigian á Bayona tambien. Aun no estaba contento con esto Napoleon, que intentó llevar el resto de la real familia; pero al querer los franceses sacar de palacio á los infantes D. Antonio y D. Francisco, el pueblo, al que el rumor de esta nueva tenia ya alerta desde el dia anterior, dió libre salida á su enconado resentimiento, cuando por los criados de palacio supo que D. Francisco anegado en lágrimas se oponia tenazmente á marchar. La multitud entonces se arrojó furiosa contra la escolta francesa cortando los tiros del coche. Un refuerzo de tropas y artilleria que mandó á palacio Murat, au-

mentó todavia mas la indignacion popular; la sangre corrió á torrentes; y la heroica defensa que á la cabeza del pueblo, replegado al parque de artilleria, hicieron los oficiales de esta arma D. Luis Daoiz y don Pedro Velarde, eternizó la memoria de aquel dia, en que la traicion triunfó de los leales defensores del parque mientras se parlamentaba, y la negra venganza sacrificó mas de ciento cincuenta víctimas inofensivas, entre ellas mugeres y ancianos, cobarde é inhumanamente fusilados en el Prado y otros sitios por el simple hecho de encontrarles cortaplumas, navajas ó tijeras en su poder.

Baldon, eterno baldon á esas huestes terror de la Europa, cuya gloria se mancilló para siempre aquel dia, y mil veces loor á los primeros mártires de la libertad española, cuyas cenizas reposan hoy en el grandioso monumento erigido á su memoria en el campo de la lealtad!

Fecunda empero la sangre del martirio no quedó sin venganza; pero venganza noble y grande, digna de un pueblo noble, de una gran nacion. Las deplorables escenas del dos de mayo sirvieron de señal para el levantamiento general de la nacion; un grito de indignacion y rabia resonó unánime en la Península: la guerra contra los invasores fué proclamada como una santa cruzada; do quiera se alzaron tropas que hostilizaban á las francesas; por todas partes cundió el entusiasmo á la sagrada voz de libertad; en todas las provincias se insta-

laron juntas que mas adelante constituyeron una central; hizóse alianza con los ingleses para combatir al tirano, y la lucha empezó sangrienta, desgraciada y desigual.

Pero á las derrotas de Cabezon y Rioseco sucedieron los triunfos de Bailen.

En tanto reunidas las mal llamadas córtes de Bayona dió Napoleon el 6 de junio un decreto declarando rey de España á su hermano José, que admitió el 10 de esta cesion; el 7 de julio juró la Constitucion acabada de confeccionar, el 9 entró en el territorio español y el 20 en Madrid. Pero muy pronto hubo de abandonar la córte el rey intruso.

Batidas sus tropas en Bailen, donde tubieron 3 mil muertos y 18 mil prisioneros; rechazadas en Valencia y Zaragoza la heróica, cuya defensa inmortal en sus tres sitios es la mas bella página de nuestra moderna historia y cuya rendicion fué tan heróica como la defensa; destrozadas en Alcañiz y Talavera y humilladas ante la inmortal Gerona; contenidas ante Sevilla, Cadiz y la isla de Leon y completamente vencidas en la Albuera, sus triunfos apenas compensaban tan enormes descalabros, y el valor y constancia de los españoles destruia todos sus planes de conquista. Ni aun los horrores del hambre esperimentada en 1812 pudieron amenguar su heroismo, que la victoria no pudo menos de premiar.

Ya en este año quedaron libres de enemigos las provincias de Estremadura, Murcia, Andalucia y Astu-

rias, y en Cadiz se promulgaba solemnemente la Constitucion de la Monarquia, discutida y votada entre los zumbidos del cañon enemigo. El ejército francés, notablemente disminuido ya, se redujo mas todavia por los cuerpos que de él se retiraron para la campaña de Rusia. La batalla de Vitoria, dada en 1813, y ganada por los españoles, fué el golpe de gracia para los invasores. Las provincias de Aragon y Valencia fueron evacuadas por resultado de ella, y aun cuando el mariscal Soult acudió con nuevos refuerzos, batido en Souraren, Oster y Tolosa hubo de retirarse, penetrando en seguida nuestro ejército en el territorio francés.

A este tiempo el ejército de la coalicion del Norte entraba en Paris, Napoleon fué destronado y Luis XVIII ocupó el solio de sus mayores. Libre ya en su consecuencia Fernando VII entró en España el 22 de marzo de 1814, siendo uno de sus primeros actos el disolver las córtes y proscibir á cuantos profesaban ideas en consonancia con la Constitucion. Semejante proceder para los que con tanta lealtad habian defendido su trono, no pudo menos de captarle la enemistad del partido que ya entonces se llamaba liberal. No es estraño por lo tanto que en varias ocasiones se procurase subvertir á mano armada el sistema reaccionario adoptado por el rey. Pero las tentativas de Porlier, Lacy y Mina fracasaron; fueron víctimas los dos primeros en un patíbulo y el último buscó en estraños climas su salvacion.

Hubo sin embargo otra mas afortunada, promovi-

da por Quiroga y Riego en 1820, á la cabeza de cinco mil hombres del ejército que se habia reunido en Cadiz para pasar á sujetar las provincias sublevadas en América desde 1810. El grito lanzado por Riego en las Cabezas de S. Juan el dia 1.º de enero halló bien pronto eco en las provincias de Asturias, Galicia, Navarra, Cataluña y Aragon, llegando á proclamarse la Constitucion hasta en Ocaña. El rey la aceptó por fin el dia 6 de marzo; convocáronse las córtes y el sistema representativo volvió á regir en la nacion.

Pero Fernando habia entrado en él contra su voluntad y deseaba su proscripcion á todo trance. No tardaron en levantarse partidas que lo aclamaban rey absoluto. La Guardia Real era poco afecta en general á este orden de cosas, y las tristes escenas del 7 de julio, en que tanta gloria adquirió la Milicia Nacional batiendo á los batallones de aquella que entraron en Madrid, no eran indudablemente estrañas al monarca, por cuya orden se dice hubo de llevarse á efecto la sublevacion. Invencible á pesar de todo el ejército constitucional, que donde quiera batia á las facciones, el régimen representativo se hubiera sostenido, si la política estranjería no se hubiese mezclado en nuestros asuntos.

Las notas diplomáticas remitidas por la santa alianza, valientemente rechazadas por el gobierno, dieron pretexto á la intervencion armada de la Francia. Menester fué que cien mil bayonetas estrangeras viniesen á entronizar el despotismo y aniquilar la Constitucion!



MORATIN.

El gobierno y las córtes se retiraron sin embargo á Cádiz, donde resistieron hasta el último momento; pero engañados por las promesas del rey consignadas en un real decreto en que prometia olvido y garantías, le dejaron pasar al campo francés, donde revocó al día siguiente cuanto acababa de conceder, anulando por el célebre decreto de 1.º de octubre, todo lo actuado desde 1820. Entonces se organizó la mas sangrienta persecucion contra el partido liberal; Riego fué conducido al patíbulo: estableciéronse las comisiones militares: Valdes, el Empecinado y Bazan murieron tambien en el cadalso, y la reaccion no se fué aplacando hasta el año 26.

Las revueltas del 28 (1) en Cataluña, en sentido aun mas despótico, fueron comprimidas con la presencia del rey; el día 11 de diciembre de 1829 se unió á su nueva esposa D. Maria Cristina de Borbon; derogóse el 30 la ley sálica restableciendo la pragmática sancion de 1789, y el 10 de octubre presidió al nacimiento de la angelical niña que hoy rige venturosamente los destinos de la na-

---

(1) El 21 de junio de este año murió en París el célebre poeta D. Leandro Fernandez Moratin, llamado el Moliere español: nació en Madrid el 10 de marzo de 1760. Harto conocidas sus obras, su desgracia, que le mezcló en las revueltas políticas, le quitó el gusto para aumentar su número: desterrado por afecto á José Napoleon, murió lejos de su patria, y sus cenizas reposan en estrangero pais. En la república de las letras es conocido bajo el seudónimo de Inarco Celenio.

cion. Este año terminó con las malogradas tentativas de los emigrados en favor de la libertad.

En el 31 nuevas víctimas regaron con sangre el suelo español, sellando con ella su inestinguible patriotismo. Manzanares, Miyar, Doña Maria de Pineda, y por último Torrijos y sus bravos compañeros, vilmente vendidos y asesinados malograron su heróico esfuerzo para derrocar el despotismo. Nuevos dias de persecucion y luto se preparaban con estos hechos, cuando la grave enfermedad del rey en 1832 trajo consigo la destitucion del ministro Calomarde y el nombramiento de la reina para el despacho de los negocios.

El generoso decreto de amnistia, la apertura de las universidades, la supresion de la inspeccion de realistas y la creacion del ministerio de fomento fueron los primeros actos de esta Señora, que abrió así el camino de las reformas en un sentido mas liberal. Todas se cortaron por el decreto en que el Rey restableció la ley sálica, derogando su anterior acuerdo, cuando ya se le creia prócsimo á espirar.

Mas la Providencia no podia permitir tan violento despojo. Fernando se mejoró visiblemente. La infanta Doña Luisa Carlota, que con increíble velocidad vino de Sevilla, desenmascaró á los traidores, prestó nueva fuerza á su hermana con sus consejos y la herencia de S. Fernando volvió otra vez á quien de derecho pertenecia, á la primogénita Doña Maria Isabel.

El año 33 se inauguró con el decreto sobre elec-

cion de ayuntamientos; D. Carlos fué confinado á Portugal con su familia; convocáronse las Córtes, que en la iglesia de S. Gerónimo juraron á la infanta Doña Isabel heredera del trono, de cuyo acto protestó D. Carlos; y el 29 de setiembre sucumbia el rey Fernando á un accidente de apoplegia, cuando mas necesaria era su asistencia para la pública tranquilidad.

En su testamento, otorgado desde 1830, dejaba nombrada á su esposa tutora de sus dos hijas y regenta gobernadora de la monarquía, hasta que la reina cumpliera 18 años, acompañada de un consejo de gobernacion.

## DOÑA ISABEL II.

---

Niña inocente y tierna Doña Isabel II, fué proclamada Reina de España apenas su padre falleció. La prolongada enfermedad de este habia dado ya la voz de alarma á los enemigos de la situacion creada con la abolicion de la ley sálica, y los partidarios del infante don Carlos, en quien estaba simbolizado el espíritu de ella, se agitaban en torno á la cuna de su angelical soberana, pensando en planes de revuelta y subversion.



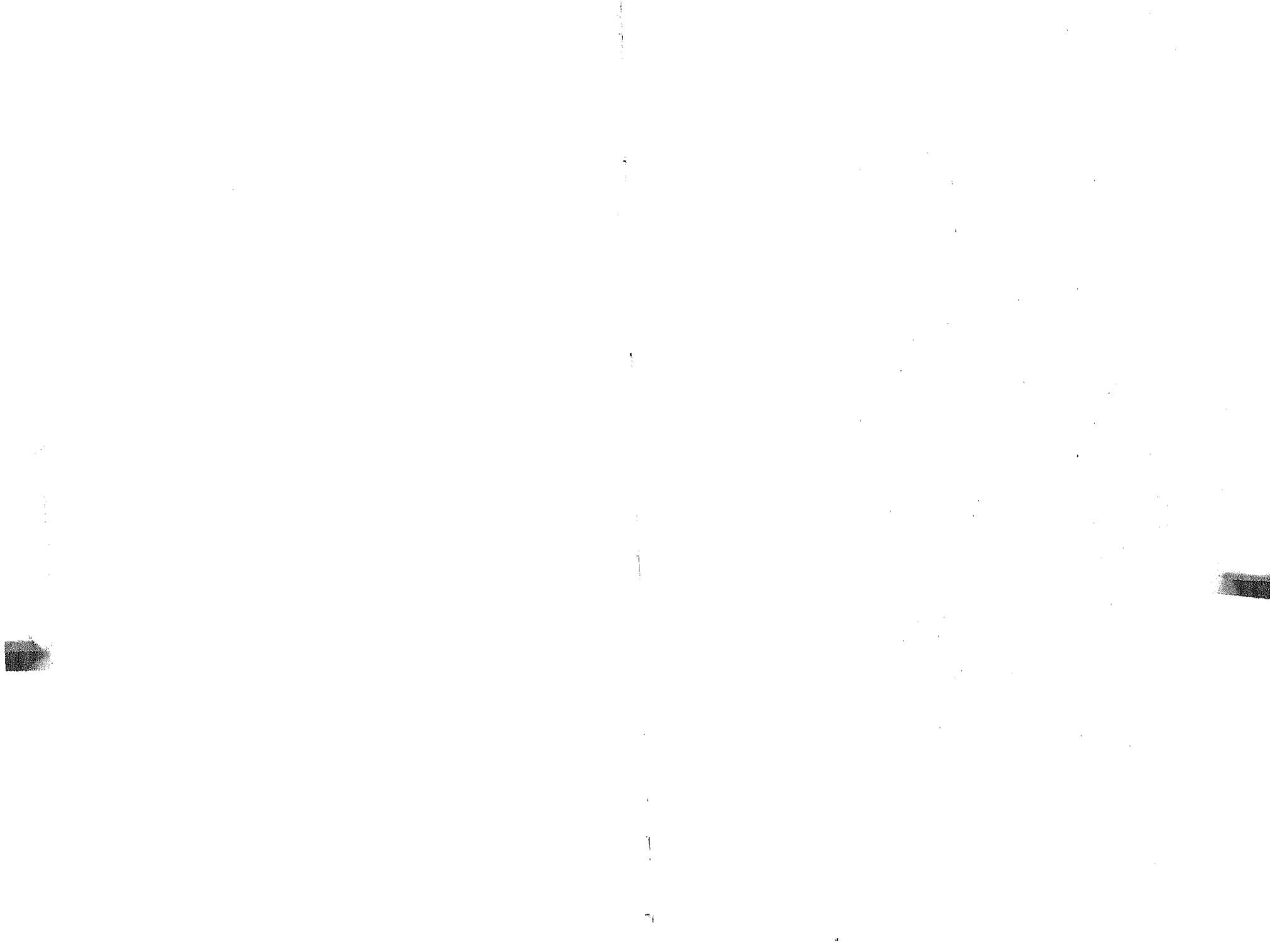
ISABEL II.

Azarosas y por demas turbulentas las minorias todas en todos los paises, la triste memoria de las por que habia atravesado la España infundia no escasos recelos á los hombres pensadores y de buena fé. La de Doña Isabel II, si bien bajo la conducta de la reina madre Doña Maria Cristina de Borbon, que tan lisongeras esperanzas habia hecho concebir en el corto período de su gobernacion, amenazaba ser tempestuosa cual ninguna. Representado en ella el principio de libertad y reformas, cuya senda habia emprendido la Gobernadora, estaba frente á frente el elemento despótico y absoluto personificado en su tío D. Carlos. Necesario era que ambos principios chocaran, y una vez llegado este caso, fué inevitable la colision que surgió muy luego, dando principio el grito lanzado en Talavera el 2 de octubre á la mas espantosa y asoladora guerra civil.

Vivos aun los sucesos en la memoria de todos, no cumple á nuestro objeto, ni al de este breve compendio, el detallar los azares de esa enconada lucha, que para bien del pais y las instituciones terminó en el norte el célebre abrazo de Vergará; y por la fuerza de las armas en Cataluña y Aragon. El ejército de la Reina se cubrió en esta larga campaña de imarcesible gloria, y los laureles de Arlaban, Bilbao, Mendigorria, los de Villarrobledo, Peracamps, Morella y Luchana cobijan á su sombra las cenizas de cien y cien bravos, cuyos altos hechos de valor y heroismo rayan donde ningun otro pueblo consiguiera llegar. Entre las ruinas de Ceniceró, Gan-



**MARIA CRISTINA DE BORBON.**





**ZUMALACARREGUI.**

desa y Roa alzóse radiante el angel de la gloria, que pregona el heroismo de sus defensores, dignos émulos de los que en Numancia y Sagunto adquirieron eterno loor.

Españoles todos, si bien enemigos, en el opuesto bando tambien se notaban entre horribles hechos otros dignos de alta prez. Tal fué por ejemplo la casi increíble organizacion de la faccion por el coronel que fué de la Guardia Real D. Tomas Zumalacarregui, caudillo de aquella, y cuyos vastos talentos militares no pueden menos de inspirar admiracion. Lanzado por desafecto de la Guardia fué de los primeros que acudieron en defensa de D. Carlos: su genio le hizo muy pronto distinguirse, y era el mas firme apoyo del bando absolutista, cuando un balazo que recibió en una pierna, hallándose en el sitio de Bilbao, le arrebató la existencia el 24 de junio de 1835. D. Carlos perdió con su muerte un caudillo que nunca se pudo sustituir.

Habiendo cabido al general D. Baldomero Espartero la fortuna de terminar esta fratricida contienda, por cuyo hecho mereció el título de duque de la Victoria, natural era que con el amor del ejército, en cuya compañía habia luchado y vencido, se hubiese tambien captado la gratitud nacional. Nacido de humilde cuna, sus altos hechos le habian elevado al grado superior de la milicia y á la cumbre de los honores, que su constante fortuna le habia adquirido sucesivamente. Siempre en medio á los partidos, su situacion era de las mas lison-

geras, cuando el pronunciamiento de setiembre de 1840, al que habia cooperado, le constituyó en ídolo del partido progresista, que en agradecimiento le alzó mas tarde á la primera magistratura de la nacion. La Reina gobernadora, á la que los violentos sucesos de la Granja habia obligado á adoptar la Constitucion de 1812 y derogar el Estatuto, ocasionando luego la convocacion de córtes constituyentes para reformar aquel código, juró tambien con posterioridad la Constitucion de 1837. Aceptada por todos los partidos parecia debia ser iris de paz para ellos; pero ocurrido el pronunciamiento de setiembre, no creyó aquella señora ya decoroso ni digno el sucumbir á las ecsijencias de la revolucion; y esquivando el servir de pretesto á nuevas agitaciones, se embarcó en Valencia para Francia, haciendo antes solemne renuncia de su elevado cargo. En su consecuencia las córtes convocadas para proveerle, le cometieron en 1841 al Duque de la Victoria, segun hemos dicho ya, al paso que la tutela de S. M. se confiaba al virtuoso y probo diptado D. Agustin Arguelles.

Pero ligado ya este al partido progresista, el moderado le fué enemigo desde el primer momento; la desgraciada tentativa del 7 de octubre en Madrid, secundada en varias provincias, llevó al cadalso á los principales gefes de ella contra la opinion general, que recordando recientes y señalados servicios, queria salvarlos.

El héroe de Belascoin y Villarrobledo fué la pri-



**ESPARTERO.**

mera y mas dolorosa víctima, y esto aumentó todavía mas el número de los enemigos del Regente. Sus posteriores medidas respecto al parlamento, la prensa y el ministerio Lopez dieron margen á la coaliccion; y apoyada esta en el mismo ejército, que habia elevado al Duque, se armó por do quiera en su contra.

Málaga, Granada, Barcelona y Valencia se pronunciaron las primeras; secundóse el grito muy pronto en las demas provincias; los emigrados de octubre desembarcaron en Valencia y el general D. Ramon Narvaez se encargó del mando de las tropas: el de la misma clase Serrano se puso en Barcelona al frente del gobierno provisional. La victoria obtenida en Torrejon de Ardoz sobre las tropas de Seoane y Zurbano decidió por fin la contienda en pró de la coaliccion, que triunfante constituyó en Madrid el ministerio Lopez, mientras Espartero abandonaba el suelo español. La reina Doña Isabel II fué declarada mayor de edad por las córtes, y entró á regir por sí sola los destinos de un pueblo que espera de ella su ventura y prosperidad.



*Nota del autor.*

En la *Historia constitucional de la Monarquía Española* que vamos inmediatamente á publicar, se dará á esta parte de nuestra historia contemporánea, toda la latitud conveniente, ya que los estrechos límites de este compendio han permitido solo echar una rápida ojeada sobre tan importantes acontecimientos.



## INDICE

### PARA LA COLOCACION DE LOS RETRATOS.

Alonso XI. . . . .	3	Juan Luis Vives. . . . .	183
Pedro I. . . . .	50	Antonio Nebrija. . . . .	id.
Enrique II. . . . .	55	Felipe II. . . . .	184
Juan I. . . . .	58	Juan de Herrera. . . . .	186
Enrique III. . . . .	63	D. Juan de Austria. . . . .	193
Juan II. . . . .	70	Cervantes. . . . .	194
Alvaro de Luna. . . . .	93	El duque de Alba. . . . .	198
Enrique IV. . . . .	95	Lanuz. . . . .	203
Isabel I. . . . .	102	Fray Luis de Granada. . . . .	209
Fernando V. . . . .	103	Fray Luis de Leon. . . . .	210
Gonzalo de Córdoba. . . . .	116	Juan de Mariana. . . . .	id.
Doña Juana. . . . .	124	Felipe III. . . . .	211
D. Felipe I. . . . .	125	Marqués de Espinola. . . . .	216
D. Carlos I. . . . .	130	Pablo de Cespedes. . . . .	220
Cisneros. . . . .	142	Felipe IV. . . . .	221
Padilla. . . . .	148	Diego Saavedra. . . . .	226
Hernán Cortés. . . . .	157	Calderon de la Barca. . . . .	id.
Pizarro. . . . .	161	Lope de Vega. . . . .	id.
D. Antonio de Leiva. . . . .	163	Quevedo. . . . .	227
Garcilaso de la Vega. . . . .	166	Velazquez. . . . .	id.
Juan de Juanes. . . . .	182	Ribera. . . . .	id.

Cárlos II. . . . .	228	Cárlos IV.. . . .	254
Alonso Cano. . . . .	230	El príncipe de la Paz.. . . .	258
Murillo. . . . .	235	Jovellanos.. . . .	260
Felipe V. . . . .	236	Fernando VII.. . . .	264
Luis I. . . . .	242	Moratin.. . . .	271
Fernando VI. . . . .	246	Isabel II. . . . .	273
Ulloa. . . . .	247	Maria Cristina de Borbon.	274
Jorge Juan. . . . .	248	Zumalacarregui.. . . .	275
Cárlos III. . . . .	249	Espartero.. . . .	276



